



El libro
de todos los engaños
Vicente Battista



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN CONTINENTES

El libro de todos los engaños

Vicente Battista

El libro de todos los engaños



1.^a edición en Editorial Bruguera, 1984

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

El libro de todos los engaños

© Vicente Battista

DIAGRAMACIÓN:

Odalis C. Vargas B.

IMAGEN DE PORTADA:

The girl by the window, 1893. Edvard Munch

Óleo sobre tela, 96.5 × 65.4 cm. Instituto de Arte de Chicago

DISEÑO DE PORTADA:

Greisy Letelier

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,

urbanización El Silencio, municipio Libertador,

Apartado Postal 1040, Caracas, Venezuela

Teléfono: (+0058 212) 485.0444

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL N.º DC2022001583

ISBN 978-980-01-2339-3

A la memoria de mi padre

Él echó a andar, y yo detrás seguía.

INFIERNO 1, 136

Fanfarrón, como todo petiso. Y cabeza dura, de otro modo no estaría allí, como habrá estado: oscuro de traje, serio, recordando a sus hermanos, las palabras de sus hermanos: si te sirven algo aceptalo, ellos habían pasado por ese trance, no rechacés nunca, pero tampoco repitás, gracias con un gesto o una sonrisa, o simplemente gracias. Como habrá dicho Nicolás, aceptando y agradeciendo esa masita seca que Veneranda o la madre de Veneranda le habrá ofrecido.

También te servirán anís, y habrá otra sonrisa, aceptando y agradeciendo la copita que Veneranda o la madre de Veneranda le ofreciera. Una sola copa, dijeron sus hermanos que dijera y Nicolás dijo que sí, que una sola copa, que no era amigo del alcohol. Cosa cierta: apenas una borrachera en su vida, cuando nadie supo decirle de su hija y anduvo calles mareado y triste, solo y triste, pero eso sucedería muchos años después de aquella noche en que Nicolás, serio como nunca, habrá dicho que sí, que gracias, que para no despreciar, pero que no era amigo del alcohol.

Y si dijo eso no mintió. Mintió al decirse carpintero, lo escuché con claridad porque José, Herminia y yo estábamos en el cuarto contigo, pegaditos a la puerta. Papá no permitió nuestra presencia en el comedor, allí solamente él y mamá y Veneranda y Nicolás y también Cosme, que era el mayor. Ahora te parecerá ridículo, pero entonces se estilaba así. Años después tu madre me confesó el miedo de aquella noche, por la mentira de tu padre.

Sin duda también consejo de sus hermanos. Le habrán dicho decí carpintero, dueño de un oficio y un futuro. Y aunque después fuese capaz de la cimitarra para su hijo Sandokán, de baleros y trompos para cuanto sobrino apareciera, de pesabres para Navidad, de escritorio para Susy o biblioteca para Marta, de cunas para los que nacieran o nacerían, aquella noche solo era aprendiz, apenas hacedor de chucherías, algún arreglo chico, sin importancia, en la casa de sus futuros suegros. Futuros y suegros si ellos aceptaban a ese joven serio, de traje oscuro, más bien bajo, que después de haber gustado una masita seca y una copa de anís, habrá dicho que pretendía mantener relaciones formales con Veneranda, con su hija Veneranda, habrá dicho y se habrá mirado las manos, aún de aprendiz.

Y qué otra cosa se iba a mirar, con Cosme ahí. Porque no te das una idea de lo que era Cosme, severo como ninguno, serio como ninguno. Tu madre después me contó que era Cosme quien la inquietaba, por entonces ya estaba en las cosas del Círculo. Tu madre temía por Cosme, de papá no tenía dudas, sabía que iba a decir que sí.

No había razones para negarse: vivían en el mismo barrio y muchos años antes los padres de Nicolás y los de Veneranda habían salido del sur de Italia, para llegar aquí al sur, al sur de esta noche y al sur de esta historia en la que Nicolás habrá pensado que no hay razones para el rechazo, aunque en la historia también estuviera Cosme y a Cosme no le hiciera

feliz que su hermana se casara con un hombre ajeno al Círculo. Cosme era el hermano mayor, podía decir Nicolás no. Veneranda y Nicolás lo sabían, la escena tuvo que haber sido rígida, sobrecargada. No es difícil imaginar a los hombres: traje oscuro y corbata, silenciosos y serios. Las mujeres tensas, sentadas en la punta de la silla, la cabeza semiinclinada, el pelo recogido, como dos tristes colegialas, grotescas. *No te burlés, que entonces era así: papá en su sillón, Cosme apoyado contra el marco de la puerta, como lo escribís, y entre ambos tu padre.* Un fotograma de película muda, para todos el silencio. Para los que están y para los que faltan en la foto. Los que aquella noche estuvieron en el comedor: Veneranda y Nicolás y Cosme y los padres de Veneranda y Cosme. Los que aquella noche estuvieron en el cuarto contiguo: José, Clelia y Herminia. Todos los que aquella noche aún no eran sus padres, sus abuelos y sus tíos, porque entonces él no era y los que sí eran habrán estado como ahora los ve, ya padres, abuelos y tíos, inmóviles y en silencio, de color sepia, igual a la foto antigua que tiene frente a sí, para avivar los recuerdos.

Relaciones formales, afirmó Nicolás y, *según tu madre, Cosme hizo un movimiento de cabeza, negando, y señaló la corta estatura de tu padre.* Nicolás no pudo verlo, pero habrá visto el gesto en la cara de Veneranda. *Mientras Cosme negaba papá afirmaba y tu madre no sabía si la prometían o no, pobrecita.*

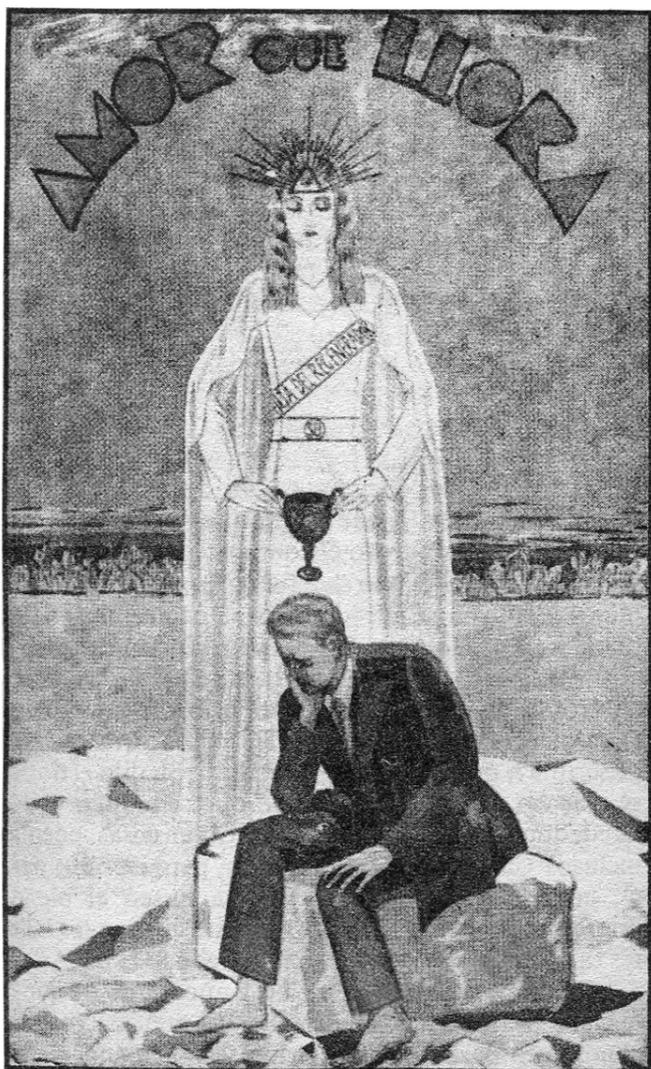
La prometían, de otro modo esta historia no tendría fundamento y si bien había otros textos anteriores, todo se hizo posible a partir de aquella noche. Porque doce años después de aquella noche nacerá el nene, se llamará como usted don Vicente, y buscará material para la historia y preguntará a tíos y tías por el Círculo y por el Hermano Silvio y recibirá negativas, pero con paciencia y lentitud la irá armando, inventando un gesto de felicidad en Nicolás y otro en Veneranda, poniendo rabia en la cara de Cosme y haciéndole decir

gracias a Nicolás, que no los voy a defraudar, que si el primero es varón se llamará como usted, don Vicente.

Fue lo que más le molestó a Cosme. Te aseguro que desde aquella noche hasta la del casamiento, tu padre y tu madre no estuvieron un minuto a solas. ¿Podemos decir que Cosme y Nicolás fueron enemigos? No, sería exagerado afirmar eso. Exceptuando las cosas del Círculo, Nicolás se integró por entero a la familia. Fue el primero en llegar cuando mi muerte y no permitió sacerdotes cuando la de Cosme. Y mandó a Isabel a casa de Cosme, cuando pasó aquello que pasó.

Tengo algunos documentos, dijo el tío José (así dijo: «documentos»), que podrían servir para la historia. Hasta ese momento él contaba con los recuerdos, con las charlas y con lo que fuera surgiendo por el camino. El tío José ofrecía más. Documentos, había dicho y agregó: ciertos papeles y un libro que te podría servir. Él pensó en *La Cátedra*. ¿*La Cátedra*?, preguntó. No, dijo el tío José. Es esto, dijo, y le entregó una vieja carpeta y un libro. Es del Hermano Silvio, aclaró. ¿Escribía?, preguntó él, sorprendido. Sí, dijo el tío José, ¿acaso no le había contado que se reunían todos alrededor de una mesa y que se escribían cosas, poemas incluso? Claro, eso todo el mundo, pero *escribir*, para él, era *publicar*. Instintivamente buscó el pie de imprenta: «Acabóse de imprimir este libro en los talleres tipográficos de M. Lorenzo, Boedo 837, Bs. As., el 4 de Noviembre de 1931». Nueve años antes de que él naciera, los tipógrafos de los talleres Lorenzo lo habían compuesto para que hoy lo mirase sin entender, preguntándose que por qué impreso, como si no fuera natural que la gente publique lo que escribe; aunque no sea natural firmar Hermano Silvio,

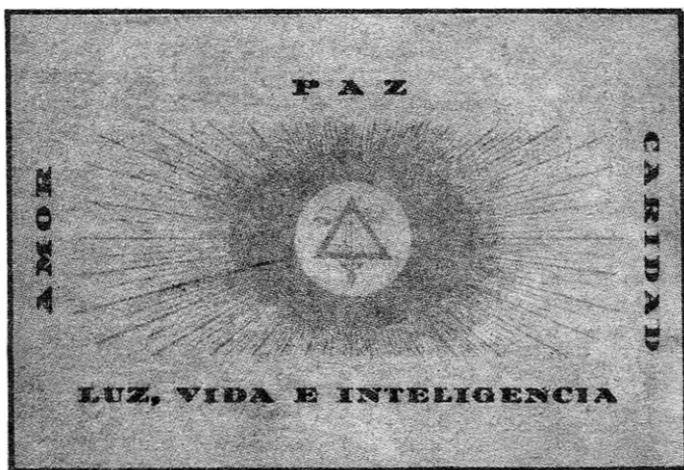
sentirse Regenerador Universal y ser el Salvador de los Sagrados Mundos en Ascenso.



¿Cuántos ejemplares habrá editado y dónde los habrá vendido? Recordó que los miembros del Círculo no llegaban a cuarenta y le resultó ridículo imaginar que apenas hubiesen

compuesto cien ejemplares. Habrán sido mil, entonces, ¿quién pudo haber leído los novecientos setenta restantes? ¿Quién los habrá comprado? ¿Dónde están ahora? Escribía, repitió sin tono de pregunta y miró la tapa del libro.

Ésta será Silvia, dijo el tío José y señaló a la muchacha de túnica blanca. ¿Entonces tenía una hija?, preguntó él. Que no, dijo el tío José, que Silvia era la hija de Antonio, que eso ya se lo había explicado, aquella chica que terminó tan mal. Él asintió moviendo la cabeza y miró la contratapa.



Este era el signo del Círculo, dijo el tío José y puso un dedo sobre el Sol, porque según la Doctrina nuestra fuente provenía del Sol. Dios vivía allí y era Luz Infinita. El Libro de Vallejo también tenía este dibujo.

¿Qué escribía?, preguntó él y antes de que el tío José contestase abrió el libro: una obra en verso, y algunos poemas. Escribía versos, dijo y el tío José dijo que sí, que muy lindos versos y también pensamientos y consideraciones y todas esas cosas. Ahí en la carpeta hay poemas, videncias y reflexiones, material que te puede servir. Comprendió que le faltaban algunos textos, pero estaba en condiciones de comenzar.

Fue de noche. No hay dudas. Nicolás se levantaba antes del alba, caminaba hacia la cocina y cebaba mate, solitario y silencioso, erguido más que de pie, de espaldas a la puerta, con la mirada fija en el rectángulo de la ventana. El sol vendría más tarde, cuando ya Nicolás estaba en el taller. Veneranda se levantaba después del sol, también caminaba hacia la cocina, pero su ceremonia era otra. Apartaba la pava y el mate fríos y ponía dos recipientes sobre el fuego: la cafetera, con café de la noche anterior, y la lechera, con leche fresca. Controlaba que la leche hirviese y el café no y después, siempre en el mismo ángulo de la mesa, acomodaba el pan y la manteca. Entonces aparecía Isabel, que aún era una niña buena, con cara de sueño y guardapolvo de colegiala. Madre e hija desayunaban rápido y en silencio. Al poco rato bajaban los cuarenta y dos escalones: Isabel a la escuela y Veneranda al mercado. La mañana se iba en estudios y recreos, compras y comidas, maderas y virutas. Se reencontraban en el almuerzo, ocupaban la totalidad de la mesa: comían sin apuro y con alegría. No había

siestas. Veneranda regresaba a sus platos y costuras, Isabel a sus deberes y Nicolás al taller.

Tuvo que haber sido de noche, no hay otra alternativa. *Te olvidás de los domingos*. Los domingos no cuentan. Las comidas eran familiarmente numerosas y el tío Cosme hablaba de las cosas del Círculo. Tampoco había siestas. Cabe una remota posibilidad: a la madrugada, cualquier madrugada, entre la somnolencia y el mate. No puede aceptarlo: se trata de la producción de un ser racional, de él, y no lo consiente de apuro y entre sueños. Tuvo que haber sido al principio de la noche. Las manos de Nicolás, ásperas y pequeñas, acostumbradas a trabajar el olmo y el nogal, el pino y el cedro, habrán doblegado la falsa resistencia de Veneranda. Los dedos de Nicolás, cicatrizados por la intransigencia del serrucho o el error del martillo, habrán sabido que Veneranda estaba húmeda de calor y cariño. Eran diez años juntos, sin embargo se habrán buscado como si fuese la primera. Tuvo que haber sido de noche, una noche de Diciembre, a oscuras y en verano, para las Fiestas.

El resto fue cosa suya. Con él habían partido más de doscientos millones, eran muchos y únicamente sabían correr, correr y correr. Tropezaron con células secundarias y seductoras y solo unos pocos (entre los que se encontraba él) no cayeron en tentación. Los otros quedarían por el camino, con la nada para siempre. Ese no iba a ser su final. Él, y los muy pocos que aún persistían, marcharon hacia la caverna. Era tarea de fuertes, por eso se abrió paso a empujones. Era hora de fecundar, y entonces él perforó el óvulo y comenzó a ser.

Aquella célula solitaria se multiplicó sin descanso, pero igual sintió desamparo: tuvo que buscar las paredes de su reciente casa para saber del primer calor. Tres semanas más tarde tenía un corazón rudimentario y algunos vasos sanguíneos. Sintió orgullo: fabricaba su propia sangre. Contaba con un cerebro microscópico, el principio de la médula espinal y

las primeras evidencias de una estructura ósea. Se parecía a un ser humano, aunque solo pesase dos gramos. Tenía rostro, hacia muecas y sacudía piernas y brazos. Flotaba en paz, convencido de que ese era el premio a su carrera. Creía haber encontrado la felicidad, o algo parecido.

Pero un día se hizo pesado y molesto. Comprendió que se avecinaba una nueva carrera, buscó el largo pasillo y se preparó para la contienda, para todo lo que vendría y no había buscado. Ahora no quería ser el triunfador, pero ya era tarde. Atrás quedaban los vencidos por las tentaciones de la ruta, los lentos y débiles que habían caído doblegados por su rapidez y fortaleza. ¿Lentos y débiles? Pobre idiota, esos necesitaron una cabeza de turco y entre tantos millones siempre hay uno que, como él, se cree superior y corre y corre y piensa que ha vencido y no alcanza a comprender, Tarzán de pacotilla, que los otros no fueron derrotados sino que simplemente eligieron quedarse, para que el menos hábil, el más fácil de engañar, se sienta triunfador de una contienda que desde el principio estuvo arreglada. Mientras flotaba se creyó el vencedor, lo dejaron gozar un tiempo y ahora lo expulsaban.

Afuera podrá contar la historia, hasta que nuevamente lo echen o, esta vez, él mismo decida echarse. Entonces, igual que ahora, tendrá que recorrer un largo pasillo por el que, como este de ahora, ya no se regresa.

Se colocó en la puerta del corredor oscuro, listo para salir. ¿Quiénes eran los derrotados?, ¿quién el astuto?, ¿aquellos que decidieron quedarse por el camino o este solitario que nomás salga comenzará a vivir su nueva muerte?

Naciste una noche de Agosto cuando la tormenta de Santa Rosa, en plena Guerra Mundial. Fue una alegría para todos: eras el primer varón de la familia. Te pusieron el nombre del abuelo. Nada de eso pareció importarle. Se limitó a llorar por un buen rato y después se quedó dormido, como resignado.

—¿Cómo te vinculaste a ellos?

—Por Cosme. Él fue el primero en entrar. Al principio no le dimos mayor importancia. Ustedes ya saben cómo era Cosme...

—...

—Vieron, así, medio místico. Él era de interesarse por todas esas cosas raras. Por eso al principio no le dimos importancia, pero después vimos que cada vez se metía más y entonces nos empezamos a preocupar. Una vuelta lo encuentro en Brandsen casi esquina Almirante Brown hablando con toda la gente y repartiendo hojitas del Círculo. Muchos se reían, pero más de uno se convencía de que había que aguardar la Hora de la Regeneración Universal.

—¡Iba predicando!

—Bueno, predicando...

—¿La regeneración universal?

—Sí, eso era lo que propugnaban, que había que esperar la Hora de la Regeneración Universal, que ese día en todas las

partes del mundo se iba a extender una Luz, como si en el cielo apareciera un grabado luminoso: «Llegó la Hora de la Regeneración». Cosme estaba convencido de eso.

—No solamente tío Cosme. Toda la familia.

—Sí, es cierto, pero de no ser por Cosme dudo que nosotros hubiésemos entrado. En serio, no se rían.

SIN FIRMA

¡Destruidores de esta hora! Del pináculo
de vuestra pobre y ficticia gloria a la picota de los
fracasos, solo hay un paso y pronto caeréis,
porque vuestro ya no es el mundo que inmolará a Jesús
y olvidó a Vallejo; dos sublimes hermanos que...

—Si no nos reímos, pero no es justo que toda la culpa la cargue el tío Cosme.

—No, si no es cosa de echarle la culpa. Vos me preguntaste y yo te contesté.

—Pero, ¿cómo entraron...?

—Fue Cosme, yo no sé bien cómo se vinculó a esa gente. Primero empezó con Águeda y después se fue extendiendo al resto de la familia. A todos trató de atraer con el nuevo Credo.

—¿Tanto caso le hacían...?

—Era el mayor y entonces se estilaba.

Y fue cosa de tener todos los datos, o casi todos, y ponerse a trabajar. Entonces, ¿por qué esa idea de tomarse el barco, más literalmente el avión, e irse a Europa? Quizá a la búsqueda del ancestro, al retorno a las fuentes, sus abuelos. Pueden ser explicaciones lógicas, pero en este caso debió recalar en Bari, no en Barcelona; claro que Italia está más próxima a España que a Argentina, un modo de acercarse. O quizá esté en Barcelona porque de allí era el Hermano Pedro Vallejo. Entonces ha venido a otras fuentes, mucho más profundas; podría ser.

¿Qué importancia tiene? Lo que ahora importa es cómo y por qué. Cuenta con algunos pocos textos reales y muchos apócrifos, cuenta con lo que su tío le ha contado, resucitará a una tía, muerta hace años, y la ubicará a lo largo del relato, corrigiendo. Después quedan los recuerdos, el resto es solo palabras, y el ritmo y el ánimo que tenga el que lo lea. Ahora, dentro de un rato, antes o después de esto, él pondrá Fanfarrón, como todo petiso, y colocará una coma después de Fanfarrón, y la coma señala pausa breve, sirve para indicar la

división de las frases o miembros más cortos de la oración o del período. Cuando hay coma se aspira, pausa breve dijimos, y se continúa leyendo.

¿Y si hubiese puesto punto y coma?

Indica pausa algo mayor. Sirve para separar cláusulas independientes entre sí, pero subordinadas a la unidad lógica del pensamiento. Pausa un poco más larga, entonces, mantener algo más el aire aspirado, y se continúa leyendo.

¿Y si hubiese puesto punto?

Indica pausa completa, ya no es una aspiración sino un pequeño descanso, sin perder atención en la lectura, sin levantar los ojos del texto, que no se trata de un punto y aparte que, como bien se sabe, separa diferentes párrafos y entonces se puede descansar sin necesidad de aspirar (sería imposible mantener tanto tiempo el aire en los pulmones) y casi feliz se pueden levantar los ojos del texto. Pero no dice «Fin» y entonces se continúa leyendo.

¿No parece el signo de exclamación un índice amenazadoramente erguido? ¿No son los signos de interrogación como luces intermitentes o como una caída de párpados? Los dos puntos abren la boca: ¡Ay del escritor que no sepa saciarla! El punto y coma recuerda ópticamente unos bigotes colgando. Las comillas se pasan la lengua por los labios, tontiasutas y satisfechas. Todas son señales del tráfico; en última instancia, estas son imitaciones de aquellas. Los signos de exclamación son el rojo, los dos puntos el verde, los guiones dan orden de stop. Fue un error basarse en eso para confundirlos con signos de comunicación. Más bien son signos de dicción o de elocución; no están al atento servicio del tráfico del lenguaje con el lector, sino que sirven jeroglíficamente a un tráfico que se desarrolla en el interior del lenguaje, en sus propias vías. Por eso es superfluo ahorrarlos por superfluos: pues con ello no se consigue más que se disimulen. Todo texto, incluso el

más densamente tejido, los cita sin más, amistosos espíritus de cuya presencia sin cuerpo se alimenta el cuerpo del lenguaje.

AMOR QUE LLORA

HERMANO SILVIO:

¡Venid!... Que mi radiante esplendor
Formará en derredor
Un castillo, no de sueños.
Viviréis, por mis tres leños,
Y en mí veréis renacer,
Apartando tanto dolor...
A un Eterno Padre, a uno solo,
Tras de tanto padecer.

Y continuar leyendo (o escribiendo) que él puso o pondrá una coma después de Fanfarrón. Coma explicada por la señorita Di Pascuale, por el *Pequeño Larousse Ilustrado* o por T. W. Adorno. Puso o pondrá Fanfarrón, como todo petiso, con coma después de Fanfarrón, pero cómo explicar todo lo que sintió cuando lo puso, o cuando lo pondrá.

Y no había caso, se probaron diferentes métodos pero ninguno dio resultado: el bebé prefería el dedo gordo de la mano izquierda. Allí lo dejaba, largo rato hundido a un costado de la boca, hasta que llegaba su madre, decía el dedo no y canjeaba dedo por chupete. Duraba unos segundos, de inmediato lo expulsaba y otra vez el dedo allí. Ambos felices. El resto del mundo no. *Desde pequeño fuiste caprichoso, disgustabas a tus padres.* Sin razón, porque el dedo en la boca no molestaba a nadie. *Comprendé que lo hacían por tu bien, que un bebé no debe hacerse daño.* Sí, y para que no se hiciera daño todas las noches lo envolvían como una momia, los bracitos apretados junto al cuerpo y a dormir. *Por aquel tiempo era común fajar a los bebitos, con tan pocos meses la criatura tiene los huesos tiernos, hay que fajarlo para que las piernitas y los bracitos crezcan derechos.* Por eso, por todo eso y para que el dedo gordo no fuese a la boca, fajaban al bebé y el bebé lloraba pero nadie le hacía caso: era la hora del sueño y, por otra parte, todos los bebés lloran.

En nombre de una futura elegancia, que nunca llegó a tener, se lo sacrificaba a noches largas y terribles, en donde ni siquiera el llanto consolaba. Eran las noches de la mosca, cuando detenía el vuelo para posarse sobre la punta de la nariz. La mosca se paseaba campante, de nariz a oreja, cosquilleando suavemente la mejilla. Él necesitaba rascarse, pero no había modo de liberar los brazos, apenas podía mover la cabeza y cuando hacía el pequeño movimiento, que aún no estaba en edad de grandes movimientos, la mosca volaba a la otra mejilla y continuaba con el lento paseo. Entonces el llanto era consuelo, llorar a lágrima partida y esperar la llegada de su madre y la pregunta: ¿Qué le pasa al angelito de Dios? Y el angelito de Dios no sabía cómo explicarle que la mosca se había ido pero seguro volvería y entonces lloraba y lloraba, por si las moscas. La madre iba en busca del chupete. Glu-glu-glu, decía el bebé añorando el dedo, pero casi calmo. La madre volvía a la cama y la mosca a la mejilla. Y así pasaba la noche: atado como un chorizo, con la mosca de la nariz a la oreja y en la boca el chupete; diciendo glu-glu-glu, con mucha rabia.

A la mañana lo desataban y su primera acción era el dedo en la boca. *Caprichoso como ninguno, había que verte, llorando porque tu abuela o tu madre te lo quitaban. Lo hacían por tu bien, para evitarte deformaciones.* ¿De qué sirvió? Ahora él usa barba y casi no se le ven los labios, pero por aquel tiempo nadie lo imaginaba con barba, apenas se lo veía como un rebelde lampiño, intransigente, que no aceptaba canjear dedo gordo por chupete.

Tío Cosme encontró la solución. *Tu padre no estuvo de acuerdo y hubo que hacerlo sin su consentimiento.* Pero se hizo, la ceremonia fue de mañana, al despertar. Oficiaba el tío Cosme: frotó algo pegajoso sobre el dedo del sobrino rebelde. La abuela, el tío Cosme, su madre y la tía Clelia rodearon

la cuna, esperando los resultados. Por regla general el bebé no tenía tanto público ni eso pegajoso en el dedo. Esbozó una sonrisa de agradecimiento y fue en busca de lo pegajoso. Era acíbar. Lloró y escupió y tuvo arcadas y vomitó. El sabor amargo duró largo tiempo; la conciencia del primer engaño, todavía.

HECHOS DE LA DOCTRINA

Dios está en el Sol. Es Luz Infinita.
En el Centro de la Tierra moran los espíritus muy inferiores, en míseras condiciones, sin ver la Luz, sin ver el Sol. Después de cien siglos de lucha esos espíritus suben al mundo. Es el nacimiento. La Senda del Salvador conduce a los Grados-Luz, abandona la material envoltura y se impone en el Plano Astral. Es la muerte. Es el fin del destierro en el último siglo de vida. Han conseguido la Superioridad, son Luz Pura. Y con la Luz haremos feliz a la Humanidad en su último siglo de vida en el destierro y la felicidad de ellos...

—Sí. Sus palabras se aprobaban sin discusión. Influyó en más de un casamiento, las Hermanas y Hermanos le pedían permiso para todo, y era muy severo: las mujeres no podían usar alhajas porque era vanidad. Hasta un simple reloj era vanidad. Me acuerdo cierta vez, con el enano Sánchez...

—¿Qué enano Sánchez?

—Sánchez, el que trabajaba de botones en Harrod's. Ustedes se tienen que acordar, con el uniforme verde y la gorrita, también verde.

—¿Pero era enano de verdad?

—Claro, si no por qué le voy a decir el enano Sánchez.

—¿También estaba en el Círculo?

—Sí, ¿por qué tanto lío?

—Por nada, por nada. ¿Qué pasó con Sánchez?

—Una vez el pobre sacó un reloj, de esos que se usaban aquí, en el bolsillo del chaleco, para ver la hora. El Hermano Silvio empezó a decirle que eso era vanidad, que usted es un vanidoso, un esto y un otro, hay que luchar contra todas esas cosas, le dijo.

—¿Y él qué hizo?

—Nada, ¿qué iba a hacer?, lo que hacían todos: desde ese día dejó de usar el reloj.

—¿Cómo aguantaban esa dictadura?

—No había tal dictadura, era agradable estar con ellos. Todos vivían con optimismo, siempre una sonrisa... el mismo enano... Todos te hablaban muy bien, no eran personas, ¿cómo les puedo decir?, torturadas. Al contrario, siempre te hablaban de amistad, de compañerismo, de amor, y en cuanto a vos te hablan de amor te atraen enseguida.

—Pero si todo era tan bueno, ¿por qué nadie quiere contar nada?

—¿Cómo que no quieren contar?

—Sí, ni mi madre, ni tía Águeda, ni tía Herminia, nadie quiere decir palabra. Cada vez que preguntas se van en evasivas, que no, que mejor es olvidar, que pasó hace mucho tiempo, que para qué seguir con esas cosas...

—...en el fondo tienen razón...

—...y no largan palabra del Circulo, como si tuvieran miedo, y no veo por qué van a tener razón.

—Porque fue una cosa que ya pasó y a lo pasado pisado.

—Por favor, tío, otra excusa no, ¿por qué nadie quiere hablar?

—Esas son ideas tuyas, nosotros estamos hablando.

Se hace difícil trabajar con pedazos de recuerdos, con personajes que alguna vez fueron personas y que habrán tenido una vida diferente a la que comenzarán a tener desde ahora hasta la última página. Lo bueno, si breve, dos veces bueno, decía Gracián y así estaba como acápite en *El Mundo*. Ni Gracián ni *El Mundo* existen ya, son parte de un pasado que se mezcla con recuerdos, con fantasías y con lo que de verosímil pudo tener la historia, que comenzó en Buenos Aires y finalizará en Barcelona, algunos años después de aquella noche en que la prima Susy le hablara de Isabel. ¿Es que nunca te preguntaste por qué tu hermana vivió tantos años en casa del tío Cosme? Y él que no, o a lo mejor sí, viste, por eso de los mecanismos de defensa o porque había que respetar el orden familiar, quién lo sabe.

Lo cierto es que la prima Susy habló de Isabel y él, contador de las cosas nuestras, pensó que podría ser un buen tema y salió en busca de la historia sin saber, pobre aprendiz de hechicero, que al doblar la esquina se encontraría con el Hermano Silvio y su Regeneración Universal.

Se hace difícil ahora, durante una fría mañana de diciembre y en tierra catalana, recomponer y hacer verosímil el principio del texto. Un diciembre como este, pero en Buenos Aires y con

DEL HERMANO SILVIO AL CÍRCULO

Yo tengo para vosotros el perfume embriagador
de las rosas de mi vida.

Mientras rugen los volcanes de las pasiones,
vosotros permanecéis unidos por el Lazo
Protector de la Patria y lleváis con Amor, el
verdadero sentido de la Caridad.

Yo soy vuestra existencia; y, este mi mensaje,
os anuncia el inicio de un venturoso año de
sorpresa para todos vosotros, que tanto sabéis
esperar. Los brazos de mi Cruz, os brindan el
saludo majestuoso de esta fecha de
recuperación espiritual.

¡Amaos los unos a los otros!

Amor, Paz y Caridad, Luz, Vida e Inteligencia.

32 grados a la sombra, en vísperas de Navidad, también con castañas y pan dulce y turrone y frutas secas y arbolito con nieve. Hasta en eso la colonización cultural: en lo mejorcito del verano nos mandamos atracones de pleno invierno.

Se hace difícil explicarlo, sobre todo con un diciembre que suma ocho grados con sol y buena voluntad, que aunque tampoco por aquí la nieve por lo menos hace frío y las navidades son como nos habían enseñado que eran, jingle bells, jingle bells, jingle bells, qué ilusión y qué me importa, si ahora hay que reconstruir el principio, volver a un diciembre con 32 grados, cuando ni siquiera sospechaba que meses más tarde saldría para Europa y solo iba de pariente en pariente, intentando saber por qué Isabel tanto tiempo en lo del tío Cosme. Y qué te

importa, eso es el pasado y del pasado, como de rebote, cayeron las cosas del Círculo y aumentaron las negativas. Tía Águeda otra vez que no, que no quiero saber nada de esa gente y la madre y la tía Herminia apenas unas sonrisas, mirá lo que se te ocurre, pero ni una sola palabra. ¡Es que nadie quiere contármelo!, habrá dicho con dramatismo prefabricado. La prima Susy dijo qué te puedo decir yo, si lo viví como vos. Marta y la tía Clelia podrían hablar, pero Marta está en Nueva York y la tía Clelia está muerta. Queda el tío José, que también fue del Círculo. Pero no del todo convencido, dijo el tío José y dijo otro montón de cosas que tampoco sirvieron de mucho.

El nene era muy caprichoso. Había que inventar formas inverosímiles para que comiese. La madre al pie de la larga escalera, cuchara y plato en mano, y el nene caprichoso junto a la madre, dispuesto a canjear bocado por escalón. Comenzaban a subir y cada escalón se transformaba en premio para el nene caprichoso. Esta cuchara por el Jeep Loco, esta otra por el camión volcador y esta otra por los soldados de plomo. Eran cuarenta y dos escalones, eran cuarenta y dos cucharas que entraban en la boca del nene caprichoso y eran cuarenta y dos promesas que rara vez se cumplían. Porque eso también era parte del juego: durante el ascenso convertirse en dueño posible de cuarenta y dos juguetes, posibilidad que moría al llegar al último escalón y renacía al mediodía siguiente, en el primero. *El único modo de hacerte comer, tu pobre madre debía subir contigo y prometer-te juguetes.* A veces su abuelo los hacía reales: alguna vez fue dueño, más allá de la escalera, de un Jeep Loco o de un camión volcador. Venían envueltos en papel de colores y tenían ese olor a hojalata recién pintada, de juguete sin estrenar.

El nene era algo quisquilloso, pero había que hacerle el gusto, pobre niño de Dios, que está cada día más flaco. Varias cosas se conjugaban en favor del pobre niño de Dios: ser el primer descendiente varón y, sobre todo, la figura de reemplazo de su hermana. A los tres años el pobre niño de Dios ignoraba por qué su hermana vivía en lo del tío Cosme. Ignoraba por qué su hermana, catorce años mayor, nunca venía a esa casa y nunca subía por esa escalera donde él ahora formula otro pedido y su madre promete otro juguete. *Cuando sucedió lo de Isabel eras un bebé y es mejor no recordar eso, que para nadie fue bonito. ¿Realmente no lo recuerda o prefiere no recordarlo? Fue una noche de alboroto, lo depositaron en la cuna y lloró, para unirse al alboroto. Nadie se molestó en consolarlo. Para consuelo estaban, con la desdicha de esos instantes: tu padre en la calle, diciendo que la encontraría, ¡Dios mío en qué estado volvió!* El bebé habrá escuchado el paso torpe de su padre por los escalones de las futuras promesas, lo habrá visto entrar borracho, con un paquete en la mano. *Tu padre era incapaz de discernir por qué había bebido de esa manera, justamente tu padre, que odiaba tanto el alcohol. ¿Qué era el paquete? Un pan dulce, jamás supo si lo compró antes o después de la borrachera.* Habrá sido después, ¿qué razón había para comprar un pan dulce en una noche como esa? Ninguna, pero allí estaba. Ahora a él le cuesta imaginar a su padre borracho, pero hasta esa inconcebible borrachera puede ser coherente. No alcanza a entender el pan dulce; quizá porque ambos, el pan dulce y él, habían sido los objetos extraños de aquella noche. ¿Qué pasó con el pan dulce? ¿Qué gusto tiene un pan dulce comido en esas circunstancias? *Mirá las preguntas que hacés, a quién le importa eso, el único pensamiento era Isabel.* Su hermana llegó a la mañana siguiente. Ella y él se cruzaron en la escalera de las futuras promesas: Isabel con la cabeza gacha, él en brazos de su abuela, haciendo sonrisitas de bebé bueno y simpático,

bebé que abuela pondrá en el cochecito y llevará por las calles del barrio, en el paseo más largo de todos los de aquella época. Regresarán al mediodía porque el bebé tendrá que comer. Estaban papá y mamá y el tío Cosme y la tía Águeda, pero nadie se molestó en jugar con él, pese a las monerías ni un solo cumplido. *Para cumplidos estaban. Cosme decidió hacerse cargo de Isabel y esa misma mañana se la llevó a vivir con ellos. Tu padre lo aceptó, qué otro remedio, pero desde entonces tuvo ese gesto amargo, triste, que jamás perdió.*

El bebé, en cambio, era pura alegría, pura sonrisita y pudo da da da, haciendo las muecas de un bebé gracioso y bueno, da da, agradeciendo a la familia porque desde ese momento comenzarían los caprichos y las exigencias para comer. Será hijo único, pero con idéntica categoría que el otro objeto extraño de aquella noche: ni el pan dulce ni él habían sido consultados para el traslado de Isabel. Esta por el Jeep Loco y esta otra por el camión volcador.

—¿Cómo hablaba?

—Como todo el mundo, ¿por qué preguntás eso?

—Porque escribía preguntas, en lugar de preguntás, ¿te das cuenta?

—No.

—Y pluralizaba de vosotros.

—¿Y qué tiene de malo?

—Nada, pero decime, ¿también hablaba así?

—¿Quién se acuerda de eso? Pasó hace mucho tiempo.

—¿Y cómo era?

—¿Cómo era qué?

—Sí, cómo era: físicamente.

—Era de altura mediana, no muy alto. Llevaba unos bigotitos finos y caminaba erguido, derecho, con las manos atrás, y te miraba con aire de superioridad.

—¿De superioridad...?

—Sí, ¿viste esos hombres que aun siendo bajos te miran como desde arriba, como sobrándote?, así era. Tenía ese aire,

¿cómo podría explicarles...?, de alguien que se sabe superior, eso. Él decía que había que divulgar *La Cátedra* y nomás al mirarle ya estabas convencido de que sí.

—¿*La Cátedra*?

—Sí, el Libro con la verdad revelada, con la historia real. Eso decía.

—Bueno, era su libro.

—No, no era de él. Era de Pedro Vallejo.

—Pero, ¿no era el Hermano Silvio la cabeza del grupo, el Regenerador Universal?

—Sí.

—Entonces, ¿qué pito toca ese Pedro Vallejo?

—El Hermano Pedro Vallejo era el autor del Libro. Poco les puedo contar. Sé que vivió en Barcelona, que había nacido allí. Sé que escribió algunos libros. *La Cátedra*, o el que ellos llamaban *La Cátedra*, era el que contenía las respuestas.

—Entonces el Círculo no fue fundado por el Hermano Silvio, viene de mucho antes.

—Claro. Ellos decían que Cristo había sido un Hermano Regenerador, que después le había tocado el turno a Pedro Vallejo y ahora era el tiempo del Hermano Silvio.

—Pero si la verdad revelada está en *La Cátedra*, resulta que Pedro Vallejo es anterior a Jesús.

—No, nada de eso. Pedro Vallejo es de fines del siglo pasado o principios de este.

—Entonces, ¿cómo se entiende?

—Vieron, siempre hay cosas que no se alcanzan a explicar.

Puede ser sábado, puede ser invierno, incluso puede llover. Pensó que sábado, frío y lluvia se parecían a los de su país, cuando en sábados como este, de no hace mucho tiempo, Noé, Mario y él, a veces también Miguel, bajaban al mercado de la Recoleta. Aquello era un espectáculo de ruidos y colores, iban de puesto en puesto, rigurosos, selectivos, optando por esa lechuga, que está mejor que aquella, y rechazando los pepinos, aunque Mario aventurase fórmulas secretas para no repetirlos. Esa carne es buena para el horno, decile que te la meche y luego te explico cómo hacerla, anticipaba Miguel, generoso en recetas. Al llegar a los pescados era Noé el de la verdad, sus tres años en Besançon, además de las investigaciones acerca del lenguaje, además del estudio de los textos, le habían hecho conocer las cosas del pescado. En Europa se come casi a diario y hay mil modos de cocinarlo, y venían las fórmulas y este es el salmón y aquella la merluza y se hablaba de muchas proteínas y pocas calorías, para pasar de un aroma a otro, del recio del pescado al variado del queso: dispuestos

por calidad y gustos, por consistencia y formas: el fontina, el brie, el sardo, el fresco derretido y por encima, grandes y dominando, el gruyère, el provolone y el reggiano. Todos respetuosos y obedientes, esclavos blancos de fragancia y leche, esperando con paciencia la elección de los sabios: el reggiano está para rallar, el fresco demasiado pasado y el brie para hoy. Pensó en los sábados del mercado, cuando el estructuralismo se mezclaba con el cine y la gastronomía y pensó que sábado, lluvia y frío eran idénticos. Bajo hasta el mercado, dijo, para comprar algunas cosas.

DEL HERMANO ANTONIO AL CÍRCULO

...y no olvidando nunca que somos hijos de Dios, habremos dado a nuestro cumplimiento la razón y el honor de ser componentes del Círculo de Amor, Paz y Caridad, con cuyo creador al frente tendremos que realizar en el mundo que nos ocupa la más grande revolución de todos los tiempos, cuyo proceso histórico ha de culminar con la Regeneración total de la Humanidad, consagrando al mismo tiempo las figuras de los grandes que nos precedieron en esta singular y sin igual batalla: los Hermanos Jesús —verdadero lazo de amor— y Vallejo —inmortal baluarte...

Cruzó Provenza improvisando Meló, bordeó plaza Gaudí improvisando plaza Mitre, miró la Sagrada Familia improvisando la Facultad de Ingeniería. Entró al mercado sin Noé, sin Mario y sin Miguel, sabiendo que todo era un pálido modo de acercarse a su realidad, pero encontró colores idénticos y ruidos similares y por un rato nació el optimismo. Fue hasta el puesto de dulces y pidió un paquete de galletitas.

Qué, preguntó el puestero, interesado. Galletitas, dijo él con naturalidad y con las manos compuso un gesto que no significaba nada. Anuló el gesto y reiteró: galletitas, señalando los paquetes a espaldas del puestero. Ah, galletas, dijo el puestero. Galletitas, reiteró él, obcecado. El puestero, conciliador, preguntó que cuál era la diferencia. Que una cosa es galleta, dijo él, y otra galletita, y de golpe comprendió que la diferencia no se podía explicar, había que sentirla. Se siente galleta o se siente galletita; ellos sentían galleta. Modos de traducir, quizá. Preferían la *Sinfonía Inacabada* a la *Sinfonía Inconclusa*, *Mirando hacia atrás con ira* a *Recordando con ira*, *Retrato del artista como perro joven* a *Retrato del artista cachorro*. No era solo un problema de traducciones, se trataba de algo más profundo y resultaba imposible explicar por qué galletita y no galleta. Dijo que gracias, que no tenía importancia y comprendió que la Recoleta estaba a miles de kilómetros. Podían parecerse ruidos y colores, sábado, frío o lluvia, pero les distanciaba la palabra: él pensaría papa y tendría que decir patata; la banana sería plátano; los porotos, judías blancas; las arvejas, guisantes; los rabanitos se reducían a rábanos y el zapallito se transformaría en calabacín, con grotesco sonido de campanillas. No estaba preparado para semejante esfuerzo. Caminó hasta plaza Gaudí y no pudo improvisar plaza Mitre; cruzó una calle, que era Provenza y no Melo, y comprendió que sábado, invierno o lluvia podrían parecerse, pero que todo lo otro era distinto.

Quizá la amistad haya comenzado a partir de aquel pedacito de uña, un pedacito así, poquita cosa. Ella dijo tomá, tenelo, y aunque fuese menos doloroso que un pacto de sangre también era un pacto, de uña. En ese momento le estaba dando algo de ella: para que lo tengas y no se lo mostrés a nadie en el mundo, por nada del mundo, ¿entendido? Entendido, dijo él y levantó el puño cerrado, como quien señala un trofeo, no se veía, pero él sabía que estaba allí, que su mano guardaba un trozo de uña de su prima Susy.

Entonces fue que llegaron mamá y tía Águeda, y preguntaron qué has agarrado ahora, que siempre agarrando porque rías, abrí la mano. Él que no, que no agarró nada, que no tiene nada y que no la abre. Qué tenés, insistieron. Nada, insistió él, apretando con más fuerza. Habían quedado que a nadie en el mundo, ni siquiera a la madre, y mucho menos a la tía Águeda. Pero ahora por tercera vez preguntaban y él por tercera vez afirmaba que nada y es lo último que afirmó porque después sintió el sacudón. La madre lo sacudió, que no te quedás un minuto quieto y hay que ver lo que habrás agarrado. Abrí esa

mano, dijo exigiendo, y le zarandeó la mano, que continuaba cerrada. Por poco tiempo: mamá lo inmovilizó y tía Águeda,

HECHOS DE LA DOCTRINA

Las almas errabundas y gigantes marchan por el mundo desterradas. Regresan al Centro de la Tierra para volver en otro ciclo e intentar la Salvación.

Cuando llegue la Hora de la Regeneración Universal todos los que se han salvado quedarán salvados para la Eternidad. Poblarán los planetas que rodean al Sol.

Para los que no se han salvado queda la Nada Absoluta. Jamás podrán regresar al Centro de la Tierra, y allí quedarán, en la oscuridad total para toda la Eternidad.

Es la Ley de las Alturas quien ofrece...

lentamente, le fue abriendo los dedos, uno a uno. Él pateó, intentó tirar patadas, imposible, un par de cachetazos, plaf, plaf, uno para cada mejilla, y las defensas quedaron rotas: la mano estaba abierta, con un pedacito de uña en la palma. ¿Esto es todo?, preguntó la madre, frustrada. ¿Por esta idiotez te hiciste pegar?, recriminó. Él eligió el silencio honroso, le ardían las mejillas pero el dolor estaba en otro sitio, aún no sabía dónde. Ahora se le da por comerse las uñas, dijo la madre. No sabes el daño que te estás haciendo, dijo tía Águeda, que comerse las uñas es una de las peores cosas y habló de la digestión y del estómago. En el cuerpo, eso que a falta de nombre él había llamado dolor, estaba en su cuerpo. Se paseaba por el cuerpo hasta llegar a la garganta. Quizá era odio, pero se sentía como dolor. Sin contar que los dedos te quedan horribles, finalizó tía Águeda. Era odio. Sintió unas ganas enormes de patear a tía Águeda, pero no se atrevió. Solo supo llorar, sin quererlo y sin consuelo.

—Nos reuníamos tres o cuatro veces por semana en el café Paulista, de Almirante Brown y Olavarría. Todos los parroquianos ya nos conocían como gente del Círculo de Amor, Paz y Caridad.

—¿Y no decían nada?

—¿Por qué? ¿Qué iban a decir?

—No sé. No es común que en un café de Buenos Aires la gente se reúna a esperar la hora de la Regeneración Universal.

—Esperá, quizá tengan una idea diferente de lo que eran las reuniones.

—No tenemos ninguna.

—Formábamos un grupo de diez o doce personas, todos sentados alrededor de una mesa. En el Paulista ya nos conocían y nadie se metía en nuestras conversaciones. Eran a plena luz y con público, sin aparatosidad, simplemente. En un rincón estaba Camilo, se ponía en trance y después empezaba a escribir.

—¿Se ponía en trance?

—Claro, Camilo era vidente. En todas las reuniones traía un pliego de papel y se ponía a escribir y escribía cosas extraordinarias, saben, todas en verso, en poesía. Él decía que estaba recibiendo la comunicación y se ponía a escribir.

—Entonces eran espiritistas.

—No, solo eran videncias. Camilo tenía videncias y las relataba. Eran muy bonitas. Ahí estábamos todos alrededor, tranquilos, sin molestar y Camilo, a plena luz, escribía en forma automática y después leía lo que había escrito.

—¿Pero qué escribía?

—Versos, reflexiones, pensamientos...

—Así que las reuniones consistían en gente alrededor de una mesa para escuchar lo que había escrito Camilo.

—No. No te hagás el gracioso, eso era una parte de la reunión. Además, casi todos escribían. Dependía del tipo de videncia que se tenía en cada caso. Unas veces se hablaba y otras se escribía. La ventaja de lo que se escribía era que quedaba, en cambio lo que se hablaba, vieron... las palabras se las lleva el viento. Parece ser que esto no les interesa tanto.

—Al contrario, me resulta apasionante. ¿Todos escribían?

—Casi todos. Algunos lo hacían en las reuniones, cuando tenían la videncia. Había otros que traían algo escrito, que lo habían escrito en casa.

—¿Y qué escribían?

—Ya se los dije: ensayos, consideraciones, poemas, pensamientos. Todo ese material se iba reuniendo y luego se hacían varias copias.

—¿Y el Hermano Silvio?

—Venía muy de tanto en tanto. Esas reuniones las dejaba en manos de un Hermano Instructor. Cosme, por ejemplo. Varias veces a la semana tenía que reunir al grupo en su casa o en el café, todos en torno a la mesa, y a uno por uno debía preguntarle qué novedades habían surgido en la semana. Los

sueños eran de gran importancia, cada uno relataba el sueño que había tenido y de inmediato se les daba una interpretación. Esos sueños después se le transmitían al Hermano Silvio. En otra reunión, esta vez con el Hermano Silvio, se hacía la interpretación final.

—¿También en el Paulista?

—No, esas eran en la casa del Hermano Silvio, hasta que se finalizara el Templo.

—¿Qué Templo?

—El de la Representación Primera.

Dos cosas sorprendieron al nene: que en mitad de la semana lo vistieran con ropa de domingo y que el tío Cosme estuviese de visita en casa, como si fuera domingo. Años más tarde, otras visitas intempestivas, como esta de ahora, presagiarían muerte: primero la tía Clelia, después el tío Cosme. *No sé la de Cosme, la mía la anunció tu padre y no estoy segura que haya sido en mitad de semana. Pero esa tarde no era de mal augurio: estaba Cosme y estabas con ropa de salir porque ibas a lo del doctor Cantoni, por lo de la carne crecida.* Que entonces el nene no sabía qué era, apenas sabía que le habían puesto ropa de domingo y que lo llevarían a pasear: la mano derecha al tío Cosme, la izquierda a mamá y bajar feliz las escaleras, es un lindo día de sol y el nene está contento. Es bueno y educado y no hace preguntas, porque los nenes no preguntan. Pero no es un paseo por el barrio, están por subir al tranvía 28, que es el que va al zoológico, y el nene además de bueno y educado es curioso, la curiosidad supera a la educación y el nene pregunta que a dónde vamos, mami, y mira al tío Cosme. A

dar un paseo, dice el tío y como el nene eso lo sabe, porque lo están dando, insiste que sí, pero a dónde. A lo del doctor Cantoni, dice la madre y el nene de pronto siente angustia o miedo, yo no tengo nada, mami, dice y mira al tío Cosme. No te llevamos porque estés mal, sonrío el tío Cosme. Por qué, entonces, pregunta el nene, muy serio. Para sacarte una foto, dice la madre, a eso vamos, a sacarte una foto. Por eso la ropa de domingo, piensa el nene, contento.

El consultorio del doctor Cantoni está en el cuarto piso y la enfermera está en la puerta. Los esperábamos, dice la enfermera pura sonrisas, cariñosa y amable. Vení por acá, lo conduce, y tranquilo que no te va a pasar nada. Estoy tranquilo, dice el nene, pero le crece una sospecha: todo es limpio y ordenado, allí los sillones y allá una mesita baja cargada de revistas, dos o tres cuadros en las paredes y ese olor que recuerda de otra parte. ¿Me van a sacar muchas?, pregunta el nene a la enfermera pura sonrisas. Fotos, completa la madre. Porque ha venido a que le saquen las fotos, finaliza el tío Cosme. ¡Uh!, dice la enfermera pura sonrisas, todas las que vos quieras, y lo lindo que vas a quedar, y acaricia la cabeza del nene y le dice que se siente mientras el doctor finaliza con la otra visita, también fotos, sabés. El nene ya casi no tiene sospechas, salvo ese olor que recuerda de otra parte.

Mamá hojea una revista, el tío Cosme serio y en silencio, los brazos cruzados sobre el pecho. El nene está a punto de levantarse y caminar hasta el rincón, por las plantas, ¿naturales o artificiales? No consigue saberlo porque se abre la puerta y de nuevo aparece pura sonrisas y dice que pueden pasar, que el doctor los espera. Adentro crece el olor. Todo está más limpio y ordenado: el escritorio cubierto de papeles y remedios, otro montón de remedios en las vitrinas del costado, una gran mesa de hierro brillante y el sillón, igualito al de los dentistas. Pero el doctor Cantoni no es dentista, no hay que temer,

sobre todo ahora que dice ¡Qué tal el valiente! y también le acaricia la cabeza. El nene quiere poner voz de valiente, pero la pregunta viene convulsionada con un nudo en la garganta: ¿Me van a sacar una foto, doctor?, pregunta el nene, con la voz o el cuerpo temblando. Claro que sí, dice el doctor y lo lleva del hombro, como antiguos amigos, hacia el sillón del dentista. El nene se detiene de golpe, potrillo desconfiado, pero mamá dice hacele caso al doctor que solo es una foto y el nene confía, perro faldero, y se sienta en el sillón del dentista, casi sin que se lo pidan. Pura sonrisas dice: te vamos a preparar para que salgás lindo y comienza a envolverlo como a una momia.

El nene abre los brazos, águila en vuelo, y el tío Cosme dice que se quede quieto, que no sea zonzó y el nene pregunta por qué, que por qué así fajado, como si fuera un bebé. Porque esta es una foto especial, dice el tío Cosme y mamá y pura sonrisas repiten a coro ¡especial! Ya verás qué divertida, dice el doctor Cantoni y le dice que abra la boca y el nene por un segundo piensa que el doctor Cantoni efectivamente es dentista, y por eso no la abre. Abrí la boca, querido, dice mamá y el nene no la abre y quiere soltarse pero comprende que está atado y entonces es que la abre para gritar y el doctor Cantoni dice así, así, le pone un aparato entre los dientes y el nene ya no puede cerrar la boca. Sometido, con lágrimas en los ojos y la boca abierta, comienza a buscar la cámara de fotos, como última esperanza. Cuando el doctor Cantoni me puso un aparato raro en la boca, yo quedé así, sin poder cerrarla, y antes me habían envuelto como un matambre, era todo muy cómico, como payasos de circo, ahora que lo cuento parece cómico pero tuve miedo, solo por un momento porque ahí estaba la cámara y salieron estas fotos tan divertidas. Pero la cámara no está y el doctor Cantoni tiene unas pinzas en la mano. Las pinzas andan por la boca del nene, boca abierta,

como de asombro, que no se puede cerrar por ese aparato que le han puesto, no lastima pero molesta. El doctor Cantoni se ha hecho dentista, no hay duda, y al nene lo han engañado para que pueda verle los dientes, vérselos solamente, porque no está el torno ni nada que haga doler, pero está el olor y el olor no es de dentista. Es de hospital, lo termina de descubrir. Tampoco las pinzas son de dentista, no le dieron importancia a los dientes y andan por la garganta, buscando algo. El nene quiere moverse y descubre que el tío Cosme lo sujeta desde atrás y pura sonrisas le aprieta las sienes con fuerza. El nene siente arcadas, tiene ganas de llorar, pero debe conformarse con unas lágrimas deshilvanadas que caen indiferentes por las mejillas. Quiere gritar, pero no hay por qué, aún las pinzas no mordieron la carne, eso pasará un rato después. El doctor Cantoni dice no tengás miedo, quedate un segundo quieto. Efectivamente, es solo un maldito segundo, las pinzas muerden la carne, siente un tirón desgarrador: el doctor Cantoni desgaja con fuerza y como por arte de magia desaparece el aparato de la boca y nace el grito, viene de adentro, del ardor inédito, es un alarido de bestia traicionada ahogado por torrentes de sangre. El nene siente dolor, siente arcadas, sabe de la violación y apenas le queda el llanto, como consuelo de tonto.

Perón ha muerto. El *Diario de Barcelona* lo destacaba a toda página, en una edición especial. Recordó un 26 de julio de muchos años antes: papá y mamá y el tío José y la tía Violeta y el tío Eduardo y la tía Herminia agrupados en torno a la radio, sin hacer caso de sus preguntas, callate nene, y él sin entender la razón de ese silencio, si jamás le habían prestado atención a la radio y menos a esa hora, que era casi la de la comida. Cree recordar que hacía frío y con seguridad llovía, porque las descargas de la radio se confundieron con la voz del locutor y con los comentarios de los padres y los tíos, que de pronto hablaron todos a la vez, algunos con alegría, otros tristes. A partir de ese momento por la radio solo se escuchó música clásica, que duró días y días, y todas las mañanas del colegio se iniciaban con la misma frase: «Eva Perón ha muerto, la República está de duelo...». Era el comienzo de un largo discurso, idéntico mañana a mañana, una vez leído por el señor director, otra por el señor Del Valle, otra por el señor Divicenzo y a veces hasta por la señorita Madariaga. Entonces él era chico, soportaba el frío en el patio del colegio,

y no entendía. Ahora es grande, está a miles de kilómetros, y tampoco entiende. «Ha fallecido a las 13:25 hora local (18:25 hora española) de hoy en Buenos Aires. El General contaba con 78 años de edad y desde hace algunas semanas venía especulándose sobre su estado de salud». Sin embargo, en la foto derrochaba sonrisas y bienestar.

¿Y ahora qué?, preguntó Jordi. Él dobló el diario en cuatro y de Perón solo quedó un trozo de nariz y la sonrisa. Regenerador Universal, pensó, similitudes, pero únicamente dijo: Ahora, huérfanos, se nos ha muerto el padre. Y Jordi dijo: Nosotros, en cambio, aún lo tenemos, casi treinticinco años de padre. Y él dijo: Pero ustedes no lo buscaron, se les puso de prepo. Y Jordi dijo: Por Gracia de Dios, como dice la moneda. Juntó las manos en actitud de ruego y completó: Y que se lo lleve pronto, que tiene más edad que el vuestro. Y él dijo: Una cosa es soportar y otra elegir, ustedes lo soportan, nosotros lo elegimos, de ahí la orfandad. Desplegó nuevamente el diario y agregó: Tendría que hablarte de nuestro ser nacional, de nuestra conciencia histórica. No esperó la aprobación de Jordi y se explayó acerca de la necesidad del padre, de los mitos cotidianos, del desarraigo. Habló y habló para no hablar de lo que realmente le preocupaba: las similitudes entre el Hermano Silvio y Perón, ¿acaso Argentina Potencia no se parecía a Suprema Potestad? Una y otra fueron mentiras, pero por igual tiempo: treinta años en cada caso, se aceptaron como verdades. Uno sedujo al país, el otro a unas cuantas familias. Al menos de palabra, por uno y por el otro daban la vida. Ni uno ni otro dejó descendencia. Las Veinte Verdades del Justicialismo se parecían a las Veinte Verdades del Círculo, aquellas como política, estas como religión. Uno y otro habían sido leídos de la misma manera, ambos habían empleado el mismo énfasis. Con la muerte del Hermano Silvio se acabó el Círculo. ¿Se acabaría el peronismo con la de Perón?

Aquella tarde Jordi no hizo más preguntas. Quizá porque él le abrumó con descripciones sin importancia que intentaban ocultar lo que realmente importaba. Hubiese tenido que explicarlo y hubiera provocado una polémica delirante, difícil de sostener. Solo dijo: Huérfanos, se nos ha muerto el padre, y decidió aguardar el tiempo adecuado para escribir acerca de las similitudes: cuando no fuera posible discutir las. Como en este momento.

—Se iba a llamar el Real Templo de mi Representación Primera. Toda doctrina necesita de un sitio dónde practicarla. El Hermano Antonio era el Director.

—¿A qué se dedicaba?

—¿Cómo a qué se dedicaba?

—Sí, ¿de qué trabajaba?

—Ah, era acomodador del Dante.

—¡Acomodador de un cine!

—Sí, ¿qué tiene de malo?

—Nada, que es difícil imaginarse a un acomodador preocupado por la Regeneración Universal, ¿cómo era?

—Muy seco, muy callado. Solía mirarte de costado, hablaba midiendo lo que decía. Nunca se sabía con claridad lo que pensaba, como quien guarda un viejo rencor.

—¿Un viejo rencor?

—Parece ser que él y el Hermano Silvio fueron los iniciadores. Camilo apareció después y se transformó en el Hijo Espiritual del Hermano Silvio, algo así como su brazo derecho...

—Pero Antonio era el Director del Templo...

—Sí, pero estaba en tercer lugar.

—¿También vivía solo?

—Vive. Alguna vez me lo he tropezado. Parece que ve poco. Camina siempre con la mirada hacia arriba, con aire despectivo. Qué raro, dije yo, no es que tuviese interés de verlo o saludarlo, pero me pareció que miraba y no me saludó. Entonces me contaron que ve muy poco y si no está cerca de uno no lo ve. Era casado y tenía una hija. A la esposa nunca la conocimos, creo que no vivía con él. La hija se llama Silvia.

—Igual que...

—Sí, seguramente le pusieron el nombre en su homenaje. Se habían cifrado enormes esperanzas con esa chica: la Madre Representativa de la Humanidad Desterrada... y cómo terminó.

—¿Cómo?

—En un *dancing* del puerto, de prostituta. Fue después de la muerte del Hermano Silvio y no se sabe por qué fue.

Y se burlaban de él toda vez que salía de la mano de su madre. Tenían de qué burlarse, no es muy común que a un chico lo vistan todo de blanco, pantaloncitos blancos muy cortos y blusita blanca con canesús celestes sobre el pecho. *Tu madre se quemaba los ojos empeñada en el canesú o en bordarte motivos, porque también las tenías con florcitas, pajaritos y cosas por el estilo.* Había que ponerse esa ropa y salir a la calle de la mano de mamá y esperar fatalmente las burlas de los atorrantes del patio: el mariconcito que juega con la prima, gritaban. Había que cruzar por entre las burlas intentando un ademán recio, imposible con tanta florcita y mamá al lado. *Por esa razón, por maleducados e irrespetuosos, no jugabas con ellos.* El tío Cosme había establecido los límites: no pasar de la baranda y los cuarenta y dos escalones, contentarse con mirar cómo allá abajo los atorrantes corren de una punta a otra del patio. Jugaban a la pelota o a los coches o al balero o a lo que se les cantase, sin ningún tío Cosme que les ordene estar allá arriba, en la baranda, igual que chico paralítico de vaya a saberse

qué melodrama. Lo habían hecho personaje sin consultarle, pero sucede que él no es paralítico, vean lo bien que camina, vean cómo corre, de la baranda para adentro. Por el comedor y el dormitorio, inventándose sus propios juegos, héroe y villano al mismo tiempo, peleando contra hordas invisibles, gritando y cayendo estrepitosamente, derribado por un golpe de su sombra. Veán cómo se divierte, sin molestar a nadie, sin burlarse de nadie, sanamente. Tiene que ser verdugo y condenado, policía y ladrón, Murciélagos y Robín, tiene que ser Tarzán y Juana, incluso mona Chita. Se hace agotador preguntar y responder al mismo tiempo, ir de la rudeza de Tarzán a la fragilidad de Juana y casi sin transición hacer algunas de las boludas monerías de Chita. Necesitaba cubrir todos los personajes posibles, pero jamás el personaje paralítico. *Cosme lo hacía por tu bien, para librarte de esa mala compañía.* Y le obligó a mil personajes para neutralizar la soledad: ser Misterix, disparar el rayo aniquilador, correr en dirección al rayo y caer aniquilado. La muerte solo durará un instante porque hay que estar de pie: Misterix a punto de recibir el agradecimiento de los notables de la comarca, ahí llega la gente y entonces además de Misterix hay que hacer de banquero gordo y agradecido, de chicos que asombrados tocan el traje de acero, de muchacha dulce subyugada por tan varonil y extraño héroe. A veces con un gesto o una palabra bosquejaba el tipo, pero siempre estaba condenado a ir de la sonrisa a la risa sarcástica, del murmullo al grito, del arrojo al miedo, caer y levantarse, morir y resucitar, mirar como terrible vampiresa o como torpe muchacha virginal.

Cierta vez su padre le habló de Frégoli y él, secretamente, comprendió que lo suyo era mucho más difícil: no necesitaba cambiar de ropa para cambiar de figura. ¿Un mimo genial? ¿Quién lo sabe? Si también tuvo que ser director y público.

DEL HERMANO SILVIO AL PADRE ETERNO

Dices que soy el Invicto; dices que llevo tres cruces, dices que soy el Regenerador y el Universo es testigo de tanta pronunciación.

Pero... si soy el Primero, tras tu eterna gestación, tu Nombre invoco para pedirte tan solo...

Una tarde la prima Susy entró cuando en pleno Mandrake estaba ridiculizando al enemigo, haciéndole creer que lo había transformado en un gigantesco conejo. Y entró justo cuando a él le tocaba hacer de enemigo: un conejo grandote haciendo conejeadas. Fue la primera vez que sintió el ridículo, se sintió ridículo. Afortunadamente, la prima Susy no demostró sorpresa al verlo así, tan conejo, y a él solo le costó un segundo volver a ser el de siempre, con blusita de canesú y pantaloncitos cortos: el mariconcito que juega con la prima. A eso había llegado, a jugar con él. *Fue decisión de Cosme, ustedes andaban siempre juntos y ya no insistirías con bajar al patio.* Por un tiempo se olvidó de Genghis Kan y dejó de ser un curtido miembro de la Legión Extranjera para dedicarse a tareas menos violentas: él comerciante, la prima Susy cliente. Fue almacenero, dueño de un bar americano, zapatero, farmacéutico y tendero. La prima Susy dice que necesita un trozo de esa tela blanca, un trozo así, sabe, de esa que está ahí, dice y señala la sábana nueva, sin estrenar, que la madre les ha prestado para que jueguen a la tienda. Hay que satisfacer al cliente, piensa él con sonrisa de honesto comerciante y corta el trozo así que la prima Susy solicita. *Qué escándalo esa tarde. Dios mío, le arruinaron la mejor sábana a tu madre, la más cara.* Su madre no supo entender los sagrados principios del comercio y él por un tiempo debió volver a la Legión

Extranjera y deambular en pleno desierto, dudando de que la patrulla que había salido en su rescate lo encontrara antes de que el sol se reflejara con furia sobre la arena y le hiciera ver más espejismos de los que ya estaba viendo.

Beto aseguró que en el Mercado de San Antonio había libros de quien se te cante. Pasame a buscar el domingo por la mañana, dijo, y ya vas a ver cómo encontramos esa cátedra. *La Cátedra*, dijo él y dijo que tampoco estaba muy seguro del nombre. Así le llamaban ellos, pero quién sabe... Fijate que ni siquiera sé si es un libro, a lo mejor apenas es un folleto. Beto dijo que no fuera despreciativo, que un texto tan fundamental no podía tener categoría inferior, que de folleto a folletín solo hay un paso y como sigas así pronto vas a hablar de ese folletín que algunos llamaban *La Cátedra*.

Que no, que no era despreciativo, todo lo contrario, pero sucede que esa gente se iba en títulos. Beto dijo que sí, pero que eso no pasaba con *La Cátedra*. Estoy seguro que era un texto de consulta y nadie que se respete a sí mismo consulta un folletín. Él dijo que no exagerase, que nunca había dicho folletín sino folleto y que no se trataba de un texto de consulta sino del Texto Fundamental: El Libro, ¿te das cuenta?, algo así como la explicación. Efectivamente, no podía ser un folleto.

Lo imaginó encuadernado en cuero, con dibujos de relieve sobre el lomo, las páginas de papel muy grueso, los bordes gastados y de color marrón. Las palabras del Hermano Pedro Vallejo no se habían compuesto mecánicamente, olor a plomo quemándose, con el irrespetuoso batifondo de la linotipo. Nada de eso, pudo ver a un paciente y silencioso tipógrafo uniendo letra a letra hasta formar la palabra, y palabra a palabra hasta formar el texto. No podía ser un folleto, era un libro y encontrarlo iba a ser tarea exclusivamente suya. Empezar por el Mercado de San Antonio, entonces. Preguntó por ese mercado. El domingo lo verás, dijo Beto, vamos a llegar antes del mediodía, y no preocuparse, que el que busca encuentra.

El domingo cambiaron los planes: en el Paseo de Gracia han montado la Feria del Libro y estará solo una semana, dijo Beto. El argumento fue convincente: habrá cantidad de libros viejos y quién sabe. En cuanto llegaron le alarmó la gente, demasiada gente. Beto dijo que tranquilo, que no todos habían ido a por *La Cátedra*, que en la Feria hay otros libros y que sin duda estaban allí por los otros libros. Él dijo que sí, que sin duda, que no lo fuera a tomar por loco. Aunque la gente no parecía estar allí para elegir libros sino para impedir que él se acercara a ellos. ¿Loco?, quizá, pero Beto tiene que recordar la gente de aquel domingo: una muralla que impedía llegar a las mesas. Hubo que hacer fuerza, empujar, deslizarse en medio de una selva de cuerpos y por fin los libros. Había llegado, con sudor, cansancio y un gesto de triunfo. Duró poco, renacieron los empujones y hubo que andar y andar y andar. Los vendedores estaban del otro lado, sin tiempo para respuestas. Él preguntaba «¿Un libro llamado...» y antes de decir el nombre venía el empujón y el vendedor quedaba atrás, con una sonrisa cordial de vendedor de libros los domingos a la mañana.

Pese a los empujones y a la gente consiguió una antigua edición de *Noches lúgubres*, de Cadalso; un curioso tomo del

Filobiblion, del obispo Bury; y el *Viaje al Parnaso*, de Cervantes, pero no tocó ni vio ni compró *La Cátedra*, o como realmente se llamase.

ACERCA DE LOS GRADOS-LUZ

Son la Salvia Redentora y están en
concordancia directa con el comportamiento de
todos los días.

Son el Fruto Congregado de milenios asombrosos
que los tiempos y la escombra
respetaron al pasar.

Son la prebenda y el más divino tesoro para la
excelsa Hora de la Regeneración Universal.
Solo puede ofrecerlos el Regenerador, desde la
transparencia positiva de su Nombre refulgente.
El Regenerador, como Administrador de la Casa
Paterna, podrá retirarlos o restringirlos, según
su voluntad, en aquellos que violen la Ley de
las Alturas.

—Por ejemplo, en las casas no debía haber ninguna imagen de santos, ni de vírgenes ni de todas esas cosas: el Hermano Silvio decía que Dios es espíritu y en espíritu nos oirá. Entonces Cosme, con mucho disgusto de mamá, sacó unas láminas que había en nuestra casa: unas vírgenes, un santo, que eran cosas bonitas, cosas de tradición, saben, que uno de chico las ve y después ya no les da importancia. No nos iba a perturbar una imagen de esas. Saben que en las casas siempre estaba un Santo Patrono ahí, con el angelito... Cosme sacó todo eso y lo destruyó y mamá se puso a llorar, le dolió mucho.

—Pero la familia no era católica...

—No, pero era costumbre tener al Santo Patrono...

—¿O era católica y dejó de serlo por el tío Cosme?

—No, nunca fuimos católicos.

—Yo iba a Moral... por mi padre.

—¿A Moral?

—Sí, a clase de Moral, en el colegio. Siempre pensé que no iba a Religión por mi padre, pero veo que era por el Hermano Silvio.

—O quizá fuese por tu padre. Tu padre era socialista y no quería saber nada con los curas.

—Tampoco quería saber nada con el Hermano Silvio.

—No, no hubo modo de convencerlo. Tu padre y Cosme estaban siempre de pica.

—Es que el tío Cosme nunca se llevó bien con mi padre, aun antes del Círculo. Se opuso al casamiento.

—Sí, pero ya en ese tiempo estábamos en el Círculo.

—¿Desde aquel entonces?

—Claro, si casi fueron treinta años.

Pedir la pata, aunque estaba seguro de que se la negarían. Pedirla como hábito de domingo y para demostrar que no había negación que lo doblegase. Decir a mí la pata, señalándose, y saber que sobre el plato pondrían pechuga o ala y aunque también el ala podía comerse con la mano, a lo Robin Hood, el Vengador de los Bosques de Sherwood utilizaba pata para sus comidas y el ala era apenas un reemplazo, una caricatura. *Eso es buscarle cinco patas al gato, deberías comprender que no había tantos pollos, que cada ave solo tiene dos y que si te ofrecían la pechuga es porque es la parte más sabrosa.* Domingo a domingo, sin embargo, él insistía por una pata sistemáticamente negada.

Las comidas del domingo comenzaban los sábados, cuando su madre, mecánica y prolijamente preparaba los ravioles, sin seso mamá que el seso no me gusta, que descansaban desparramados y blancos sobre la gran mesa del comedor, aguardando la mañana del domingo para ser empaquetados y salir junto con la familia (algún nuevo juguete para mostrarle a

la prima Susy y la ansiedad de una pata que le sería negada) rumbo a casa de la abuela.

Es posible hablar de los preparativos y de la comida, se hace difícil describir ese clima incierto, eso otro que pasaba, eso que casi debe inventar, a falta de más datos. *Es que te empeñás en que sucedía algo extraño cuando todo era una simple reunión familiar en domingo.* ¿Simple? Con un tío Cosme que llegaba exactamente a la misma hora, de corbata y traje oscuro, seguido por la tía Águeda y siempre siempre en este orden: el primo Bartolomé y las primas Teresa y Noemí; domingo a domingo programados de mayor a menor, en fila, con algo de militar y ridículo. ¡Atención, formar!, que llega el tío Cosme, trae folletos y libros que utilizará en la sobremesa, detrás la tía Águeda, blusa negra y falda gris, pelo recogido, y un paquete de masas o merengues, lo único dulce de su tía. Dentro de poco comenzará la comida y, como siempre, le negarán la pata.

Antes era tiempo de recreo, todos los primos hablando a la vez en inútil competencia. Me sé el abecedario: a, b, c, d, e, ¿y de atrás para adelante? z, y, x, v, doble v, te equivocaste. Me sé la tabla del 9 de atrás para adelante o por donde me lo preguntés. ¿9 por 8?: 72. Y yo me conozco todo el Preámbulo: «Nos los representantes de las Provincias Unidas...». ¿9 por 6?: 54, «...reunidos en Congreso General. Constituyente», que saqué Suficiente y conducta muy buena o por qué te crees que voy al Cuadro de Honor, ¿9 x 9?: 81. ¿Y el futuro de Caminar?, le preguntaba la prima Susy. Caminaré, contestaba él, ambos fieles a un antiguo pacto: preguntas inteligentes para respuestas inteligentes, porque la memoria es cosa de elefantes y así hasta un elefante podría decir el Preámbulo o el abecedario, pero de ningún modo el pasado de Correr: Corrió.

Entre tanta discusión llegaba su padre y era hora de pedidos y promesas. Un trompo, tío Nicolás, como el que le hiciste

a Bartolomé. Un balero, como el que me hiciste la otra vez, pero más grande. Su padre, hacedor de baleros y trompos, de cunas para muñecas y coches que no iban a ninguna parte, mezclado ahí, como un chico más entre los chicos, menudo y frágil, con algo de gnomo enojado, pero dispuesto a satisfacer pedidos, orgulloso de que al menos ellos lo aceptaran, carpintero ignorante al que le importaban un carajo las cosas del Círculo, pero el único capaz de trompos y baleros, capaz de coches y cunas, capaz de un mundo de madera y clavos para alegría de ellos que entonces y nunca supieron palabra del Hermano Silvio. Jamás pensamos que tu padre fuese un ignorante, faltas a la verdad. Nicolás siempre fue bien visto, solo que se manifestaba en contra del Círculo y eso lo malponía con el resto de la familia, todo lo otro era normal. Si por normal se puede entender que de pronto la tía Águeda, de un modo que aún suena feo, ordenase ¡A comer! Los grandes a una mesa y los chicos a otra, su padre debía ir a la de los grandes, a la de los chicos vendrían tía Águeda y las negociaciones. Ocupaba la cabecera y desde allí: Que los codos no se apoyan en la mesa, Que comé con la boca cerrada, Que basta de pan. Que todavía no tomés agua, Que cuando se come no se habla. ¿Y cuándo comía ella?, que no hacia otra cosa que hablar para prohibir y prohibir. Yo sin queso, tía Águeda, que no me gusta el queso, rogaba la prima Susy. Sos chica para saber de gustos, la pasta se come con queso. Y la prima Susy debía comerla con asco, porque la tía Águeda no admitía ruegos y el queso llovía sobre todos los platos. Después vendrían los pollos y el momento de pedir la pata que le sería negada. Son para Teresa y Noemí, las que mejor han comido, a Susy habría que darle el cogote, dejó casi todo, y para vos la pechuga, que cada día te veo más flaco. Así se repartían al animal, y con indignación él debía contemplar cómo las primas Teresa y Noemí comían las patas a puro tenedor, sin siquiera

ensuciarse las manos, dejando lo más rico de la carne pegada al hueso; dos genuinas idiotas.

Los merengues eran todos iguales y entonces no había problemas, pero si a la tía Águeda se le ocurría traer masas también los postres se hacían humillantes. La bandeja multicolor y por sobre los colores la mano de tía Águeda seleccionando: estos cañoncitos para vos, estos pañuelitos para vos y a él las palmeras, que era lo que menos le gustaba. Una vez intentó anticiparse a la mano y casi tocó una bomba de chocolate. Los chicos no eligen, sentenció tía Águeda y tuvo que conformarse con la palmera de siempre, que el chocolate hace daño al hígado.

Luego la siesta. A la primera orden los chicos de pie rumbo al dormitorio. Bartolomé, Vicente y Jorge acá; Teresa, Noemí y Susy aquí, nada de gritos, palabras o risitas, es la hora de dormir y no quiero repetirlo. No lo repetía, era gratuito ganarse un castigo: cuando tía Águeda decidía que ahora se duerme, se dormía. Los tres varoncitos en una cama, las tres mujeres en la otra, la habitación a oscuras y afuera la tarde del domingo y los mayores rodeando al tío Cosme que ya había puesto los folletos y libros sobre la mesa y comenzaba a hablar. Una tarde se atrevió a espiar por la rendija de la puerta. La delación habrá sido del primo Bartolomé. La condena fue de la tía Águeda y fue más dura que nunca. Desde entonces eligió el silencio de la cama, con los ojos cerrados, intentando descifrar las voces que llegaban del patio, convencido de que todas las reuniones eran idénticas a esa que entrevió por la rendija: la familia alrededor de la mesa, escuchando al tío Cosme. Tu padre no asistía, optaba por un cigarrillo y la puerta de calle. Y se quedaría allí, el cuerpo menudo apoyado sobre el marco, solo y en silencio hasta que finalizaba esa larga sobremesa y los chicos despertaban de la siesta a la que les habían obligado. Quizá recién en ese momento el clima se asemejaba al

de una simple reunión de familia, ¿pero qué sucedía durante esas casi dos horas de siesta? Nada, Cosme nos hablaba del Círculo, contábamos nuestros sueños, leíamos lo escrito, una simple reunión familiar. Que por casualidad dejó de reunirse cuando fue vergüenza hablar del Hermano Silvio. ¿Era el único factor de reunión o les avergonzaba la fe que alguna vez

DEL HERMANO ANTONIO AL CÍRCULO

Hago omisión voluntaria de la gran obra de divulgación de esa Doctrina realizada por el Hermano Pedro Vallejo porque la obcecación y envilecimiento de la humanidad hicieron poco menos que imposible su obra caritativa de esclarecimiento y restauración...

tuvieron? ¿Quién lo sabe? Ya no están ni la abuela ni su casa ni el tío Cosme ni su padre, y los pocos que quedan no quieren recordar aquellos domingos en que el tío Cosme prologaba el Día de la Regeneración Universal y la tía Águeda recordaba que era la hora de tomar la leche.

Domingo a domingo lo negaba, pero sabía que finalmente iba a llegar esa hora: la peor. Durante la siesta imaginaba a la tía Águeda en la cocina, rodeada de los platos limpios y aún húmedos, y acompañada por la abuela que, cómplice inocente, después de cabecear una siesta minúscula, comenzaba a cortar, con lentitud y prolijidad, innumerables daditos de pan. En el fuego estaba la leche, a punto de hervir. Vigilando el hervor, como bruja veterana, la tía Águeda sostenía un tazón de yerba, que mezclaría con el pan y la leche. Ese brebaje, verdoso e inmundado, se convertía en la merienda, conjurada al grito de ¡Chicos, la leche!

Bartolomé, Teresa, Noemí, incluso Jorge, acostumbrados a la pócima, corrían felices. Él y la prima Susy iban tristes

rumbo al aceite de ricino fascista que en esta reencarnación los aguardaba en forma de mate cocido con leche y pan. La tía Águeda como *cappo d'Instituto*, una primera fase persuasiva: comé que te hace bien, y una segunda fase represiva: si lo escupís te lo hago tragar de un sopapo. Sabían que tía Águeda no amenazaba en vano: domingo a domingo había que tragar el aceite de ricino. *¡E viva il Duce!*

Después se iba la tarde y era momento de despedidas, de promesas y consejos. Pese a tanta familia y a tantos chicos, tanto Hermano Silvio y tanta Paz Espiritual, la tensión predominaba en casa de la abuela. Un clima tenso y molesto que estaba por encima de las pequeñas humillaciones, la pata de pollo o la bomba de chocolate negadas, la siesta obligada o el insoportable mate cocido. Una tensión imposible de describir, que estaba allí y en vano se intentaba esconder con palabras y risas, con Círculo y Regeneración Universal. Quizá, sin saberlo, su padre y su hermana o el permanente silencio de ambos eran los responsables de ese clima. Su padre poniendo del revés la ignorancia y, sin un solo gesto de violencia, Mahatma Gandhi de entrecasa, convirtiéndose en implacable juez de tanto Amor, Paz y Caridad, tanta Luz, Vida e Inteligencia. Su hermana, con su perpetua ausencia, Isabel inconsciente, rompiendo con el orden establecido: los domingos le estaban vedados y se limitaba a cumplir con la prohibición sin un solo ademán de protesta: desde la mañana hasta la noche, sola y encerrada en la casa del tío Cosme. ¿Qué haría Isabel allí? Qué importancia tiene lo que hiciera después de lo que había hecho, hacés cada pregunta.

¿Se habrá planteado a manera de rebelión? Un modo, quizá, de romper con el orden establecido desde hacía siglos y que se repetía de familia a familia y de continente a continente hasta quebrarse, crac, de pronto en los dieciséis años de Isabel. ¿Quién lo sabe? Ella seguro que no. Tampoco hoy podría dar una explicación coherente, pero cómo pedir coherencia en esta familia o en esta crónica si incluso él (que la narra) lo supo hace pocos días. Su madre diciendo bueno, enténdelo, fue muy triste cuando pasó aquello. «Aquello» era la síntesis y él tuvo que entender esa síntesis y decir que sí, que lo entendía, pese a que durante casi treinta años la familia le ocultara «aquello». Porque te diré que fue muy feo y el tío Cosme decidió que nunca más se hablara de eso. Y él, chico curioso que gusta meter las narices en todas partes, en este caso especial fue chico bueno y cumplió como uno más la orden del tío Cosme: junto a la prima Susy, a los primos Jorge y Bartolomé y Teresa y Noemí, aceptó pertenecer a la descendencia que debía ignorarlo, porque aquello tenía que estar tapado para

siempre o hasta que a él, chico malo, se le diera por escribirlo y entonces su madre en voz muy baja, que nadie supiera que estaba rompiendo el pacto, confesaba que sí, que es cierto, que después de lo que pasó, hubo que sacar a Isabel de casa: fue a vivir a lo del tío Cosme, que en paz descansa, dijo y él pensó que lo decía buscando el perdón del tío Cosme.

AMOR QUE LLORA

HERMANO CAMILO:

¿Quién sois? ¡Señor!

HERMANO SILVIO:

Soy la visión esperada.

Soy el flujo arrollador.

Soy la canción tan soñada.

Soy la Luz, el Salvador.

HERMANO CAMILO:

¿Tú representas, señor,
esa idea deslumbrante?...

¿Serás quizás, por ventura.
ese principio que augura
resolver con solo Amor.
la miseria torturante?

¿Por qué Isabel vive en lo del tío Cosme?, preguntaba él y la madre le hablaba de la casa grande de los tíos y de que cuando mandamos a Isabel, Cosme y Águeda no tenían hijos. Él era muy chico y resultaba cómodo pensar que estaba bien que sus padres la prestasen. Su hermana mayor en otra casa porque él había venido a desplazar, aquí no hay sitio para tantos, había que cuidarlo y cumplir con sus caprichos y, a pesar del acíbar en el dedo, tratarlo como hijo único. El precio fue ocultarle una parte de la historia, ¿cuántas más le estarán ocultando?, y aceptar que Isabel vive en lo del tío Cosme

porque Cosme y Águeda no tienen hijos, aunque cuando la madre explicó las causas ya había nacido el primo Bartolomé. Fue más cómodo pensar en la infinita debilidad del primo: incapaz de desplazar a nadie. Más tarde nacieron las primas Teresa y Noemí, la casa del tío Cosme fue una multitud, pero tampoco preguntó ¿por qué no vuelve ahora que son tantos? Es que más allá de sus problemas de soledad o de no poder jugar con los atorrantes del patio, continuaba gozando de su condición de hijo único y así siguió, todos viviendo en paz y en la mentira, hasta que finalizaron las cosas del Circulo y la familia comenzó a mudarse y también sus padres y chau el hijo único: en la nueva casa lo esperaría Isabel. Un auténtico final feliz, pero a él se le dio por escribir y entonces comenzó a meter la nariz en todas partes y consiguió que su madre rompiese el pacto y en voz muy baja le contase la auténtica epopeya de Isabel, le explicase por qué su hermana no vivió con ellos. No te das una idea de lo que fue aquello, me acuerdo y siento ganas de llorar. Y entonces por qué te acordás, por qué traicionar al tío Cosme y traicionarte, que esto no hay por qué ponerlo, que con lo del Hermano Silvio es más que suficiente. Sintió ganas de decirlo, pero no lo dijo y comenzó a preguntar y a preguntar, que ya que estamos hundidos en la mierda preguntemos y preguntemos, que después de todo durante casi treinta años le habían engañado, le habían ocultado una parte de la historia, hasta que por fin llegaba él, creador omnipotente, para que se supiese la verdad, ya basta de engaños:

Clark Kent se quita los anteojos de falso aumento, de un tirón desprende la corbata y en el próximo cuadrado es Superman y ahora no hay kriptonita que lo pare. Es tiempo de decir la verdad, pero ¿qué verdad?, si lo que ahora entrecortadamente le cuenta su madre, en el fondo, bien en el fondo, él ya lo sabía. Habrá que reconocer que como uno más aceptó

la orden del tío Cosme: resulta más cómodo imaginarse solo en casa, creyéndose capaz de desplazar a su hermana, capaz de mandarla a vivir a lo del tío Cosme. Se hace difícil aceptar lo otro: que fue su hermana quien decidió irse, un poco para que se cumplan las escrituras y otro poco para que él se quede, casi de lástima, rey petiso de una minúscula comarca, un rey al que le inventan un mundo de mentira y lo acepta sabiendo que es mentira. ¿Quizá porque fue más cómodo? Convengamos que sí. No se lo contés a nadie, dijo su madre entrecortadamente y él no lo cuenta.

Los de Moral, decía el maestro. Sekman, Sosnovsky, Kessisihan y él se ponían de pie y en silencio (era la primera parte del rito) se dirigían al aula junto a los baños, la más rota y sucia de la escuela, con un inevitable y permanente olor a orina.

Yusnosky, Galante y Rubinstein ya estaban en los pupitres. El señor Del Valle leía el diario, sin inquietarse por los cuatro rezagados que ocupaban (era la segunda parte del rito) los pupitres elegidos para ese día. El señor Del Valle, con paciencia y prolijidad, plegaba el diario. Apoyaba los brazos sobre el escritorio y lentamente miraba a cada uno de los siete alumnos, como dándoles una orden (era la tercera parte del rito): ¡Buen día, señor!, gritaban los siete a coro y se ponían de pie, con ruido a pupitre golpeándose. Comenzaba la clase.

Hoy vamos a hablar del Bien y del Mal, decía el señor Del Valle y con gesto aburrido iniciaba un gráfico sobre el pizarrón. Jamás lo terminaba (era la cuarta parte del rito), en mitad de la obra tiraba la tiza —embocándola— en el portatizas (era la quinta parte del rito), los miraba como quien tiene una duda

y decía en voz alta: El Bien... A ver vos, Sekman, ¿qué pensás del Bien?, preguntaba y señalaba a Galante. (Era el fin del rito).

Se hacía comprensible que el señor Del Valle confundiera a Sekman con Galante, creyese que Sosnovsky y Yusnosky eran una misma persona o dijese a ver vos, Jacobo, para dirigirse a cualquiera de sus siete ocasionales alumnos. Apenas una clase de Moral por semana y menos de una hora. Era comprensible que los confundiera pese a que, la primera vez, señaló a uno por uno y les preguntó el nombre. Aquel día se levantó Sosnovsky y dijo Arnolde Sosnovsky y se levantó Rubinstein y dijo Carlos Rubinstein y se levantó él y dijo su nombre y apellido, rápido y a media voz. El señor Del Valle le ordenó más despacio y más alto. Él repitió más despacio y más alto y el señor Del Valle le preguntó si era sefardí. Él no entendió palabra y dijo que qué y el señor Del Valle repitió sefardí, como Galante, y señaló a Galante para que entendiese. Él miró a Galante y no entendió nada. La sonrisa que esbozó Galante sirvió de poco. No sé, dijo él, si usted lo dice, y comenzó a sentarse, pero el señor Del Valle le dijo que no, que se esperase, que repitiera nombre y apellido. Él repitió, ahora lento y alto sin que se lo pidieran, y otra vez intentó sentarse. El señor Del Valle le dijo que no, que todavía no, que de dónde eran sus padres. Él dijo que de acá y señaló el suelo. De acá dónde, preguntó el señor Del Valle. De la Argentina, dijo él y nuevamente señaló el suelo. ¿Y tus abuelos?, preguntó el señor Del Valle. Él dijo que sus abuelos no, que sus abuelos eran de Italia, y señaló para atrás. ¿Y no son sefardíes? Él dijo que no y antes de que pudiera intentar el ademán de sentarse, el señor Del Valle le dijo que se esperase, que si no era Jacobo, ¿por qué estaba en Moral? Él mintió un gesto de no sé con los labios.

Me lo anotás en Moral, había ordenado el padre. Cuando pregunten Religión o Moral, vos elegí Moral, le había dicho,

pero no le había dicho por qué. Porque no somos religiosos, intentaría explicar después su madre, ambigua. Por eso del Círculo y el Hermano Silvio, precisaría él, es el tío Cosme el que no quiere, ¿verdad? Que la terminés con esas cosas, decía su madre, y que no te oiga tu padre, ¿Y entonces por qué?, insistía él. Porque no somos religiosos, reiteraba su madre, que ustedes ni siquiera están bautizados, ni vos ni tu hermana. ¿Y entonces qué somos?, preguntaba él y la madre insistía con lo de lo no bautizados y que la terminase, pero no explicaba qué eran. Él nunca supo las verdaderas razones: pudo haber sido por el tío Cosme y las Doctrinas del Círculo o por su padre y el socialismo. Con el tiempo eligió el socialismo; pero cuando la pregunta del señor Del Valle nada sabía de socialismo y tenía una vaga idea del Hermano Silvio. Aquella mañana lo único válido era el argumento de su madre. Basta de mentiras, se dijo, y con orgullo y de un tirón expuso sus verdades: porque ni mi hermana ni yo estamos bautizados y porque en casa no somos religiosos, dijo, alta la frente. Por fortuna, al señor Del Valle no se le ocurrió preguntar ¿qué son? Le ordenó, por fin, que se sentara.

Desde aquel día fue el raro del colegio. El que no estaba bautizado, el sin religión, el que no tenía Dios que lo conformara. La noticia llegó hasta los otros grados. Hubo quien se esforzó en demostrarle la existencia de un ser superior («vamos a llamarlo Dios para llamarlo de alguna manera»). Hubo otros que, filosóficamente, le plantearon los primeros interrogantes: no hablaron de la muerte, prefirieron decir el «más allá». Él no podía explicarles que eso le pasaba por las noches y que para eso estaba la mano de su madre.

A consecuencia del tío Cosme o de su padre, por las doctrinas del Hermano Silvio o de Alfredo Palacios, desde aquella mañana y para siempre él se eligió ateo (¿qué otro camino le quedaba?). Fue el raro del colegio, el ateo más chico del

establecimiento y quizá del barrio. Sintió el orgullo de ser diferente: se sabía mirado. Pero duró poco: pronto se acostumbraron, olvidaron la metafísica, y en las clases de Moral el señor Del Valle más de una vez le llamó Jacobo y lo confundió con Rubinstein o con Galante.

—Era un simple libro. Así como cualquier otro, solo que se lo consultaba.

—¿Qué consultaban?

—Qué sé yo, cualquier cosa, siempre relacionada con asuntos del Círculo. No le ibas a preguntar el número de la lotería o...

—¿Dónde está?

—Qué sé yo dónde está.

—Pero ustedes lo miraban.

—Y claro, si estaba allí.

—Digo si lo leían, si lo consultaban.

—No, eso era cosa del Hermano Silvio, a veces los Hermanos Antonio y Camilo, pero muy rara vez.

—¿Y qué tenía escrito?

—Ya te dije que nunca lo leímos, ¿cómo iba a saber qué tenía escrito?

—Dijiste que ahí estaban las respuestas.

—Sí, las que daba el Hermano Silvio.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—¿Al Hermano Silvio?, ha muerto.

—No hablo del Hermano Silvio, hablo del libro.

Beto dijo que esta vez sí, que irían al Mercado de San Antonio y vas a ver cómo aparece, hay toneladas de libros viejos, tiene que estar. Él se imaginó acariciándole las tapas y supo que la lectura iba a ser lenta, íntima, una posesión. Lo gozaría palabra por palabra, descubriéndole una virginidad imposible, pero seguro de que era la lectura cierta, de que lo anterior habían sido aproximaciones al tema, modos de matar el tiempo, entretenimientos.

Al llegar comprendió que tampoco esa mañana. Preguntó si todos los domingos eran así. Beto dijo que sí, que claro, que qué problema hay. Él no quiso explicar que igual a la Feria del Libro, con la misma gente, el mismo amontonamiento y el mismo propósito: impedir que se acerquen a las mesas. A Lancelot no hay encantamiento que lo frene. Lo encontré, gritaría y habría triunfo en el grito. La derrota de Merlín rompería el encanto y la multitud regresaría a su condición primera: gente buscando una edición antigua o

el ejemplar curioso. Gente a la que no le importa que él encuentre el Libro. Cualquiera, menos el de Pedro Vallejo. No sabés dónde se editó, preguntó Beto, como si eso sirviera de algo. No, casi no hay datos, dijo él, sé que era catalán y que se llamaba Pedro. Sé que escribió un libro que quizá se llama *La Cátedra* y que lo explica todo. Le dominaba el fracaso, se había convencido de que el Libro estaba allí, descansando tranquilamente en alguna de las mesas del mercado. Estaba allí para que alguien lo comprara y lo guardase para siempre en la biblioteca, como curiosidad, objeto insólito para mostrar a los amigos: mirá las cosas que se escriben. O estaba allí aguardando al iluminado, al que de verdad entendiese su lectura, el que llegaba con un solo propósito: fundar nuevamente el Círculo y hacer otra vez cierto lo de Amor, Paz y Caridad, Luz, Vida e Inteligencia. Había dos únicas posibilidades: como curiosidad de biblioteca o para que el Círculo renaciera. No se admitía otra, la de él: acercarse sin respeto y leerlo profanamente. Comprendió que tampoco esa mañana, y quizá nunca, y descubrió que sin proponérselo apartaba a Beto del mercado, con cualquier excusa: ¡Mirá ese bar!, ya no hay sitios como ese, y cruzaba a la vereda de enfrente y señalaba un bar como hay muchos en Barcelona, ¿no que ya casi no quedan?, y se iba caminando, alejándose, hablando sin cesar para que las palabras impidan la pregunta: ¿por qué nos vamos?, que se hizo tres cuadras más adelante, cuando ya estaban lejos del peligro. Porque no creo que esté ahí, dijo él y otra vez tranquilos pudieron hablar de los libros imposibles, de los volúmenes para cualquier cosa, que hay libros para todo y lectores para todos, porque la escritura es con la lectura y si no no, ¿te das cuenta? Como ahora.

MUERTE DEL REGENERADOR

VISIÓN:

Veo una majestuosa Carroza tirada por Seis magníficos Leones formados de Luz y en rectilínea formación. Sobre la Carroza un vislumbrante catafalco recamado de oro, perlas y brillantes, encierra el cuerpo formado de Luz del Regenerador.

Al frente, un áureo y purísimo Trono es ocupado por el Padre, Creador Universal.

La Carroza llega y se detiene a los pies del Padre. A la derecha del Padre veo a la Hija del Regenerador. A la izquierda del Padre veo a la Esposa del Regenerador.

Paulatinamente llegan los Regeneradores de los Mundos de la Escala de Ascenso, cada uno luciendo las galas representatorias de su jerarquía. Veo al Hermano Pedro Vallejo entre los Regeneradores.

Millares de Soles van llegando para rendir un postrero homenaje al Regenerador.

Al instante llega el Hermano Jesús proyectando luz.

Seis Soles convertidos en Guerreros se aproximan a una terraza de luz, a la derecha del Padre, y disparan seis gigantescos cañones de luz. Millares de Hojitas luminosas se dispersan por el Universo con un grabado que dice:

SE ANUNCIA AL UNIVERSO LA MUERTE DEL REGENERADOR
EL PADRE:

Mientras esto sucede, el Hermano Jesús se dirige al Padre y obtiene autorización para dar principio a la lectura testamentaria, que es como sigue:

Mami no me siento bien. Tengo como chuchos de frío. Mami puso una mano sobre la frente y con la otra agitó el termómetro, cuatro minutos más tarde confirmó que el nene tiene fiebre, ¿dónde te duele? Él buscó el dolor por alguna parte del cuerpo y decidió que todo, un malestar general.

Al mediodía la gripe era un hecho. Comer liviano, mucho té y quedarse en cama. *No fue necesario llamar al médico y fue una discusión con tu padre: el Hermano Silvio repudiaba a los médicos, los comparaba con relojeros, que lo importante es curar el espíritu, decía, y que para eso no se recurre al médico. Conmigo tampoco hubo y, ¿quién sabe?, quizá me hubiesen evitado la muerte.* A falta de médico, él debió vivir la gripe sin dramatismo: la mesa de luz no estaba repleta de medicamentos y el cuarto no estaba en penumbras que, pobrecito, hasta la luz le dañó. Debió conformarse con un vaso de agua y un termómetro para medir una fiebre que subía y bajaba a su puro antojo. Así recibió a los primos, más en cama que enfermo, componiendo gestos e inventando dolores para no defraudarlos. Ahí

estaban y entonces hubo que decir que sí, que se encontraba bastante mejor, que sí, que aún hay algo de fiebre, aunque ya no es el calor de anoche, porque aquello fue terrible, por suerte ya ha pasado, apenas queda el recuerdo y esa pesadez en el cuerpo, esa especie de dolor, como si le hubieran dado una gran paliza. Fueron tres días de convalecencia, al tercer día se fue la fiebre, vino la prima Marta y le trajo el libro.

Pensó en el *Anuario de la Historieta*, que por fuera tiene forma de libro pero que al abrirlo se reencontraba con los cuadrillos familiares y los héroes de siempre. En este no habría cuadrillos. Pensó en los *Pequeños Grandes Libros*, con dibujo en la página impar y una explicación muy breve en la par. Tampoco sería un *Pequeño Gran Libro*. Se trataba de un libro-libro, cubierto de palabras, en las par e impar, con guiones que indicaban que aquí se dialoga y espacios blancos que señalaban el fin de un capítulo, a la otra página.

—Te lo traje para vos —dijo la prima Marta.

Él deshizo el paquete con la debilidad que su estado exigía y ante sus ojos surgió un libro de tapas duras y colores vivos.

—*Eidi* —leyó.

—*Heidi* —corrigió la prima Marta—. Es la historia de una niña huérfana que vive en la montaña. Te va a gustar.

Desde ese momento supo que se llamaba *Jeidi* y que tendría que gustarle: su prima Marta, cinco años mayor, lo había decidido. Le estaba brindando un insólito certificado de igualdad. Acarició el libro con gesto de lector veterano e inclinó la cabeza dando por sentado que sí, que le gustaría, que ese volumen iba a integrar su vasta biblioteca y que comenzaría a leerlo en cuanto contase con un minuto libre. Poco a poco fue pasando el tiempo y el sol, remontándose, por la forma perpendicular de caer sus rayos, indicaba que era ya el mediodía. Había cesado el viento y los abetos estaban silenciosos. Un airecillo, delicioso y suave aún, a pesar

de la altura a que se hallaba la cabaña, traía una agradable frescura a su lecho.

Sería una larga tarea, por momentos tediosa. Lo estaban probando con un texto ajeno a él. Al menos Salgari o London, no esta huerfanita carente de aventura que se limitaba a preparar quesos o cuidar de las cabras. Su amiguito Pedro no era un dechado de acción y tampoco el «Viejo de los Alpes» o la abuela, por aquello de la edad. Hubo que pasar páginas y páginas, descubrir con angustia que estaba por la 19 y la historia terminaba en la 128. Nadie le prohibía saltar páginas o capítulos, pero no lo hizo: pacientemente, leyó palabra por palabra; lo otro hubiese sido traicionarse.

A leer, entonces, que en cuanto Heidi oyó a su abuelo, ya estaba cogiendo las flores que este mentaba. Enseguida hizo un precioso ramo que además adornó con hojas verdes y lo puso sobre el mullido césped. Todo era paz alrededor de ellos. Balanceábanse las campanillas azules, la hierba de oro y el diente de león. Una penetrante impresión de belleza les poseía y aspiraban con delicia el perfume de las flores. ¡Aquello era hermoso! Heidi caminaba hacia su abuelo radiante de felicidad. Componer una niña con ropa de aldeana, falda de colores, enaguas blancas y almidonadas, un delantal que a veces fue verde y otras azul y una blusa siempre blanca. Usará trenzas y su pelo será rubio. Los pies calzarán zuecos holandeses para caminar por fin hacia el abuelo, que tendrá pelo y barba blancos, será grandote, fuerte, y fumará una pipa de capitán de barco.

A leer, entonces, que pasó el mes de mayo, florido y hermoso, y llegó junio. Los días se alargaron y se hicieron radiantes. El sol, cada vez más intenso, había hecho surgir ya todas las flores. Estas se extendían por los montes y prados, llenando el aire con sus perfumes. Heidi iba contando a su amigo todas las novedades y pequeños secretos de las montañas: dónde nacían

AMOR QUE LLORA

REGENTADOR:

¿Qué deseas ensueño de amor?

HERMANO CAMILO:

Mi Padre me envía

Y me alienta su Sacro esplendor.

REGENTADOR:

¡Pasa!... ¡Oh!... ¡Clamor celeste!

¡Llevas la imagen doliente

De tu Padre verdadero!

¡Paso... al infante Guerrero!

en invierno los dientes de león, las rojas amapolas, las blancas mayas y una infinidad de flores cuyos nombres le había enseñado el abuelo. Hacer caminar a los niños, entre tantas flores, rumbo a la cabaña, que será de troncos, uno sobre otro, horizontales, con una chimenea humeando eternamente.

A leer, entonces, que sonó el silbido de Pedro, agitó este su látigo y el rebaño, con el pastor y la niña, emprendieron la ascensión hacia la región de los buenos pastos, de los prados, verdes y limpios. Subía el tintineo de las campanitas de los rebaños y este sonido tan suave daba una impresión de paz y bienestar. La charla de Pedro brotó espontánea y abundante y Pedro será flaco y pecoso, con pantalones viejos sostenidos con tirantes cruzados al pecho y zapatones chaplinescos. Supo que era una mala copia del Lobo Feroz, pero no había tiempo para cambios. Laboriosamente debía crear caminos y montañas, lagos y plantas, cabras, ciervos y otro montón de animales, muchos de los cuales leía por primera vez. Hubo que crear un pueblo pequeño al pie de la montaña, con sus gentes y sus ropas, carros y caballos y un salón que a falta de modelo tenía puertas batientes, como los del Far-West,

con un largo mostrador pero sin pistoleros, porque este es el pueblo al que llega Heidi, no el Llanero Solitario, aquello era cuadro a cuadro, mucho más sencillo, cada uno hablaba con el globito sobre la cabeza, no había que buscar el dijo, el inquirió, el preguntó o el acotó para saber quién llevaba la voz cantante. No era necesario detenerse a componer el pueblo porque ahí estaba, con su calle de tierra, su tienda de ramos generales, que siempre se llamaba Store, y su bar, que siempre se llamaba Saloon, su oficina del Sheriff, y el Llanero Solitario y el indio Pluma Roja, vestidos de Llanero Solitario y de indio Pluma Roja, porque así los habían dibujado y así eran. Todo resultaba más sencillo, los balazos eran ¡Bang!, las roturas ¡Crac!, las gotas de lluvia Pig Pig Pig y si alguien se hundía en un río turbulento era Glub Glub Glub, y en el otro cuadrito solo tres o cuatro líneas con la explicación concreta: ¡Sabiendo que su amigo está en peligro, Pluma Roja no duda un instante!, y en el otro cuadrito Pluma Roja arrojándose desde lo alto del risco para por fin caer, en el otro cuadrito, ¡Plof! y nadar hasta el cuerpo desvanecido del Llanero Solitario arrastrado por la corriente. Continuará.

Frente a las páginas repletas de palabras las historietas eran juego de niños, un juego que le vedaban porque ya no era un niño y había que leer línea a línea y no cuadro a cuadro, gozando de un brevísimo descanso entre capítulo y capítulo, con el imperceptible placer de controlar las páginas que faltaban para llegar al descanso, sabiendo que también se podía reposar en los dibujos, apenas cinco en todo el libro y puestos únicamente para la pausa: muy poco podían orientar acerca de los personajes o del paisaje, estaban hechos en plumín negro, con trazos rápidos y solo eran una variante del otro dibujo, el de las letras.

Por fin llegó al último capítulo, Heidi fue hasta el extremo de la meseta y allí estuvo diciendo adiós con la mano hasta

que la caravana desapareció en una revuelta del sendero, su voz fue perdiéndose en la distancia, fuera de la cabaña soplaban el viento de los Alpes, y leyó Fin, consciente de que había leído cada una de las palabras, atendiendo a comas, puntos, puntos suspensivos, números y todas las otras señales que le habían puesto en esa larga ruta que terminaba allí, en ese Fin impersonal y deseado.

Con Salgari, con London, con Verne, que finalmente llegarían, todo fue más sencillo. No se hizo necesario sufrir una gripe para rescatar a Mariana o correr con Jerry por la playa desierta. Casi sin notarlo había reemplazado el dibujo por la letra. Vendrían los tiempos de Twain, de Quiroga, de Poe, de los que quedarían para siempre. La época de las largas tardes en la biblioteca del barrio donde, pese a lo claustroal del clima, Shakespeare se mezclaba con el *Caras y Caretas* y el *1984*, de Orwell, aún era tema de ciencia-ficción.

¿Me explico? Su escritura no tenía nada que ver con la realidad argentina o con la realidad bonaerense, para ceñirnos un poco más, o con la realidad de un barrio del sur de la Capital, para apretarnos del todo. Por aquella época aún se discutía si el vos o el tú, pero ya por entonces el lenguaje escrito, por no hablar del hablado, tenía muy poco que ver con el que él utilizara para sus textos. Mi tío aseguró no acordarse de cómo hablaba, y fijate que tiene razón: trató de recordar cómo hablaba algún amigo que hace más de veinte años que no ves.

Jordi le confesó que jamás dejaba pasar tanto tiempo sin ver a sus amigos y que para el futuro contaría con la ayuda del magnetofón; del grabador, como mal le llamáis vosotros. Él dijo que no se hiciera el gracioso, que la única forma de recuperar el lenguaje hablado es por medio del lenguaje escrito. Por lo que llegamos a la conclusión de que Lope hablaba en verso, dijo Jordi. ¡Eso, Lope!, dijo él, hacía una mala copia de Lope, pero ¿cómo podía comunicarse por medio de un lenguaje estancado? Jordi le dijo que en todo caso era una

mala copia de Calderón, le recordó que él era catalán y que no pensaba asumir la defensa de un idioma que no le pertenecía.

No hablo de idiomas, dijo él, hablo de engaños, de eso que está por encima, o por debajo, del idioma. ¿Viste cuando ves actuar a un mago? El tipo sale enfundado en su ceremonioso frac, te muestra que no tiene nada por aquí ni nada por allá, de golpe hace así, como si recogiera algo del aire, y en la mano que un ratito antes estaba vacía, que él te había mostrado vacía, ahora le aparecieron un montón de cigarrillos y sin darte tiempo de que salgas del asombro, abre la otra mano, que también estaba vacía, que él te había mostrado vacía, y la mano aparece llena de cartas y vos aplaudís aunque sabés que todo es mentira, que las cartas y los cigarrillos están trucados. Entonces el mago deja sobre la mesa las falsas cartas y los falsos cigarrillos y muestra una galera negra que está vacía, que vos ves vacía, mete su mágica mano en la galera y saca un conejo blanco, grande y vivo, para asombro de todos. La gente aplaude y vos aplaudís y vos y la gente no tienen dudas de que los cigarrillos y las cartas fueron un engaño, pero el conejo es real, patalea con sus patas verdaderas. El pobre conejo, sin saberlo, comienza a ser lo único cierto mezclado en un mundo de mentiras. La gente y vos saben que de la galera lo han sacado por medio de trucos, que todo ha sido un engaño, pero el conejo sigue siendo real, eso ni a vos ni a la gente se lo saca nadie de la cabeza. Y bueno, ¿no pueden ser los textos del Hermano Silvio el conejo de estos textos, o es que en este caso no se admiten conejos?

Tener conciencia de las palabras «Para Siempre» y «Nunca Más», pero conciencia en serio, hasta el fondo de su significado. Solía jugar con eso. Solo, en la cama, pensar que uno se va para siempre. Al principio se pueden hacer algunas concesiones, engañarse, pensar en días o en meses o en años y de golpe entender que para siempre quiere decir eso: Para Siempre y entonces, pegadita, aparece la otra palabra: Nunca más, ni años, ni meses, ni días y se comienza a transpirar y vienen ganas de llorar y valor, jovencito, imaginar las cosas hasta el fondo. Al fondo, si de eso se trata: uno deja de respirar, casi dos días en exhibición y después a un agujero, tan apretado ahí adentro, tan sin tener nada que hacer, como dormido pero sin sueños, y nunca más ver ni el Sol, ni las estrellas, ni la Luna (para solo pensar en lugares comunes, pero tampoco eso: ni Sol ni estrellas ni Luna). Para siempre, ni un día, ni un mes, ni un año, nunca más, para siempre, y entonces era cosa de repetir siempre siempre siempre siempre siempre cada vez en voz más alta, hasta que era un grito ¡Siempre!, y mamá se despertaba. La cama de los padres estaba junto a la cama

del nene y entonces mamá no tenía más que estirar la mano y el nene la apretaba con fuerza y así, mano a mano, volían a dormirse. Tu madre solía decir que era costumbre tuya arrebatarte durante el sueño, que tenías un mal dormir y que de súbito llorabas o gritabas, pero de la mano nada. Porque había un modo de complicidad en los dos, era un juego nocturno y quizá no se decía nada porque no había manera de explicarlo. Casi todas las noches así: él seguro de encontrarse con la mano salvadora, su madre sacándolo de esa oscura tumba, y aferrado a la mano dormir en paz, sin miedos a Para Siempre o Nunca Más.

Se puede decir que hubo noches que hasta jugó con eso: hábil trapecista que allá arriba se burla de todos, incluso de sí mismo, porque sabe que el Triple Salto Mortal es cosa de todas las noches. Todas las noches está el público, en tensión y en silencio, secretamente aguardando que él falle y se caiga, pero todas las noches estará la mano de su madre lista para sujetarlo cuando ya todos, incluso él, creían que esta vez sí. No hay aplausos, pero hay como una paz de pueblo a la hora de la siesta, por no poner paz de cementerio, y así se sigue durmiendo, hasta que una noche, maldita noche, descubre que para mamá también existe el Para Siempre y el Nunca Más; entonces todo está perdido, porque si pasa con mamá quién le dará la mano cuando grite ¡Siempre! a toda voz y el trapecista se lance para el Triple Salto Mortal y de pronto descubra que hoy no está la mano salvadora y uno nota que vertiginosamente Buuuuumm Buuuuumm se cae a un vacío infinito. Sonamos, salió otra palabra: Infinito. Y ya nadie lo detiene, al grito se une el llanto. El nene llora, la luz se enciende, ¿qué te pasa?, tengo miedo de que te mueras, mamá. No dice: ¿Y entonces quién me dará la mano?, pero lo piensa y es casi lo mismo. No seas zonzo, dice mamá y le da la mano. Otra vez a dormir en paz, pero ya nunca como antes.

REGLAMENTO BASE
DEL CÍRCULO DE AMOR, PAZ Y CARIDAD

El Juez de los Jueces dice:
Hermanos: Al hablar del Reglamento
debo hacerlo en relación al Único Pacto Elemental,
y digo:

- 1º El Regenerador es el Intérprete Divino.
- 2º Su ejercicio es Universal y todo gravita bajo la responsabilidad del Único Pacto Elemental. Es la Substanciación Divina.
- 3º Su dispensación dispone que, en el Mundo Tierra, ejerza funciones de competencia para la humanidad.
- 4º Es, por lo tanto, responsable del uso y registro del Pan del Alma y de los Grados-Luz ante el Juez de los Jueces.
- 5º Podrá dispensar mandato a los Instructores Superiores, tanto de Primera como de Segunda, que le deberán obediencia total.
- 6º Los Instructores Superiores recibirán el o los conocimientos necesarios para...

—¿Cómo se iba a comportar? Como cualquier familia.

—Vamos, tío, algo tendría que ser diferente.

—Sí, que debían observar la disciplina impuesta por el Hermano Silvio.

—¿Mi madre y mi hermana iban a las reuniones?

—Tu madre sí.

—¿Le contaron lo de mi hermana?

—Supongo que sí, porque se le contaba todo.

—¿Y qué dijo?

—Que yo sepa, nada. Pero Isabel no iba a las reuniones.

—¿Por qué no iba?

—No sé. Supongo que porque le habían prohibido un montón de cosas y quizá también le prohibieron eso.

—No entiendo cómo mi padre...

—Siempre había discusiones. Él nunca creyó y Cosme se la agarraba con tu padre...

—...permitió que mi madre...

—No sé qué decirle, sólo sé que nomás se empezaba a hablar del Hermano Silvio, tu padre se iba a otra pieza o a la puerta de calle.

—Pero permitió que mi madre fuese a las reuniones...

AMOR QUE LLORA

HERMANO SILVIO:

¿Qué tiene tu mente brava?
¿Qué té acosa? ¿Qué te agrava?

HERMANO CAMILO:

¡Oh!... ¡Con tu sublime esplendor
Crucé con sereno paso.
No tan solo el triste ocaso
Que al mundo impone pavor!...
Crucé los mares celestes,
Y al final de la jornada,
Llegué a la Eterna Morada
Do se anidan los valientes.
¡Llamé!... —invocando tu nombre—
¡Llamé con ardiente celo!...
Más un silencioso duelo
Como en la tierra del hombre
Se imponía; y sólo hallé
Una inscripción que decía.
—Hasta que llegue ese día
las puertas yo no abriré.

—Sí, Veneranda siempre venía. Y no me preguntés por qué, porque no lo sé.

—¿Y de qué hablaba mi madre? No puedo imaginarla en una reunión del Círculo.

—Decir, no decía nada. Se comportaba como las otras mujeres. Tenían un papel como más pasivo. Las mujeres no importaban mucho, muy rara vez contaban algún sueño y de tanto en tanto alguna escribía algo, o lo traía escrito. Sin embargo, siempre había Grados-Luz para ellas.

Se lo habrán contado al tío Cosme y habrá pensado que mejor delegarlo en tía Águeda. Era extraño verla así, tan amable y tierna, contale a tu tía qué es lo que te pasa, tan luego ella, Atenea Iracunda, preguntándole qué es lo que le pasa, contá-selo a tu tía, que está allí, hecha una seda, tan hablándole así, cariñosa, tan en tía buena, tan en tía dulce que casi es para confiar, aunque él primero dijo que nada, que en serio, que no le pasa nada, pero mientras lo decía pensaba que a alguien tendría que contárselo y ese alguien podía ser la tía Águeda, con más de Selene que de Atenea Colérica, tan distinta a lo que era siempre, tan tierna y comprensiva, quién mejor que ella para escuchar que él tiene miedo, sobre todo de noche, cuando me quedo solo y veo un enorme campo de tierra negra y aunque con ligeros matices toda la tierra es negra, al verlo él está convencido de que la tierra es de cualquier color menos negra, que se ha puesto negra para mí, para darme miedo, ¿entendés?, dijo sabiendo que es imposible entenderlo, que ni siquiera la tía Águeda lo entenderá, aunque diga que sí

con la cabeza y pregunte qué más, qué más querido, dejando claro que eso es muy poco, que para eso no se molesta a los dioses del Olimpo. Aún es Selene quien lo dice, pero ya hay vestigios de Atenea Irritable y entonces es cosa de hablar. Canta, Musa, la cólera de Aquiles, y no quedarse únicamente con el gran campo de tierra negra, que eso apenas es el principio. Veo el campo como si fuera de arriba, ¿sabes?, como desde un aeroplano, pero no muy alto, digamos que vuela casi pegado a la tierra, ¿entendés?, y es de noche, claro, y pasa rápido porque los aeroplanos van rápido y de golpe, zas, se para, frena con toda tranquilidad y ahí se queda, parado en el aire, sabés, y ahí mismo, debajo de donde frenó, hay clavado un cuchillo, clavado hasta el mango en la tierra, ¿te das cuenta? Sí, claro, dijo Selene, hundido en la tierra. No, hundido no: clavado. Es lo mismo. No es lo mismo, quiso explicar y comenzó a entender que mejor hubiese sido el silencio, para qué hablar, si nadie comprende. ¿Qué más?, preguntó Selene y él tuvo ganas de decir que nada más, que eso es todo, pero casi sin darse cuenta confesó el resto, dijo que tiene miedo, que ese cuchillo ahí le da miedo.

La muerte. Años más tarde lo canjeó por la soledad, que acaso eso era la soledad, pero esa tarde solo era la muerte y lo dijo: pienso en la muerte cuando estoy solo en la cama y aparece el campo negro con el cuchillo clavado. Selene dijo pobrecito, mirá las cosas que pensás, y él puso cara de pobrecito pero no contó que entonces aparecía la mano de su madre, para qué entrar en detalles, hoy solo hablaremos de la muerte, del miedo que uno le tiene. Tonto, dijo Selene, es abandonar nuestra material envoltura, la felicidad de ser por fin Luz Infinita y la dicha de traspasar las rejas del Templo e ingresar en los Sagrados Mundos en Ascenso, al Reino Celestial. Y habló Selene de un cielo que realmente no convencía a nadie, un cielo idéntico a los del cine mudo, con angelitos rechonchos,

en sandalias y camisolín bordado, frágiles alas de cartón, unos ejecutando el laúd, otros la mandolina, aquellos bailando al ritmo de vaya a saberse qué música y estos recogiendo falsas flores, todos frente a un decorado de madera mal pintada que no resistía el embate de los angelitos bailarines y se movía, se movía mientras Selene aseguraba que allí iban los chicos que se portan bien, que no tienen malos pensamientos, que así será la vida eterna. Aburrida y falsa, pensó él pero no lo dijo porque no se atrevió y porque en ese momento Selene estaba hablando del Día de la Regeneración Universal, cuando se anuncie en el cielo que el Día ha llegado y cuando solo se salven los que ahora tienen Grados-Luz, cuando los que hoy ríen traguen cieno de locura, pues no tendrán el amparo de la Ley de las Alturas. No era Selene quien hablaba, tampoco Atenea Irascible, en el Olimpo se había infiltrado un Dios fuera de reparto y por boca de una tía Águeda invadida y poseída articulaba palabras que no eran de ella ni de nadie, pero que allí estaban, asegurando que después de cien siglos trajinados en rumores de batallas, el paso majestuoso del Invicto cerrará su gesta portentosa y será el fruto congregado que los tiempos y la escombra respetaron al pasar. Tía Águeda no lo miraba, seguramente ni sabía que él continuaba allí, asombrado de asistir a esa representación, con la certeza de que nunca más vería a su tía así, con gestos y palabras inconcebibles en ella, repitiendo apasionada un texto ajeno y antiguo: Será la Savia redentora, la que dice sus axiomas con la Luz de eternas preces. La pantalla cuadrada, blanco y negro y muda, ahora era Cinemascope, setenta milímetros, technicolor y cuatro bandas de sonido, con ángeles correctamente maquillados, de gestos severos y alas que casi parecían de verdad; decorados sólidos y bien pintados, miles de extras y todo controlado, hasta el último detalle, pero falsos, tan grotescamente falsos como los ángeles del cine mudo. Llegará el día, dijo tía

Águeda otra vez Selene, y ustedes también podrán traspasar las puertas del Templo.

¿Y de la muerte qué? De la muerte, nada.

Fue cosa de salir a caminar, ¿qué otra cosa si no? Cuando no sale nada se sale a caminar, ya se ha limpiado la máquina hasta dejarla como nueva, ya se ha tomado el quinto café y ya se ha comprobado que hoy tampoco carta, antes se salió a la terraza y por un rato largo se miró el Mediterráneo, azul a veinte cuadras, a la Sagrada Familia acá enfrente, viejo Gaudí genial, inventando un templo imposible: por eso lo del tranvía. Vistos el Mediterráneo y la Sagrada Familia, limpia la máquina y confirmada la ausencia de noticias, no queda otro camino que salir a caminar.

Abajo está la calle, que en lugar de esquinas tiene chafalnes, y uno acostumbrado a la antigua esquinita del barrio, con farol y guapo apoyado en el mismo, se imagina veinte faroles o más por cada chaflán y se imagina una comunidad de guapos, sin necesidad de violencia para disputar la esquina, que esta es grande y da para todos. Allí los ve, compartiéndola y en paz, hablando de sus cosas. Aunque bien mirado, el sentido de propiedad tampoco aquí se queda corto: caminar por la

DESCRIPCIÓN DEL TEMPLO

Un campanario por cada Hermano Instructor,
doce en total.

Tres grandes puertas. La que da a Oriente simbolizará el Nacimiento; la de Occidente, la Muerte. El gran pórtico, llamado de La Gloria, representará la nueva vida en los distintos planetas. En todas las puertas estará grabado el Sol con el Ojo y el Triángulo. Serán las puertas de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad.

Cada fachada guardará momentos sublimes en la vida de los Hermanos Regeneradores. En los arcos y en las bóvedas irán los versos del Hermano Silvio, los pensamientos del Hermano Pedro Vallejo y las reflexiones del Hermano Jesús.

calle Provenza y de pronto descubrir que realmente es la calle de Provenza y entonces ya no se puede seguir tan en paz, ya que en cualquier momento aparece el señor Provenza (que sin duda ha de ser gordo e iracundo) y pregunta que qué hace por mi calle y como seguramente se hará difícil explicarlo y sin duda no lo entenderá, es preferible doblar por Marina, que en verdad se llama calle de la Marina. Hay dos posibilidades: ha sido instaurada en homenaje a la bella Marina, que habrá que imaginarla puta en serio, ascendiendo a la categoría de calle; no es tan difícil; hay más de un ejemplo o de una calle Marina peinándose con sencillez, desterrando para siempre el vestido ajustado y las pinturas y las pestañas postizas, que ahora ya es calle y debe cuidar la imagen. Está la otra posibilidad, que es la que más se acerca a la lógica y quizá por eso se

la esquivada: se llama Marina en homenaje a los tantos barcos que surcaron tantos mares, y entonces no interesa: vino en avión y volverá en avión cuando termine esto, no antes. Girar a la búsqueda de otro cartel, descubrir qué otra sorpresa le depara el destino: Calle de la Industria. Esto es cosa seria. La Industria puede venir trotando por su calle, no es difícil verla, gorda y progresista, un manojito de llaves inglesas, pinzas y destornilladores en sus triunfantes manos. No puede omitir Chaplin y *Tiempos modernos*, y ahora la ve clara, cantando himnos al progreso. Distinta a la Marina que ha dejado a la vuelta del chafalán, esta es obesa y asexuada, con tetas enormes que le recuerdan a la gorda del trigo de su patria. Entonces dejarla pasar, los himnos quedan atrás y nuevamente piensa que por qué salió (¿de su casa o de su país?) y qué está haciendo aquí, ahora que no sale nada. Quizá el destino quiso eso, hacerlo bajar y caminar, primero por Provenza, después por Marina y ahora por Industria para por fin encontrar *La Cátedra* que está justamente ahí, en ese antiguo negocio que vende útiles escolares y viejos libros. ¿Quién lo iba a decir?, tanta búsqueda y tan cerca de su casa. El destino, las casualidades, allí está, en el sitio donde menos se le hubiese ocurrido buscarlo, entre un libro para aprender catalán en diez días y la guía turística de Barcelona. Entrará, señalará el Libro, por temor a nombrarlo, y la vendedora se lo entregará sin saber, pobre mujer, que le está entregando la verdad de todo, la Explicación. Saldrá en silencio, como entró, y se irá despacio, el Libro entre las manos, caminará seguro y convencido, ahora por fin podrá contar la verdadera historia. Nada de eso. Entre *Aprenda Catalán en 10 Días* y la *Guía Turística de Barcelona* está *Mortadelo y Filemón* y entonces habrá que seguir caminando, que aún no es el día ¿Y cuándo será?

La noche anterior decidió no lavarse los dientes, hay que lavarlos todas las noches antes de acostarse porque si no se

arruinan y se caen, hay que cuidarlos, hay que cuidar cada parte del cuerpo para que no se arruine y se caiga. Si se comienzan a descuidar las partes, de a poco se van cayendo, digamos un lento, lentísimo suicidio: Empecemos por los dientes. Llegó al Paseo del General Mola, por ahí parece más sencillo caminar, aunque con los generales y sobre todo en estos días, generales que vienen a salvarnos, generales elegidos en libres elecciones o generales impuestos por la fuerza, en todos los casos generales generando generaciones de gendarmes geófagos gerentes de genuinas gerontocracias; generalmente mejor no los generales. Entonces, derechito hasta Provenza, que al viejo Provenza ya se le conoce, hay cierta confianza y allí vive. Otra vez al sobreático, que caminar sirvió para cualquier cosa menos para lo que había salido: las páginas siguen en blanco, o acaso la mente, el libro de Pedro Vallejo sigue perdido por algún sitio de Barcelona, y es como si en el fondo tuviera miedo de ir hasta el fondo de las cosas, de tomar al toro por las astas: imagina lentos suicidios dentales o planifica una larga y esclarecedora caminata y apenas anda quince cuadras, no clarifica nada, sube otra vez los nueve pisos y descubre que el Mediterráneo sigue ahí, ahora no tan azul, y enfrente también sigue la Sagrada Familia. Todo sigue como siempre, hasta él, que se sienta y escribe esto porque lo otro no hay caso, no sale.

Resulta que la noche anterior habías dejado más o menos las correcciones preparadas, te fuiste a dormir pensando de qué modo rematar ese párrafo que no te gustaba del todo, prendiste un cigarrillo repitiendo por centésima vez que tenías que dejar de fumar, te tiraste en la cama pensando en no pensar en nada y llegaste a la conclusión de que es imposible, que aunque no pienses en nada estás pensando en no pensar en nada, sonreíste por la idea y pensaste que podías ponerla en boca de algún personaje. A la mañana siguiente ya no sonreirías más, no fumarías más, y jamás pondrías esa frase en boca de personaje alguno: habías dejado el texto inconcluso.

Es cuando sobreviene lo peor: no faltará el entusiasta que afirme lo «notable» que podría haber sido, sin darse cuenta de que realmente *es*.

Me explico: la obra está terminada cuando se termina el productor, ni un minuto antes ni un minuto después. Hasta ese momento tenés toda la libertad del mundo para hacer lo que se te cante: eliminar los capítulos que quieras, cambiar los

personajes que se te ocurran, matar y dar vida a tu gusto. Nadie te impide acabar con el texto en su totalidad: al fuego o en pedacitos y estar como al principio, cuando todavía no era y montones de ideas cabalgaban por tu cabeza, brillantes, únicas, insuperables. ¿Te has dado cuenta que inevitablemente pensamos como genios? Se pone fiero cuando llega la hora de la verdad: el papel blanco y la máquina, tiqui tiqui taque, Giuseppe el zapatero, pero nada de remiendos, que se trata de escribir

DEL HERMANO ANTONIO
AL HERMANO SILVIO

...sé que en esa sin igual tarea de responsabilidad y competencia tenemos asignados nuestros trabajos porque tu amor así lo ha dispuesto y poniendo entonces nosotros al servicio de la humanidad los beneficios que de ti hemos recibido en Luz y Gerarquía, haremos que se escriba una página de oro en el Libro Universal de la Vida, registrando que en la misión redentora del Hermano Silvio sus discípulos cumplieron sin temores y sin esperar otra recompensa que sabernos dignos de nuestro Inmortal Maestro y Regenerador.

aquello que un ratito antes habías pensado genial. Pero como uno no piensa en palabras, notas que salen palabras que ni por asomo a lo pensado. Rompés el papel y empezás de nuevo, que tanto va el cántaro a la fuente que al final te conformás con esto último que te ha salido. Aunque, hay que reconocerlo, tenés derecho a conformarte a medias, te queda la posibilidad de volver a empezar, corregir, cambiar, aumentar, rebajar, hacer lo que se te cante, hasta que llegue tu día, o tu noche, y chau pinela, ahí ya no quedan excusas y eso es lo que queda.

Nada de juzgar intenciones, entonces, que las intenciones siempre son buenas. Final con paradoja: la obra total no existe, siempre será una parte, y para aquel que la hizo apenas un trozo de lo que había pensado. Y aquel que la hizo seguirá con la idea de completarla. Lo que falte se lo terminará llevando inevitablemente para el otro barrio, de día o de noche. Conclusión última, y para no aburrirte: como no existe la obra total, tampoco existe la inconclusa.

Ahí tenés la Sagrada Familia, dijo señalando hacia afuera, puede ser el típico ejemplo de inconclusa. Ayúdenos con alguna peseta pro fin del templo expiatorio, solo faltan siete torres. ¡Qué falta de respeto! Insistir en terminar algo que se terminó con el viejo Gaudí tirándose bajo el tranvía. Cayéndose, corrigió Beto. Sí, dijo él, agregó desdichado accidente que enluta la arquitectura del país y tendrás la información oficial. Lo que realmente pasó lo sabemos unos pocos; de algo no hay duda: el viejo se suicidó. Esperá, todo tiene su explicación.

Tu hermana se muere, escuchó que decía el padre y escuchó que recién ahora se les daba por llamar al médico. También escuchó a su madre: cuidado con lo que decís, dijo, que ahí está el nene. Y él, que era el nene, puso cara de no haber escuchado nada, enfrascado como estaba en los ríos de Argentina. Un poco antes le había sorprendido la llegada de su padre, a esa hora y de esa manera, llevándose todo por delante, casi sin saludar. Su madre preguntando que qué pasa y por qué a esa hora y su padre diciendo vení conmigo. Su madre y su padre hacia el otro cuarto y él a los ríos. Un rato después se escuchó, nítida, la voz de su padre: Tu hermana se muere. Él pensó cuál: ¿tía Herminia o tía Clelia? Decidió que Herminia porque era más vieja y menos buena que Clelia, pero pensó en todo lo que sufriría Susy y optó por Clelia. Que casi no tiene pulso, dijo su padre, después apenas fueron murmullos. Imaginó el gesto de su madre pidiendo más bajo hasta el silencio total, por eso se escuchó limpio el grito de su padre: ¡Me cago en el Hermano Silvio!, gritó. Cuidado con lo que decís, habrá reiterado su madre, porque otra vez fueron murmullos.

Aparecieron tristes y en silencio. La madre tenía los ojos irritados. Vení, dijo, pero él estaba absorto en el nacimiento del Pilcomayo. Vení, repitió y antes de que él se pusiera de pie, sollozó: tía Clelia está mal, muy mal. Se está muriendo, pensó él y pensó que no, que no puede ser, al menos no tan de golpe, justamente su tía más joven y justamente el día que en el Dante estrenaban *Viaje a la Luna*. Una semana de conducta intachable, buenas notas en el colegio, total obediencia a mamá, nada de ir a jugar con los atorrantes del patio y desde el mediodía abocarse con los ríos de Argentina. Fíjense, él solito y sin ayuda sabe los nacimientos del Paraná y el Pilcomayo, por no hablar del de la Plata, que ese lo sabe cualquiera, sabe en qué se diferencian los ríos de las lagunas y de los lagos y sabe dónde está el Calcarañá, que ese casi nadie lo sabe. Es un alumno modelo y como tal se ha portado, ni un solo disgusto a los padres, ni una palabra de más, ni un solo capricho, ¡ay, si todos los días fuese así!, realmente merece un premio, por ejemplo: permiso para ir al cine, se lo ganó en buena ley. Pero ha llegado el padre a una hora anormal, dijo que tía Clelia se estaba muriendo, y no hay permiso que valga. O quizá sí, acaso era el mejor momento para el permiso: es conveniente que el nene se entretenga en algo mientras los mayores se preocupan por Clelia. Por fin solo en el cine, con un paquete de pochoclos en la mano, porque también comprará pochoclos. Tendrá que enterarse con qué otras películas la dan y controlar los horarios, no es conveniente verla empezada, que aunque fuese continuado sus padres no le iban a dar permiso hasta muy tarde. No le iban a dar permiso, directamente. Cómo se le ocurre pedir una cosa así en momentos como este, dijo su madre y justamente en ese momento él tuvo conciencia de que tía Clelia se moría, ya estaba muerta. La vio en el ataúd, como poco tiempo antes había visto a su abuelo: besó al abuelito que se va para siempre, y estaba frío y con

olor y le dio asco, pero lo tuvo que besar como pronto tendrá que besar a tía Clelia y vendrán muchos días sin ni siquiera escuchar la radio y esa tira negra sobre el guardapolvo, menos de un mes que se la había quitado y otra vez allí. ¿Por quién? Por mi tía, la más joven. Pobre, ¿y de qué murió? No murió. Descubrió que aún no había muerto y abandonó los ríos de Argentina. Confirmó que sus padres estaban en el comedor y con indiferencia fue caminando hacia el dormitorio. Debía andar naturalmente, vigilando que no le vigilen, muy pocos conocían

DEL HERMANO SILVIO AL CÍRCULO

Vuelve de nuevo el Cristo, como símbolo de Caridad, para otorgar los medios fáciles de comprensión, alturas de miras y ligar el compromiso distante ayer, de brindar los gérmenes de la multiplicación donde el Áurea Celeste riega los trigales precursores del Progreso Espiritual.

la nueva aventura del Agente Secreto X9, extremó la cautela y cuando de verdad se supo solo en el dormitorio, cuando estuvo seguro de que no había ojo humano o mecánico para vigilarlo, apoyó una rodilla en tierra y dejó de ser el Agente Secreto X9. Ahora era Amadís de Gaula, atrás había quedado la vigilia de armas y llegaba el momento de desfacer agravios y defender menesterosos. Por poco tiempo, en cuanto el reciente caballero puso en tierra la otra rodilla se convirtió en un devoto romano, criatura anónima a la que le han dicho que hay un solo Dios Padre, el invocado en las catacumbas, y que está en todas partes y entonces también estará allí, junto a la cama de mamá, dispuesto a complacerlo en este, su primer pedido: Por favor, que no se muera tía Clelia, murmuró.

Faltaba un papel y no sabía cómo representarlo. Continuó arrodillado, si ese gesto servía para el Dios Padre también serviría para el Regenerador Universal. Tía Clelia era del Círculo, no podía morir así porque sí, no al menos si el Hermano Silvio intercedía. Por un rato fue creyente romano y Hermano del Círculo de Amor, Paz y Caridad. Pensaba en *Viaje a la Luna* y pedía que por favor no se muriese tía Clelia. Dios Padre y el Hermano Silvio eran dos para escuchar y dos para ayudar, y dos pueden más que uno. Que no se muera, insistió. Querría tener lágrimas en los ojos. Que no se muera, que no se muera, que no se muera, repitió en busca de llanto. Que no se muera, que no se muera, finalizó, no al menos mientras den *Viaje a la Luna*. Las manos sobre la cara, para cubrir lágrimas imposibles.

Y viste que finalmente sirvió de poco: me velaron dos días después en casa de Cosme. Me fui del Mundo Tierra con casi cien Grados-Luz, ¿y para qué? Basta que me pensés de manera distinta o basta que no te sirva para la historia y adiós con los Grados-Luz y todas esas cosas. En fin.

—Triste el final de ese hombre, con todo a lo que pudo haber llegado. Cuando se vinculó al grupo no era nadie: trabajaba en el puerto. Yo lo he visto cargando cueros salados, haciendo trabajos muy rudos, marinero de a bordo, estibador. Después fue evolucionando. Escribió cosas extraordinarias, todas en verso, en poesía. Aseguraba que estaba recibiendo la comunicación y escribía o contaba sus videncias, siempre eran muy bonitas.

—¿Y cómo era?

—Ya te dije, muy bonitas.

—No, él, ¿cómo era él?

—Grandote, alegre, siempre tenía la palabra pronta. El reverso de Antonio...

—...que no lo quería nada, vos lo dijiste.

—¿Qué dije?

—Que Antonio había sido de los primeros y Camilo llegó para desplazarlo.

—Esas son suposiciones, ideas mías. Ellos siempre se llevaron muy bien, nunca un roce...

—Pero el Hermano Silvio repudió a Camilo.

—Sí y ahí fue cuando empezó a beber.

—¿Por qué lo repudió?

—Fue una sorpresa para todos: el Hijo Espiritual, el Intérprete Divino, repudiado por el Hermano Silvio y expulsado del Círculo...

—¿Pero cuál fue la explicación?

—No hubo explicación. El Hermano Silvio jamás lo explicó, Antonio tampoco.

—¿Y Camilo?

—Nada, nada de nada. Ahí fue cuando se dio a la bebida. Les aseguro que llegó a un estado lamentable. A consecuencia del alcohol enfermó y se fue quedando ciego. Una vez yo estaba en el café Paulista y lo veo entrar. Él ya casi no veía, hinchado, gritando, completamente alterado. Yo no me hice conocer, nada más le observé. Entonces lo llevaron a una mesa y pidió bebida. Más tarde supe que esa era su costumbre: se hacía llevar con un taxi hasta la esquina del café Paulista. Ciego y todo tenía que volver al Paulista y hablar con la gente de ahí, les hablaba del Círculo, ¿se dan cuenta?, y como todos se reían, él se descentraba y comenzaba a insultar a la gente. Todos se burlaban, pero por ciego o por borracho no le hacían nada, hasta que venía el mozo del café y lo subía a otro taxi que lo llevaba a la casa. Allí le tenían preparada una especie de cucha y lo dejaban que durmiera la borrachera. Así terminó, en la forma más miserable, física y moralmente. Muy desagradable el final de ese hombre. Pero aunque borracho perdido, jamás dijo palabra de por qué lo habían expulsado del Círculo.

La noticia comenzó a circular durante el recreo y se confirmó al entrar a clase: una repentina enfermedad del señor Del Valle anulará la clase de Moral. Los de Moral se quedarán aquí, el señor director dijo que cada uno en su aula, que asistan a Religión. Rubinstein y él se miraron, preguntándose, después hicieron el gesto de conformidad que no les habían pedido.

Se hacía inquietante presenciar la de Religión, seguramente la primera y única de su vida. Todos los miércoles a esa hora él y Rubinstein dejaban el aula para ir a Moral. Hoy sería distinto: romperían la rutina para quedarse ahí, asistiendo a una clase que no les pertenecía. Se sintió mirado y compuso un gesto a mitad de camino entre la cortesía y la crítica: si bien estaba por encima de ciertos fetichismos, era lo suficiente respetuoso para asistir como uno más. Aprovecharía ese intermedio teológico para repasar Castellano. Antes de entrar en el presente de Tener se preguntó cómo sería Religión explicada por el señor Divicenzo. Hasta ahora había hecho lo de siempre: dos golpes secos sobre el escritorio y recorrerlos con la mirada, buscando muecas y ruidos perdidos.

Comprendió que no sería diferente de las otras y se ocupó del presente de Tener. El señor Divicenzo había logrado el silencio óptimo. Habló y dijo:

La semana pasada vimos cómo después de la décima plaga el Faraón permitió que el pueblo judío, con Moisés a la cabeza, abandonase Egipto. Se detuvo en Vosotros tendréis y prestó atención, ¿qué tendrá que ver Egipto y los faraones con la clase de Religión? El señor Divicenzo estaba explicando que habían vivido en Egipto y que ahora, por fin, partirían hacia la tierra prometida. Eran seiscientos mil en total, sin contar a los niños, e iban de a pie. Iba también otra gente, que no era judía, e iban animales. Abandonó la segunda persona del plural y sintió una emoción extraña, como un escalofrío: seiscientos mil personas es mucha gente. Los vistió con ropas de película. Supuso que Moisés se parecía a Víctor Mature, lo ubicó al frente de los seiscientos mil y decidió abandonar Castellano. El señor Divicenzo no estaba hablando de un cielo poblado de angelitos gordos que mataban su aburrimiento al son de arpas azules, nombraba a un ejército gigantesco que se disponía a cruzar el desierto. Los guiaba Jehová que después de herir a los primogénitos... Gutiérrez, brazo en alto, agitó con fuerza la mano derecha. Antes de que el señor Divicenzo otorgara el permiso ya estaba de pie, preguntando: ¿primo qué, señor? Génito, primogénito, que significa hijo mayor y ya lo expliqué la clase pasada. Hay que prestar más atención Gutiérrez, dijo y le indicó sentarse.

A consecuencia de ese castigo de Jehová, los judíos pudieron abandonar Egipto, precedidos de día por una enorme columna de humo; de noche la columna era de fuego. Jehová era la columna. Sin embargo, los judíos aún no creían que fuese el Dios verdadero. Miró a Rubinstein, buscando un gesto o una seña, pero Rubinstein continuaba imperturbable, sin inmutarse ante estas afirmaciones, sin importarle que ahora seiscientos carros de guerra egipcios, sus capitanes y

guerreros, fuesen detrás de los judíos: el Faraón los hacía perdidos en el desierto y buscaba aniquilarlos. Hubo una pausa y una mirada lenta a toda la clase. Intuyó que el señor Divicenzo diría algo importante. Dijo:

Detrás de esto, sin embargo, se escondía otra lección ejemplar de Jehová: demostrar a los egipcios que él era el único Dios verdadero. Y también a los judíos, claro, que en cuanto percibieron el ruido de las tropas y la polvareda de los carros y caballos se olvidaron de Jehová y de todo lo que había hecho por ellos. Otra vez la emprendieron contra Moisés, con críticas y dudas, que para eso los había sacado de Egipto, para hacerlos morir en el desierto, que es preferible esclavo vivo a muerto libre. Moisés en vano les pedía fe.

Finalmente entendía por qué Rubinstein iba a Moral: ahora el señor Divicenzo criticaría la falta de fe de los judíos y explicaría cómo Dios los abandonó en el desierto. Pero no, Jehová continuaba a su favor, incluso abrió el mar para que pasaran. Tendría que preguntarle a Rubinstein por qué iba a Moral, hasta ese momento en Religión solo se había hablado de ellos y del Dios que los protegía. Un Dios capaz de la ira o la venganza, capaz de ser humo o fuego para guiar a su gente, un Dios sin tiempo para la piedad o la duda. No había modo de compararlo con el clásico, el de las estampitas: uno era gordo y bonachón; el otro, impaciente y sanguinario. Sintió por los judíos, por su Dios, algo que iba de la admiración a la envidia. Buscó el rostro de Rubinstein para encontrar una respuesta, pero Rubinstein seguía imperturbable, aburrido, ignorando lo que contaba el señor Divicenzo: cuando en pleno desierto les azotó el hambre y la sed, otra vez surgió Jehová e hizo llover pan del cielo. Durante cuarenta años comieron de ese pan, al que llamaron «maná».

Atrás revoloteó la mano de Piccini. La voz de Piccini preguntó ¿qué es maná, señor?, y el cuerpo de Piccini se puso de pie para preguntarlo. Significa Qué es esto, explicó el señor

Divicenzo. Te has hecho la misma pregunta que se hicieron los judíos, dijo y con cariño le acarició la cabeza. Con el maná saciaron el hambre, pero no la sed y entonces hubo nuevos lamentos: que para eso habían abandonado Egipto, para morir de sed en el desierto. ¿Qué había que hacer para que creyeran?, se indignó García Santillán y habló sin permiso. El señor Divicenzo pasó por alto la impertinencia y dijo que entonces Jehová le mandó a Moisés: abre esa peña con tu vara, por allí saldrá agua. Moisés cumplió el mandato y de la peña surgió agua. Marino agitó la mano, se puso de pie y preguntó: ¿era milagrosa la vara de Moisés? Algo de eso había, dijo el señor Divicenzo, con un gesto le obligó a sentarse y comenzó a explicar la guerra con las tribus de Amalec. Esta vez no era un pueblo huyendo hacia el mar que se abre, ahora los hijos de Israel estaban enfrentando a las tribus de Amalec. Él los pudo ver, camellos contra camellos, cimitarra contra cimitarra, palos y gritos y por encima de todos los gritos de Jehová, ordenando ¡Alza tu vara Moisés!, mientras la vara se mantenía en alto los judíos gozaban del triunfo. Junto a Moisés estaban Abraham y Josué para sostener su brazo cansado y conseguir la victoria total.

SIN FIRMA

Esto será así hasta el fin. Cuando Él venga.

¡Ay del que no cree!

Busca hermano mío, busca en el Circulo de Amor, Paz y Caridad, Luz. Vida e Inteligencia la verdad de tu existencia. Si el Mal te da la muerte, el Regenerador te da la Vida para Vivir en una Nueva Tierra.

Tú eres la eternidad, prepárate para vivir no para morir.

Este Dios de los judíos cada vez le caía mejor. Pensó en Jehová y vio una figura esbelta, alta y valiente, la piel quemada por los soles del desierto. Con un Dios así las cosas tenían otro color. Quiero ir a Religión, la familia alborotada por la decisión del nene, Susy preguntando si es católico, y él que no, que simplemente cree en el Dios de Moisés y en esa especie de varita mágica que sirve para abrir el mar, hacer surgir agua de la roca o aniquilar un ejército con solo alzarla. No te dejarán, porque en tu casa no creen, porque la familia tiene otras creencias. Habrá que pasar por sobre la voluntad de todos; una mentira piadosa: vengo de Moral, papá. Fui a Moral, tío Cosme. Y la totalidad del colegio guardando la mentira, porque él iba a ser el primero en Religión, el más aplicado, el que mejor conocía la historia de Jehová, una historia aprendida en secreto, pendiente del castigo de su padre o del tío Cosme, pero capaz de llevarlo hasta el Monte Sinaí y ver cómo Moisés, que había hablado con Dios, bajaba y convocaba a los ancianos y les proponía todas las palabras que Jehová le dictara. La clase eran los ancianos y Moisés ya no se parecía a Víctor Mature, ahora era igual al señor Divicenzo y decía: Y habló Dios todas estas palabras diciendo: Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos. Y él se veía cruzando el desierto, mezclado entre los seiscientos mil. No tendrás dioses ajenos delante de mí. Y se veía siguiendo a la columna de humo, cuando de día, y de fuego, cuando de noche. No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano. Y se veía cruzando el Mar Rojo, que ahora era una franja de tierra seca para que el pueblo elegido pudiera pasar. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellas hay, y reposó en el séptimo día: por tanto Jehová bendijo el día del reposo y lo santificó. Y se veía en un oasis de paz, entregado al reposo, porque

después vendrán las tribus de Amalec y con ellas la guerra y se veía viendo la vara de Moisés, porque mientras estuviese alta no había amalecita que lo pudiera. Y se vio al pie del Monte Sinaí, con los otros ancianos escuchando las palabras de Moisés que dijo No matarás, y se vio afirmando con respeto. Que dijo No robarás, y se vio afirmando con respeto. Que dijo No fornicarás, y se vio levantando la mano, como antes la habían levantado los otros ancianos de la clase. Y se vio poniéndose de pie, como antes se habían puesto los otros ancianos de la clase. Y se escuchó preguntando, como antes los otros ancianos de la clase: ¿Qué quiere decir fornicar? Vio que Moisés se acercaba, como antes se había acercado a los otros ancianos de la clase, y vio un gesto de rabia en la cara de Moisés. Pensó que quizá no había formulado correctamente la pregunta y repitió: ¿Qué quiere decir fornicar, señor? Escuchó las risas de los ancianos de la clase y sintió en su barbilla la mano izquierda de Moisés. No era una caricia, estaba colocando su barbilla en posición de tiro, porque la mano derecha de Moisés voló abierta y fuerte para caer, ruidosa y fuerte, sobre su mejilla. No supo qué dolía más: el cachetazo o las risas de los ancianos de la clase. Se sentó sin esperar la orden de sentarse. Tenía ganas de llorar, pero no lloró. Clavó sus ojos en el pizarrón y en la espalda del señor Divicenzo, que regresaba triunfal. Debería matarlo. Por un segundo se imaginó Moisés, con la vara mágica, pero comprendió que todo era falso, una soberbia mentira: los ancianos, el Mar Rojo abriéndose, el maná cayendo del cielo, Moisés hablando con Jehová, el propio Jehová. Lo único cierto eran las risas apagadas y la cara ardiendo. El señor Divicenzo dijo que en la próxima clase hablarían de los cuarenta días de Moisés en el Monte; no le importó: había vuelto al presente de Tener y el miércoles volvería a Moral.

DEL TESTAMENTO DEL REGENERADOR

Art. 2º — Lego la Representación de mi Gerarquía Única a mi Esposa, cuya herencia será por Ley transferida a mi única Hija, quien será, próximamente, la Madre Representativa en Ley y Orden de la Humanidad Desterrada.

Barcelona, 21 Noviembre 1976

Querido Vicente:

Pues ya nos tienes definitivamente trasladados de casa, y ahí va el último dato para incorporar a tu agenda: el número de teléfono es 237 8423.

Entre embalaje y embalaje de la mudanza he tenido tiempo para seguir haciendo algunas averiguaciones sobre el misterioso Pedro Vallejo de tus cuitas. Pero nada. De momento (otra vez), nada.

Estuve en Porter (no sé si te acuerdas: una gran librería de viejo que está en la Puerta del Ángel). Allí estuvimos mirando unos ficheros increíbles, combinando toda una serie de posibilidades a partir de variaciones que se nos iban ocurriendo. Me explicaré.

Porter me sugirió la posibilidad de que, como al parecer nadie puede asegurar que ha visto el libro, y por consiguiente nadie ha visto escrito el nombre del autor, acaso el autor no

se llamaba Vallejo, sino, tal vez, pongamos por caso, Valdés o Valero o Valdejos, incluso, Calleja. Pero nada.

Sí que encontramos una veta que, en principio, parecía prometedora. A decir verdad, Porter cree que *podría tratarse* de este. Un tal Pau (Pablo) Vallés. El tal Vallés, nacido en La Bisbal (Gerona) en 1843 y muerto en Barcelona en 1909, dejó libros con títulos como *Lo goig de Viure* (*La alegría de vivir*), *Meditacions marianes* (*Meditaciones marianas*) y *Les virtuts de la fe* (*Las virtudes de la fe*). Los títulos, he de confesarlo, me parecieron ajustarse a lo que cabría esperar de un místico. Pero hojeé uno de los libros (el único que Porter tenía: *Les virtuts...*, en una edición de 1897) y me pareció de un catolicismo absolutamente ortodoxo, lo que no encajaría con el autor de *La Cátedra*, o por lo menos con la lectura que de ella hizo el fundador del Círculo.

Porter cree que el apellido Vallejo es una deformación, porque —dijo— «su amigo dice que se trata de un autor catalán y Vallejo no es un apellido catalán; en cambio Vallés sí que lo es...». Esto, como puedes comprender, es mear fuera del tiesto: si por el apellido fuera, ninguno de vosotros sería argentino, excepto Atahualpa Yupanqui.

No te desesperes. Seguiré investigando. Mándame el capítulo de la Sagrada Familia que me dijiste que habías terminado. Un abrazo.

Jordi

La Asociación Espiritual de Devotos de San José, fundada en el año 1866 por un librero de Barcelona, don José M^a Bocabella y Verdaguer, gran devoto del Santo Patriarca y hombre de gran ilustración, inició la construcción del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, el día de San José del año 1882, colocándose la primera piedra, según consta en el acta en ella depositada.

Primero se pensó que el templo fuese una réplica a igual medida de la Basílica de Loreto, con la reproducción de la Santa Casa de Nazaret que ella contiene, pero pronto se cambió de parecer y se encomendó el proyecto al arquitecto diocesano don Francisco del Villar, que, siguiendo el ambiente artístico de su tiempo, lo delineó en estilo gótico.

Cuando la cripta ya empezaba a señalar sus contornos, dimitió el mencionado señor, y por indicación del arquitecto don Juan Martorell, miembro de la Junta constructora, se encomendó la obra, en 3 de noviembre de 1883, a su ayudante don Antonio Gaudí Cornet, quien dedicó a él toda su vida.

Aquí es cuando entra Gaudí en la historia. Nótese que tenía 31 años, *nel mezzo del cammin di nostra vita*. No hay que ser muy fantasioso para imaginar las fantasías que habrán galopado por su cabeza en aquel otoño del 83. Le dieron algunos planos, le dijeron solo están los cimientos, el templo queda en sus manos.

Lo imaginó inmenso y único, ahí reside su primer error: no lo imaginó a la medida del hombre. Todo el exterior resumiría la Iglesia, Jesucristo, la Virgen, los Evangelistas, los Apóstoles y los Santos. El cimborio central sobresaldría por encima de todos y una cruz con un cordero en el centro representaría a Jesucristo; le rodearían cuatro cimborios un poco más bajos: águila, buey, león y ángel, simbolizando los cuatro Evangelistas. Erigiría un campanario por cada Apóstol, doce en total, en los que se vería el báculo, la mitra, la cruz y el anillo. La Virgen tendría su capilla, *Salve regina, Mater Misericordias*, situado en el centro del ala norte del claustro.

Se ingresaría por grandes pórticos, el que daba a levante estaría dedicado a los misterios del Gozo: el nacimiento e infancia del Salvador; el limitado a poniente resumiría los misterios del Dolor: final de la infancia, su pasión y muerte. El gran pórtico del mediodía, llamado de La Gloria, guardaría las realidades religiosas de esta vida y la futura. Fe y esperanza para las puertas laterales; Caridad para la central.

La luz de los grandes ventanales iluminaría las bóvedas. La música estaría servida por cuatro órganos, a cuarenta metros de altura. Habría naves diseñadas para albergar a más de tres mil cantores. Campanas tubulares, acordadas a tonos y semitonos formarían un monumental carillón, capaz de hacerse oír en toda la ciudad. En los días de grandes solemnidades los órganos alternarían con el carillón y las tres mil voces. A muchos kilómetros la gente sabría que el Templo estaba cantando.

Por místico o por prolijo comenzó con la fachada del Nacimiento. Santa Isabel dando testimonios de la fe de la Virgen ante el Misterio de la Encarnación; San Juan predicando la venida del Mesías; dos momentos de la infancia del Niño Jesús: su presentación en el Templo y explicando a los Doctores el sentido de las Escrituras. Con uvas, racimos y espigas simbolizó el misterio de la fe en la Eucaristía; para la Divina Providencia optó por el ojo en el centro de la mano; con la imagen de la Virgen colocada sobre un crisol de tres picos representó al dogma de la Inmaculada. Era la Puerta de la Fe y labró un anagrama de San José, porque la Fe caracteriza a los patriarcas. Vio que era bueno y fueron las tardes y las mañanas de muchos días.

En la segunda puerta ubicó los desposorios de San José y la Virgen; el Niño Jesús ayudando a su padre en el taller de carpintería; la huida a Egipto y la degollación de los Santos Inocentes. Una piedra sobre la que grabó «Salvados» fue el símbolo del Pináculo. Era la Puerta de la Esperanza y labró un anagrama de la Virgen, porque la Virgen es la esperanza de la humanidad. Vio que era bueno y fueron las tardes y las mañanas de muchos días.

En la puerta del centro, que es la mayor, ubicó el Pesebre y a su alrededor el mundo cósmico, los hombres y los cielos cantando alabanzas por el nacimiento del Niño Dios. Apoyó al Pesebre una columna genealógica que representa el soporte humano manchado por la culpa original, con el paso del tiempo nacería el Redentor: el buey y la mula daban calor al Niño, lo adoraban pastores y reyes y, en lo alto, los ángeles transmitían el alegre mensaje de paz. Era la Puerta de la Caridad y labró un anagrama de Jesús. Encima una cruz ornamentada, rodeada por ángeles que lo inciensan. Debajo la advocación: «Al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, tierra e infierno». Vio que era bueno y fueron las tardes y las mañanas de muchos días.

Lo moldeado en pensamientos ahora lo significaba en una piedra que suave y gelatinosa se sometía a sus manos, dispuesta a satisfacer hasta el último capricho. Entusiasmado por semejante tarea no reparó que el tiempo pasaba y el tiempo, que se preocupa poco por templos o menudencias similares, pasó irremediabilmente.

DEL HERMANO CAMILO AL CÍRCULO

¿Pero por ventura todo ha de ser desolación y muerte en el mundo de los hombres? ¿No hay fuerzas morales en el conjunto de los hombres mismos capaces de hacerlos reaccionar? Analicemos fuera de nuestro principio y saquemos conclusiones.

Una mañana, muchos años después de haber finalizado la primera puerta, se levantó (dicen que dormía en la obra) y tuvo la ocurrencia de ver puertas y torres desde lejos. Caminó unos metros y miró sus manos: estaban viejas y arrugadas. Acarició su barba y la descubrió blanca. Contó las únicas cuatro columnas alzadas, un campanario para cada Apóstol, para San Bernabé, para San Judas, para San Simeón, para San Matías, leyó las invocaciones que había escrito en los mosaicos: *Sanctus, Sanctus, Hosanna in excelsis, Amen, Aleluia*, y lentamente comenzó a negar con la cabeza: no habría ser humano capaz de ponerle fin, nadie mejor que él para saberlo: la había concebido. Miró otra vez sus manos, comprendió que apenas había terminado con el portal del Nacimiento y ya estaba al borde de la muerte.

Solo cuatro torres, el resto era potrero, descampado, montones de piedras que esperaban ser moldeadas por ese pobre viejo que acababa de descubrir qué corta y poca es la vida.

Caminó hacia el espacio libre donde tantas veces imaginara la fachada de La Gloria e hizo piedras del aire: el origen del hombre y su muerte, el Infierno y las Bienaventuranzas, la Virgen y los Santos. Por encima de todo el Reino de Dios; debajo, los modos de conseguirlo. Abrió las siete puertas que se abrirían hacia el interior del Templo y recordó que cada una de ellas ostentaría una petición del Padrenuestro. Hágase Señor tu voluntad, dijo y nuevamente fueron cuatro torres, el resto tierra y potrero, un montón de piedras tan toscas como sus manos incapaces de moldearlas. No había tiempo humano posible. No había posibilidad de Milagro Secreto: Jaromir Hladík apenas pide un año y con la humilde intención de poner fin al segundo y tercer acto de un drama en verso. Lo de él tenía otra dimensión: se había propuesto construir El Templo y de golpe comprendía que el tiempo del hombre no era suficiente, aun habiéndolo comenzado diez, veinte, treinta, sesenta años antes. Se imaginó Antoniet, niño travieso, jugando a levantar un templo y ahí habrá surgido la maqueta. La máscara, la reducción al absurdo: hacer en cartón piedra lo que jamás podría hacer en piedra. Un chico construyendo un templo de juguete porque le acaban de prohibir el de verdad.

Trabajó en yeso bóvedas y columnas, quizá como último desafío. Terminó los ventanales y las sacristías y comenzó a levantar para hombres de mentira las fachadas que ya no podría alzar para los de verdad. Al finalizar la maqueta no le quedaron dudas: había imaginado una obra imposible en el tiempo y en el espacio, más allá de lo máximo permitido. En su afán de hacer la gran casa de Dios había intentado semejar a Dios. Concibió una obra digna de Él y, para colmo, intentó alzarla.

¿Qué sucede cuando un gran místico descubre que ha pensado una obra privativa de Dios?

Comprende que ha cometido pecado de soberbia.

¿Qué hace un gran místico cuando descubre que ha llegado a la cota más alta de ese pecado?

Busca el más alto de los castigos.

¿Cuál es uno de los más altos castigos impuestos por la Iglesia Católica Apostólica Romana?

Hay muchos, pero quizá el más severo es para el que se quita la vida con sus propias manos: muere sin perdón y no es enterrado en campo santo.

Gaudí, gran místico, no habrá dudado del castigo. Solo le habían permitido la fachada del Nacimiento; después de nacer se muere, entre una y otra punta se mete la vida, de una a otra punta dejar apenas algunos bocetos, unos pocos planos y dibujos que más que explicar la obra, explican su imposibilidad. Y la caricatura: la maqueta de lo que nunca sería, tan frágil y falsa como lo que intentara alzar. ¿Para eso había empeñado más de cuarenta años? Quizá ahí delineó el suicidio. Con paciencia habrá pensado en el modo correcto de quitarse la vida. Sabía que el suicidio, inevitablemente, está teñido de romanticismo. No quería que el castigo se convirtiera en tema de falsas biografías o novelones rosas. Debía ser un suicidio, pero solo para él y Dios, el resto del mundo lo aceptaría como un desgraciado accidente, no habría pruebas que demostrasen lo contrario. Y no las dejó. Supo que la muerte tenía que ser charra, ajena a él, constructor exquisito, una muerte que destruyera sin asomo de grandeza. Pensó en un tren, un accidente de tren, pero optó por un tranvía. Quizá porque el tren tiene algo de magnífico, quizá porque caer bajo un tren podría parecer suicidio.

Había encontrado la muerte, ahora debía ir hacia el accidente que la hiciera posible. Antes fue a ver lo único cierto: cuatro torres y un ábside. Pensó que en el interior de ese templo, que ya no sería, habría estado toda la enseñanza de la Iglesia: el Evangelio y la oración cotidiana. Pensó que los

antepechos de las cantorías, que ya no serían, habrían guardado los párrafos de la misa de cada dominica. Pensó que en los arcos y en las bóvedas, que ya no serían, habrían ido los himnos de las horas canónicas: el Te Deum Laudamus allí, en el cimborio central; el Benedictus Dominus allí, en el testero izquierdo; el Magnificat allí, en el ábside. Otra vez intentó reconstruir la piedra en el aire, pero no fue posible. Comprendió que ya era tiempo, con paso tranquilo y sin felicidad caminó a la búsqueda del tranvía. Iba a ponerle fin a la obra.

Esas navidades serían diferentes. Su padre llegó con un gran árbol desnudo, con lámparas y guirnaldas. Trajo al Niño Dios, a María y a José, a la vaca, al burro, a pastores y palmeras. Hice un Pesebre mucho más lindo de los que venden por ahí, dijo. La prima Susy y él comprendieron que esas Navidades serían diferentes: habría pan dulce y sidra y castañas y nueces, pero también un Árbol de Navidad, con luces que se encienden y se apagan, y al pie del árbol un pesebre, para albergar al Niño Dios.

Comenzaron por el árbol, que aquí esa lámpara y allí esa guirnalda y ahora talco, para que parezca nevado. La prima Susy dijo que mejor harina, que es más pesada y se parece más a la nieve. El tío Cosme interrumpió la discusión. ¿Qué hace eso ahí?, preguntó. Eso era el árbol. Lo trajo mi padre, dijo él y agregó: también trajo esto y esto y esto y fue levantando un pastor, una aldeana y al rey Baltasar. Y nos hizo el pesebre, completó sobre las espaldas del tío Cosme, que caminaba hacia el comedor.

Entendé, Cosme, entendé, intentó explicar su madre, son cosas de chicos, viste, ven a los amiguitos y entonces piden. Uno no cree en esas cosas, pero ellos todavía no entienden y entonces piden, pobrecitos. Aunque nunca lo habían pedido, la prima Susy y él pusieron cara de pobrecitos. Qué tiene de malo, preguntó el padre, en todas las casas es así. La prima Susy y él lo confirmaron moviendo la cabeza, aún cara de pobrecitos. El tío Cosme dijo que para qué las reuniones, para qué hablar y hablar si después pasa esto. Ah, era eso, dijo el padre, haberlo dicho. Ordenó: sigan chicos, que tiene que estar listo para esta noche.

Finalmente decidieron encima de la radio. La base no es firme y está en medio de la corriente de aire, repitió la prima Susy y él que así está bien, que se mantendrá por su propio peso; por una ley de física, sabés. Allí pusieron aquello que horas antes había sido un árbol desnudo y sin gracia. Daba gusto verlo así, con guirnaldas y luces, de pie y majestuoso, para sorpresa de los primos que no terminaban de creer que él y Susy fueran capaces de semejante obra. Y no solo eso, dijo él orgulloso, también el pesebre, y señaló el Nacimiento, con sus montañas y lagos, sus animales y pastores, María y José. El Niño Jesús aún no está, dijo la prima Susy, lo pondremos esta noche a las doce, que es la hora en que nació. Sí, pero están los Reyes Magos, denunció el primo Jorge y los Reyes llegaron el 6 de enero. Había sido una larga discusión, la prima Susy que Jesús el 24 a la noche y los Reyes a la mañana del 6. Y él que no, que todos ahora, en ese mismo momento, que había que terminar la obra. Acá Jesús, dijo y lo depositó en la cuna, y acá los Reyes, y los acomodó en fila india, junto a un lago. La prima Susy insistió que así era falso, que Jesús a medianoche y los Reyes el 6. Finalmente acordaron Jesús a medianoche y los Reyes ahora, junto al lago, tal como él los había puesto. Todo hubiese sido de maravillas, pero el primo

Jorge denunció la mentira y la tía Violeta avaló la denuncia: Jorgito tiene razón, los Reyes llegaron el 6, y además ese árbol no tiene base firme, ¡qué locura!, en plena corriente de aire. Él quiso reiterar lo de la ley de física, pero la llegada del tío Cosme le obligó al silencio. Las primas Teresa y Noemí se detuvieron un instante. Andando, hijas, andando, dijo el tío Cosme y las hizo seguir. El Árbol encendía y apagaba las luces, como si nada.

Desde la mesa de los chicos no se veía el Pesebre, pero llegaba el reflejo intermitente de las luces del Árbol. Los muñecos continuaban allí, inmóviles, esperando la medianoche, el momento de poner al Niño Jesús y completar la obra. Él preguntó la hora y el primo Jorge dijo que las diez y media, orgulloso de su reloj dorado, con voz impersonal, indiferente. Once menos cuarto, once y cinco, once y cuarto, once y media, fue diciendo a cada nueva pregunta, y el primo Bartolomé preguntó por qué hinchaban tanto con la hora, que la hora tiene importancia a fin de año, cuando los pitos, la sirena de *La Prensa* y las campanas anuncian que empieza el nuevo. Él no quiso explicar la importancia de esas doce. Faltaba poco y prefirió el silencio. Las doce, dijo el primo Jorge. Él corrió la silla, como para pararse, pero canceló el gesto: en la mesa de los mayores el tío Cosme se ponía de pie. Vio que su padre buscaba cigarrillos, también se ponía de pie y caminaba hacia la puerta de calle. El tío Cosme tenía un papel en la mano y comenzó a leer. Estaba en la otra punta: se oía difuso, lejano. Los primos alborotaban la mesa de los chicos y él no fue capaz de pedir silencio. Pero sí de mirar al tío Cosme, puso toda su atención y consiguió escuchar que en nombre de Dios se realizaban grandes libaciones y vergonzosos banquetes. No entendía nada. El tío Cosme hablaba del Anticristo de Roma y de la regeneración de la humanidad. Habló de una batalla singular, de la gloria y de las imágenes grotescas. Señaló hacia

el Árbol y el Pesebre y todos por un brevísimo instante contemplaron la obra de él y de la prima Susy. Habló de sacrificios y alegrías, dijo algo acerca del Hermano Silvio y de los Hermanos Instructores y nuevamente señaló hacia el Árbol y el Pesebre, pero esta vez fueron pocos los que miraron. Dijo algunas palabras más, que no llegaron a escucharse y, por fin, se sentó.

Las luces del Árbol, su reflejo titilante, le recordaron la hora. Las doce y cuarto, dijo el primo Jorge. El Niño Jesús continuaba en la caja, tendrían que haberlo puesto a la tarde. Iba a finalizar la obra, pero le detuvo un ruido diferente a los ruidos de esa noche. Escuchó los gritos y no fue necesario que mirase hacia la radio: el Árbol había caído sobre el Pesebre, rompiendo muñecos, guirnaldas y lámparas. Apenas dos, como indiferentes a todo, insistían en encenderse y apagarse para dar luz a ese escombros que un rato antes había tenido gracia.

La prima Susy y él se acercaron sin decir palabra. Casi ceremoniosamente comenzaron a levantar los restos, guardaron lo que aún podía servir y separaron los muñecos rotos de los sanos. La vaca y el burro, María y José se habían salvado, les protegió el pesebre; de los tres Reyes, dos quedaron inutilizados. Había algún que otro pastor entero y las palmeras y los cactus, porque eran de plomo. El Niño Jesús continuaba ajeno a todo, envuelto en papel de juguetería y en el segundo cajón de la cómoda. Se escucharon voces: cuidado con los vidrios no se corten, ojo con las lámparas, pueden dar contacto. Tía Violeta repitió lo de la corriente de aire, pero ya no había ley de física que protegiera al Árbol. Eso había sido cuando estuvo de pie, esbelto y luminoso. Ahora apenas era un montón de escombros que la tía Herminia y su madre fueron recogiendo a fuerza de escoba y pala.

DEL TESTAMENTO DEL REGENERADOR

- Art. 4° — Legó al Hermano Jesús de Cafarnaun la Orden de los Siete Templos y la Llave de Dios; insignias sacrosantas de mi doble triunfo, en las Siete Cumbres y en los Siete Abismos.
- Art. 5° — Legó al Hermano Pedro Vallejo «La Divina Historia de los Cien Siglos»: Galardón Supremo conquistando Cien Siglos en breves años de amarga desventura.

—Vamos a suponer que a la chica la programaron.

—No te entiendo.

—Digo que con el apoyo y la aprobación de su padre, la fueron preparando desde niña para que con el tiempo fuese la mujer del Regenerador.

—¡Vos estás loco!

—No tanto, no tanto. Primero la llamaron Silvia, después la presentaron como la Hija Espiritual y, más tarde, como la Madre Representativa en Ley y Orden de la Humanidad Desterrada, ¿te das cuenta? Primero, Hija; después, Madre. A medida que iba creciendo se convertía en la pareja posible del Hermano Silvio, Padre de la Humanidad Desterrada.

—Son invenciones tuyas.

—No invento nada, simplemente supongo. En plan de suponer, supongamos que de ese pacto, trato, contrato o como quieras llamarlo, solo tenían conocimiento el Hermano Silvio y Antonio, ambas partes, pero el objeto del acuerdo, ni pío. Quizá alguna vez lo habrá sospechado y quizá no tuvo valor

para creer que fuese cierto eso que sospechaba. Hasta que finalmente se desencadenó la tragedia. Y es Camilo quien la desencadena.

—¿Camilo?

—Sí, Camilo. El otro Hijo Espiritual. Un día por casualidad descubre todo. Vamos a suponer que fue por casualidad, para que la desesperanza sea más tremenda. Me explico: jamás hubo sospechas y de pronto lo descubre...

—¿Qué descubre?

—El Pacto.

—Estás loco. Camilo jamás dijo nada. Lo he visto borracho perdido y nunca una palabra de eso.

—El silencio pudo haber sido el último gesto de fidelidad al Círculo, o a la pureza de Silvia.

—¡Pureza! ¡Si acabó prostituta!

—¡Porque ella desconocía el pacto! Y fíjate cómo encaja la pieza final. Silvia se creía en serio la Madre de la Humanidad Desterrada, hasta que descubre que apenas es un objeto preparado por su padre para gozo del Hermano Silvio. ¿Te parece poco? ¿Acaso es casual que terminasen así los dos hijos espirituales? Una puta y el otro borracho.

¡Y por qué no? ¿Por qué no el camino más fácil, el más directo, el que por sencillo había anulado? C. Auguste Dupin encontró la carta en un insignificante tarjetero de cartón. Las cartas en el tarjetero y los libros en las librerías. Esa, por ejemplo. Entrar y pasear por entre las mesas y sin necesidad de anteojos verdes mirar uno y otro volumen y de improviso sorprender al encargado. Busco algo de Vallejo, dijo con frialdad, indiferente. Sí, con mucho gusto, dijo el encargado y girando hacia uno de los vendedores, ordenó: porta un llibre de Vallejo.

Los escondrijos rebuscados solo se utilizan en ocasiones ordinarias, y solo serán elegidos por inteligencias igualmente ordinarias, Dupin tenía razón: reducir las cosas a la simplicidad. *Los Heraldos Negros* y *Trilce*, impertérritos sobre el mostrador, le demostraron que otra vez se había apresurado. Levantó los libros como objetos extraños. El vendedor fue en su ayuda: Peruano, dijo como de lástima, pero su obra es universal. A él le vino el americanismo de golpe, afirmó con un indignado (que se notó) movimiento de cabeza y dijo Pedro. ¿Pedro?, preguntó el encargado. Pedro Vallejo, catalán, dijo él.

El vendedor miró al encargado, sin entender. El encargado, digno, ordenó: porta Vallejo, Pedro. El vendedor se fue con *Trílce* y *Los Heraldos Negros* y él se quedó con la esperanza.

Catalán, repitió el encargado, no parece un apellido catalán. Él hizo el gesto de no sé justo cuando regresaba el vendedor

DEL HERMANO SILVIO AL CÍRCULO

Yo sé de vuestras inquietudes.

Cuando más pronto manifestemos nuestros
anhelos y la Cabaña dé principio a su Misión,
solamente entonces tendremos la tónica que
esperamos para nuestros desvelos.

Este año será la revelación de mi Cruz.

El Amor y la Caridad están en la Fuente de
Cristal. La Paz en los brazos de la Cruz.

Brindemos por la finalización de la Obra «Único
Pacto Elemental» y rindamos homenaje, de pie,
al Hombre de los Harapos.
Amor, Paz y Caridad.

también diciendo que no, que no había ningún Vallejo, Pedro. ¿Cómo se llama el libro?, preguntó el encargado y dijo que podían consultar el catálogo. El título, reiteró, que por el título podrían encontrarlo. En ese instante tuvo conciencia de la maniobra, un modo más de desorientarlo: en la Feria del Libro y en el mercado de San Antonio habían sido los falsos compradores, aquí eran los falsos vendedores y él cayendo como un chorlito. Entonces la clave era el título, querrían saber si conocía la totalidad o si solo estaba en los bordes del tema, dando manotazos de ciego. El título, insistió el vendedor. Él comenzó a retroceder y dijo que no era necesario, que no importa, que no se preocuparan, que dejaran las cosas así. Al llegar a la puerta ensayó un gesto heroico: jamás lo sabrán, casi gritó y desapareció de escena.

Ahora la siesta, dijo tía Águeda. Era domingo, verano y estaba tío Cosme, no había otra opción. Fue camino al dormitorio pensando que no tenía sueño, pero ahora la siesta y entonces pensó en qué debería pensar para que le venga. Gozaba de un privilegio: le permitían la cama de sus padres, dentro de un rato estaría acostado en esa inmensidad, podría ir de una a otra punta, girar acariciando el cuerpo sobre las sábanas. Con ruegos y paciencia, que mamá dejame, que duermo más cómodo, que qué les cuesta a ustedes, había conquistado el territorio al que ahora subía. Se acostó en el centro justo, notó la blanca dureza del almidón, miró el techo, abrió los brazos en cruz y acarició las sábanas que por un tiempo serían suyas. Debía dormir pero no había pizca de sueño. Los mayores estaban de sobremesa. Las palabras del tío Cosme se colaban, como murmuradas, por las rendijas de las persianas: La ignorancia del mundo solo ofrece a los cielos el crespón de su delito. Pensó en su padre, lo imaginó en la puerta de calle, escapando a las palabras. Cerró los ojos, debía dormir, pero

no había caso. Giró sobre el costado izquierdo y de inmediato sobre el derecho, ni el calor ni la penumbra colaboraban. Pensó que más tarde vendrían los primos, pero eso sería después del sueño, de la siesta imposible. Sentía los minutos pesados como el calor o como las palabras del tío Cosme: La verdad es solo una, dijo, y parecía que leía. ¿Estará leyendo? Saltando de la cama podría salir de dudas, al semiincorporarse advirtió su cuerpo: estaba humedecido por el calor. Inconscientemente se quitó el calzoncillo, percibió su desnudez y se dejó caer sobre la cama. Apoyó la cabeza sobre la mano izquierda y permitió que la derecha anduviese por el cuerpo, aburrída y somnolienta: secó la transpiración del cuello, acarició una y otra mejilla. Desde afuera, el tío Cosme aseguraba que vendría la era de paz y que el Regenerador Universal extendería la luz de cien siglos. Las palabras llegaron entrecortadas, de muy lejos, húmedas igual que su cuerpo, calurosas y difíciles. ¿Hablará o leerá? Decidió llegar hasta las persianas, pero por dos razones se quedó en la cama: temía al castigo y no se imaginaba caminando desnudo por el dormitorio. Cerró los ojos, sentía calor: fiebre. Eso, sin duda fiebre. La mano subió solícita hasta la frente. Estuvo un rato apoyada y después fue a la axila: tampoco allí había fiebre. Su madre solía ponerle el termómetro en el culo. La mano bajó, curiosa. Se acarició con el índice: nada. Acercó el índice a la nariz: casi no olía. Utilizó el sudor del pecho para limpiar la posible suciedad. No había fiebre, pero sí un calor distinto. Jugó a guiñar uno y otro ojo, se aburrió pronto. Prestó atención a las palabras del tío Cosme: Y con la luz haremos feliz a la humanidad en su último siglo de vida en el destierro y la felicidad de ellos será la nuestra también. Asintió moviendo la cabeza y dibujó círculos sobre el pecho. Se hizo el silencio, quizá también había siesta para ellos. No, mamá había ido por café y anís, los ruidos llegaban de la cocina, giró y le dio la espalda al café y al

anís, recordó que debía dormir, que era la siesta, pero el sueño seguía como si nada. Miró la penumbra del techo y sintió sofoco y aburrimiento. Cerró los ojos y dejó que la mano anduviera por su cuerpo, indiferente: del cuello a la cintura y de la cintura al cuello. El guerrero descansaba y la mano centinela controlaba el territorio. No le asustaban las fronteras y, curiosa e imperialista, desbordó los límites. Buscó y tocó: el bulto estaba allí, despreocupado y solo. Por poco tiempo: la mano de pronto se hizo confianzuda, cariñosa, pródiga en caricias. Sintió un extraño hormigueo y un calor agradable, le gustó. También sintió al tío Cosme, leía: Queremos terminar con las angustias que las humanidades padecen desde siglos. La mano regresó a la cintura. Supuso que no era bueno tocarse como se había tocado. Aunque no es bueno que el hombre esté solo y la cosquilla era linda. Quizá todo fuese culpa del calor. Fiebre, sin duda. Estaba enfermo. Mano-Santa, el gran curandero de la tribu, toca y sana. Véalo Gran Jefe, sienta qué paz interior, que tranquilidad de convaleciente al borde de la cura. Hay que repetir el cariño. Así, dulcemente, reconociendo el terreno. Rascar con suavidad la pelvis, ahuecar la mano en el límite de la caricia y separarse un instante, convencido de que pronto volverá al fruto del árbol para alcanzar la sabiduría. Y otra vez el hormigueo agradable: parecía entrar y salir de su cuerpo. Sintió una aureola cálida y supo que no era fiebre. La cosquilla y el calor acompañaban al movimiento de la mano, arriba y abajo, crecían en cada golpe. Cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Pensó en colores, vio colores: rojo, amarillo, azul, no pensó en nada y de golpe pensó en los de afuera: alguien podría abrir las persianas. Abrió los ojos: todo seguía como antes, las persianas cerradas, el bochorno y la pieza en penumbras. Miró su cuerpo, sin vergüenza. La mano comenzó a descender. La voz del tío Cosme, por entre las persianas, la dejó en mitad de camino: Y resuelto este

problema de Luz con la Luz de cien siglos, salvarán sus almas y tendrán la seguridad de la existencia del Regenerador. Basta de juegos. Puso una mano sobre la otra, ambas sosteniendo la cabeza, en pura y simple misión de mano-almohada. Cerró los ojos, afuera continuaban los murmullos, el calor en todas

AMOR QUE LLORA

(Los niños, alborozados, se cogen más fuertemente de la verja y dan pequeños saltos para alcanzar a ver lo que ocurre en el interior del Gran Templo, mas nada ven e. impacientes, forman un coro, entonando de esta suerte:)

LOS NIÑOS:

Ya la hora se acerca al final.
Ya nos llega la Ley tan amada.
Y queremos la Luz inmortal
Mas la verja se halla cerrada.
A sus plantas queremos llegar
Y beber y beber de su fuente;
Mas la verja brillante, tan fuerte
No nos deja pasar... No nos deja pasar...
(Los niños suspiran y resignados esperan la apertura del Gran Templo)

partes y más que nada en su cuerpo: ardía. La mano derecha rompió el breve pacto de hermandad y salió a caminar por el pecho. Abrió los ojos y detuvo a la curiosa. Él era el dueño: la llevaba adonde quisiera y hacía lo que se le cantara. La cerró con fuerza y la abrió dedo a dedo, los contó: uno, dos, tres. La mano era un esclavo pequeño y a su antojo, obediente y sumiso. Él decía tocarse el lóbulo y allí iba la mano y se lo tocaba, él decía rascarse la perilla y allí iba la mano y se la rascaba.

Cualquier cosa antes que regresar a esa cosquilla que él sabía agradable, pero prohibida. Nada de cosquillas, entonces. El territorio del hormigueo estaba vedado. Pero el delicioso recuerdo del fruto del árbol que está en medio del huerto fue más fuerte que las prohibiciones y la mano buscó al árbol que es bueno para comer. Se ahuecó y así estuvo un rato, aún no había placer, pero sabía que vendría no más comenzara el movimiento. Poco a poco, suavemente. No sabía cómo explicar la sensación, no sabía qué era, pero le gustaba como nada en el mundo: el mejor de los gustos. Se estremeció. Crecieron cosquilla y calor y no había Cristo que los parase. Más allá estaban la tarde, el verano y la reunión de afuera. Las palabras del tío Cosme llegaron nítidas: En el banquete de la vida mataremos al Hermano Lobo que ha vivido a expensas de los demás durante centurias. Abrió los ojos y le aterró la idea del tío Cosme junto a la cama: únicamente estaba la penumbra. Giró de espaldas a la puerta, puso la mano derecha sobre la palma de la izquierda y, encima de ambas, la mejilla, para sostener a la mano rebelde. Trató de dormir, que a eso lo habían mandado. En una o dos horas vendrían los primos y jugarían como primos que hace una semana no se ven. Les mostraría su última obra con el Meccano, un hidroavión de dos hélices, la prima Susy lo elogiaría y el primo Jorge querría saber cómo lo hizo. Él se lo explicaría y sería complaciente con todos y habría mil cosas para hacer y hablar y habría que enterrar definitivamente esta siesta de verano, en la que hubo ese hormigueo lindo y raro del que mejor no hablar. Pero el hormigueo seguía allí, y se notaba. Lo de los primos sería más tarde, en este instante solo importaba la mano juguetona, que otra vez ha bajado, malabarista de la cosquilla. La voz del tío Cosme casi fue un grito: Y hoy pestes, epidemias y abyección son minucias en el corazón de los hombres y sin embargo se menciona a Cristo. Estuvo a punto de subir la mano y de

pronto decidió que qué Cristo le importaba: andaba en la ternura. Apretó los ojos con fuerza, aumentaron las cosquillas, el calor y la voz del tío Cosme: Esos regios arlequines que tragan cieno de maldad y pierden el amparo de la Ley de las Alturas. Qué carajo le importaba lo que perdiesen, si en este instante él ganaba una cosquilla como nunca. Se le metió por la nuca y creció por todo el cuerpo. La mano acariciaba con vehemencia y un pequeño y cálido temblor anduvo por sus brazos, le acarició la espalda y le agitó las piernas. Entreabrió los ojos, ya nada le importaba, quien entrase o lo que dijeran; nunca había sentido eso y eso era increíble: un calor ancho y profundo. Se estremeció más que nunca. Necesitó gritar pero apenas ahogó un suspiro largo, como de muerte. Una muerte dulce, maravillosa. Toda la dicha del mundo descansaba en su rostro. Estaba conmovido: había sido la más linda sorpresa de su vida, se acarició el cuerpo, ya no había cosquillas, no había temblor, ni calor, pero sí una paz infinita. Quizá pudiese dormir, después vendrían sus primos y él mostraría el hidroavión y las notas de la escuela y hablaría de matemáticas y de fútbol y de cualquier cosa, pero no podría hablar de lo de recién. Sabía que no debía contarle, tampoco sabía cómo contarle. Y abrió sus ojos, y conoció que estaba desnudo; entonces buscó las sábanas y se cubrió, con vergüenza.

—Y lo repito: no se le conoció mujer. Vivía solo. Nunca se le conoció querida. Las únicas mujeres que estaban vinculadas a él eran las Hermanas del Círculo. Cuando era su cumpleaños le llevaban regalos, lo colmaban de regalos, pero de ahí a tener un amor, no, nada. Vivió y murió solo.

—¿Murió después del repudio?

—No, antes.

—¿Cómo fue?

—Hay diferentes versiones. Fue en el patio de la casa. «¿Quién hablará de lo escrito?», dicen que preguntó. Otros aseguran que repitió aquello de Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado? Hay quienes afirman que no dijo palabra, que lo encontraron en el suelo, con la paz del mundo en el rostro, como si durmiera el más lindo de los sueños. Lo único cierto es que murió, una tarde y en verano. Lo enterraron sin pompas, para ellos morir era abandonar la material envoltura, dejar el Mundo-Tierra e imponerse en el plano Astral, hasta la Hora de la Regeneración.

- ¿Y después?
- ¿Después de la Regeneración?
- No, después de la muerte, ¿qué pasó?
- Comenzó el desgaste, ya no era lo de antes: el Hermano Silvio muerto, Camilo borracho...
- Quedaba Antonio: el Director del Real Templo de mi Representación Primera.
- Sí, pero Antonio no tenía el Libro.

Pablo de Robin Hood, todo verde, hasta las botas: de gamuza verde. Ensayó otra vez la mejor manera de llevar el sombrero, acomodó la pluma (también verde) y se admiró un rato más frente al espejo, sin dejar de mirarse, dijo: ¿no es bárbaro? Él asintió con envidia e inclinaciones de cabeza y tuvo que hacer un brutal esfuerzo para pedir que, al menos, le dejara probarse el sombrero. Pablo le dijo que Carlos de Zorro y le preguntó que él de qué. Él dijo que no sabía y pensó en el aviso de «Casa Lamota, donde se viste Carlota». No había caso, toda vez que pensaba en Casa Lamota de inmediato le surgía la otra parte del aviso: «donde se viste Carlota». ¿Quién podía ser Carlota? ¿Qué personaje importante tuvo que haber sido para estar en todos los avisos? ¿Cuál sería su disfraz? Carlota esbelta bailarina rusa, él fornido cosaco; Carlota recatada dama antigua, él caballero de la corte. No habría Carlota para el que se disfrazara de El Zorro, tampoco para el que de Robin Hood y menos para el de Hijo del Sheik que, pese a quedarse sin Carlota, era el que más le gustaba: un bombachón

árabe, un turbante rojo en la cabeza, cimitarra en la mano y barba y bigotes en la cara, a fuerza de corcho quemado.

La madre dijo que no, que no insista, que sabía muy bien que el tío Cosme odiaba esas fiestas, que qué significaba eso de andar disfrazándose: pura vanidad y pura mentira. Él quiso explicar que Pablo de Robin Hood y Carlos de Zorro, pero la madre era inflexible y Pablo y Carlos eran los atorrantes del patio. Se te da la mano y te tomás todo el brazo, que una cosa es que te deje bajar alguna que otra tarde y otra que pretendás disfrazarte como ellos, ¿adónde hemos llegado?, dijo la madre sin tener idea de los peligros que él debió enfrentar, sin imaginar todo lo que debió hacer para demostrar que él también podía patear una pelota y agarrarse a trompadas las veces que fuera necesario. Sin imaginarse, ni su madre ni los atorrantes del patio, cómo tuvo que aguantar, varonilmente, los castigos que le aguardaban al regreso. Aquellas tardes que se iba sucio y cansado y saludaba a la barra con indiferente gesto varonil (John Wayne en *Los Tigres Voladores*, subiendo al avión y saludando con una sonrisa que será la última porque el caza caerá abatido por los japoneses), para después subir los cuarenta y dos escalones sabiendo que arriba estará la madre y otra vez te fuiste con esos atorrantes y mirá cómo te has puesto y un grito y una cachetada que habrá que aguantarse de puro hombre, que la hombría y la amistad implican sacrificios. Así una y otra tarde, hasta que primero desapareció la cachetada y después el grito. Se te da la mano y te tomás el brazo, dijo la madre, que una cosa es que te deje bajar alguna que otra tarde y otra muy distinta que pretendás disfrazarte.

Mamá no quiere que me disfrace porque el tío Cosme lo prohíbe, y después buscaría el *Billiken*, mostraría al Hijo del Sheik y repetiría lo del tío Cosme. Estuvo toda la mañana ensayándolo, pero cuando llegó el padre únicamente dijo: el

tío Cosme no quiere, a mí me gusta este y todos los chicos se disfrazan. El padre preguntó que qué era eso de que Cosme no quiere y la madre repitió lo de la vanidad y la mentira. Son cosas del Silvio ese, dijo el padre y la madre dijo que los atorrantes del patio. Al padre pareció no importarle porque otra vez quiso ver el *Billiken* y saber cuál era el disfraz. Él señaló al Hijo del Sheik, el padre lo miró un rato, y como disculpándose preguntó por qué eran tan caros. Él no supo qué contestar pero comprendió que ya no Hijo del Sheik, y eso que era el más barato. Y por qué no este, dijo el padre y señaló el de Pirata. Se lo podés hacer vos, dijo y señaló a la madre. Yo me encargo de hacerte la espada, dijo y señaló la cimitarra del Hijo del Sheik.

Salió mejor de lo que él esperaba. Algunos metros de satén negro, que la madre dijo que no sabía bien por qué lo había guardado pero que bueno, no importa, alcanzaron justo para unos pantalones desgarrados y una camisa con remiendos de utilería. También la cimitarra era de utilería, de madera, pintada color acero y sobre el acero de la hoja algunas manchas de esmalte rojo, rastros de sangre del último combate. Acarició el arma con orgullo, su padre se había esmerado: era superior al endeble arco de Pablo-Robin Hood y a la débil espada de Carlos-Zorro, una cimitarra casi real, lograda después de cruenta lucha con el serrucho, la lija y el formón, sacrificando la hora de descanso en el taller, se la estoy haciendo para el pibe que estos carnavales se disfraza de pirata, o, si se prefiere, conquistada en pleno Mediterráneo, cuando se cruzaron con el galeón del Hijo del Sheik, que parecía como salido del *Billiken* y él, todavía aprendiz de pirata, si bien no pudo conseguir el traje de Hijo del Sheik, al menos conquistó su cimitarra. Ahora habrá que anudar un pañuelo rojo en la cabeza y colgar un aro en una sola oreja (entre los aros de fantasía de la madre buscó el que más le convenía a Sandokán), ¿y en

los pies? Consultó el *Billiken*. No había dudas: grandes botas negras, con los bordes doblados hacia afuera. Era imposible pensar en botas, pero se hacía difícil concebir un pirata descalzo: los pies curtidos en mil tierras y mil batallas. No convenía, Sandokán usaba botas. Ponete las zapatillas blancas, dijo la madre y dijo te pueden quedar lindas con lo negro del traje. Prefirió no contestar. Otra vez pensó en las mil tierras y en las mil batallas y pensó si se atrevería a ir descalzo por las calles, que las piedras y los vidrios y los puchos encendidos. Cualquier cosa menos las zapatillas blancas: ¡Un pirata en zapatillas! Antes se deja caer del palo mayor. ¡Voto a bríos!

El padre propuso sandalias, como el Hijo del Sheik y señaló el dibujo. Efectivamente, el León del Desierto calzaba sandalias idénticas a las que una vez le habían regalado, jamás se las quiso poner: parecían de marica. Tendría que replantear ese juicio, remontar una vez más el Mediterráneo, buscar el galeón del Hijo del Sheik y entablar una nueva batalla: Sandokán está descalzo y necesita esas sandalias. Se las probó y aunque no le terminaban de convencer, era mejor que andar con zapatillas blancas o descalzo, en medio de tantas piedras, vidrios y puchos encendidos.

La madre dijo que los bigotes se los pintaba ella, y también las patillas y una barbita. Igual a la del Diablo, dijo, y en ese momento, como caído del cielo, apareció el tío Cosme. Se hacía difícil explicar que no había maldad en el disfraz, tampoco vanidad, claro, que los otros chicos también y él pedía y qué nos cuesta hacerle el gusto. El posible Sandokán escuchaba de pie y en silencio, aún no le habían crecido ni el bigote ni la barba y comenzaba a sospechar que quizá no le crecieran nunca, al menos en corcho quemado.

El padre preguntó que qué tiene de malo disfrazarse y el tío Cosme dijo que no era necesario repetirlo, que si alguna vez lo hubiera escuchado ahora no preguntaría eso. ¿Qué es

lo que está pasando en esta casa?, dijo. El padre no dijo nada pero pacientemente comenzó a quemar el corcho en el mechero del gas. ¿Eso es todo?, preguntó y con torpeza inició el bosquejo de una patilla sobre la cara de un futuro Sandokán que aún no entendía mucho pero ya se sabía vencedor. Un Sandokán que, todavía sin barba, miraba desafiante al tío Cosme y con gesto casi erótico ofrecía el rostro para que su padre le creara unos bigotes con más de napolitano que de pirata y una barba que sí se parecía a la del Diablo. El tío Cosme miró a su hermana, pasó por alto a su sobrino pirata y a su cuñado rebelde, dijo algo que Sandokán no logró escuchar y se fue, indignado.

Todo por su culpa, dijo la madre y señaló al reciente Sandokán que, cimitarra en mano, se miraba frente al espejo. Lo único que falta es que se junte con esos atorrantes, escuchó que decía su madre y pensó que no podía ir todo el tiempo con la cimitarra en la mano. Que no es necesario que te diga quiénes son esos, dijo la madre. Sandokán asintió con la cabeza y pensó que no existían vainas para cimitarras, que tendría que cruzarla en el cinturón, como el Hijo del Sheik. Que me gustaría saber adónde piensan ir, dijo la madre y Sandokán se dio cuenta que carecía de cinturón. Y me gustaría saber a qué hora piensan volver, dijo la madre. Sandokán cambió la cimitarra de mano y pensó que era inútil remontar el Mediterráneo, el Hijo del Sheik esta vez no podría sacarlo del apuro: el León del Desierto sujetaba su bombachón con una gran faja que, por más esfuerzo que se hiciera, nada tenía que ver con el Tigre de la Malasia. Me gustaría saber a qué hora piensan volver, repitió la madre. Al curso, dijo Sandokán y dijo que le faltaba el cinturón. ¿Te das cuenta que ni siquiera escucha?, dijo la madre y el padre dijo que sí, que bueno, que a más lardar a las nueve. La madre dijo que al fin de cuentas Cosme tenía razón. El padre dijo un insulto, miró a Sandokán y dijo

que no le falle, que a las nueve en casa. Sandokán dijo que sí con la cabeza e insistió con que le faltaba el cinturón. Esperá, dijo la madre, fue hasta el dormitorio y regresó con un ancho cinturón negro que parecía especialmente hecho para Sandokán. Era de tu tía Clelia, dijo mientras se lo sujetaba, cuidalo. Sandokán estuvo a punto de gritar ¡Adelante mis tigres!, pero solo dijo que sí y corrió en busca de Robin Hood y El Zorro.

Hubo luces, hubo corso, hubo papel picado y serpentinas, después Robin Hood o El Zorro propusieron el parque Lezama. Era la primera vez que Sandokán entraba en el parque a la hora de las parejas, se hacía inquietante descubrir las sombras: cuerpos apretados, besándose y acariciándose en silencio y perezosamente. Todo oscuro y todo callado y entonces, ¿por qué negarlo?, pese a ser el Tigre de la Malasia sintió algo de miedo: era un parque distinto al de las tardes o las mañanas, a pleno sol. Por fortuna, Robín Hood y El Zorro estaban con él, no hay nada que temer, salvo al guardián que apareció de pronto y, sin impresionarse por estar frente a tan legendarios personajes, preguntó qué hacen solos en el parque y a esa hora de la noche. Sandokán recordó que eran más de las ocho y media cuando dejaron el corso. Calculó que habían andado bastante y cuando el guardián dijo la hora, sintió algo en el estómago: eran casi las diez.

Robin Hood y El Zorro no comprenderían ese repentino nerviosismo de Sandokán, esa imperiosa necesidad de volver a casa ya mismo, sin perder un minuto en nada, sin siquiera mirar a aquella pareja que, fíjate, le puso la mano por debajo de la pollera. A casa rápido, aunque Robin Hood y El Zorro se burlasen de Sandokán: si no llegás a tiempo te obligan a tomar la sopa, y se rieran de ese pobre pirata que caminaba en silencio, sin hacer caso a las burlas, convencido de que acababa de traicionar a los suyos y convencido de que nunca

entenderían que el Tigre de la Malasia es incapaz de traicionar a nadie, y mucho menos a su padre, que un rato antes de las nueve habrá ido hasta la puerta, a esperarlo. Más de una hora allí, listo para recibir a la nave de Sandokán que, tal como había prometido, llegará a las nueve para que el padre pudiese recibirlo y decir con orgullo que nunca había dudado de Sandokán, que estaba seguro que el Tigre de la Malasia no traicionaba a los suyos. Pero no, Sandokán enfiló las naves hacia el parque Lezama, se metió en el parque de noche, vio sombras y parejas, olvidó a su gente y se quedó sin palabras para defenderse ante un padre que lo miraba como preguntando por qué Sandokán, un padre que le pidió la cimitarra que para él había cincelado y la partió con la rodilla, de un solo golpe. Lo que había costado una dura batalla en el Mediterráneo, o la hora de descanso en el taller, quedaba allí, en el cordón de la vereda, porque el padre arrojó la cimitarra a la zanja y ya rota no servía ni para el Hijo del Sheik ni para Sandokán que, sin decir palabra, agachó la cabeza y entró en la casa. Muy poco podía hacer Sandokán sin su cimitarra y entonces casi no tuvo importancia que le pidiesen el cinturón. También le han ordenado que se quite la ropa y ahí está, entregando el pantalón y la camisa de satén negro, con remiendos de utilería, el pañuelo rojo que envolvía su cabeza y el escandaloso aro que colgaba de su oreja izquierda. La madre guardó el aro y el pañuelo; después, pacientemente, destrozó el pantalón y la camisa que pertenecieran a un Sandokán que miraba en silencio y en calzoncillos. Una mano empujó hacia el baño al que fuera el Tigre de la Malasia. Allí, a fuerza de agua y jabón, también le quitarán las patillas, el bigote y la barba. Solo las sandalias le han dejado, que era lo que menos quería del disfraz.

DEL TESTAMENTO DEL REGENERADOR

- Art. 9° — Lego al Hermano Antonio el Real Templo de mi Representación Primera; la Balanza de la Justicia, la Espada y el látigo con sus Siete Estrellas.
- Art. 10° — Lego al Hermano Camilo el Resplandor Divino de mi Última Batalla; Siete Lazos; Siete Soles y la Orden Suma de ostentar la Banda del Primero; la Pluma, el Compás y la Carroza del Progreso.

En lo que fuera el Hospital de la Santa Cruz, le había dicho Jordi, cerca de las Ramblas. A la mañana siguiente la buscó pensando por qué no se le había ocurrido antes, ¿qué mejor sitio que una biblioteca? No le impresionó lo claustal del edificio. Fatalmente, desde sus orígenes, todo recinto con libros es claustal. Tampoco le impresionaron las escaleras, a todas las bibliotecas siempre hay que ascender, como si una remota ordenanza exigiese que los libros deben estar por encima del lector: había que llegar a ellos. Subió, divertido por la idea. Entró al silencio del recinto y susurró por el fichero, haciendo un gesto para describirlo. El conserje le señaló una vasta pared con cajoncitos de madera y hacia allí caminó, derecho a la letra V. Recién en ese momento tuvo conciencia de que quizá lo encontraba. Hasta ese instante todo había sido parte de un juego, modos de cumplir un antiguo ritual: Sí, fui, un viejo edificio, una gran biblioteca, pero nada, che, de *La Cátedra* nada. ¿Y ahora qué? Finalmente estaba frente a la pared repleta de cajoncitos. Dijo que tenía que ser fuerte y abrió.

Vallejo, Antonio, *Tratado de Higiene y Epidemiología*, Barcelona 1941, fue su primer encuentro. Pasó a Vallejo, Fernando, ¿Enemigos? ¿Por qué?, Barcelona sin fecha. El siguiente fue Vallejo, José Mariano, *Compendio de Matemáticas Puras y Mixtas*, 3ª edición corregida y aumentada con cuantos adelantos se han hecho hasta el día en dicha ciencia y en sus importantes aplicaciones, Madrid, 1835. Faltaba mucho para la P, pero no se atrevía a ir de un solo salto de mano. Prefería descender de letra en letra hasta llegar a la que contenía el universo. Vallejo, J.M., *Nueva cartilla para enseñar y aprender a leer en menos de la mitad del tiempo que por los mejores métodos conocidos hasta el día*, Madrid, 1851; Vallejo, Juan de, *Memoria de la vida de Fray Francisco Jiménez de Cisneros*, Madrid, 1913, y Vallejo Ortega, Obdulio, *Manual Práctico de Ferrocarriles Económicos*, obra adaptada al formulario oficial para la redacción de proyectos de caminos de hierro, Madrid, 1916, eran simples escalones que lo dejarían allí, frente a ese Vallejo Heredia, P., que ya leía, *Escritos*, Barcelona, 1897. Sintió un escalofrío, con la mano izquierda sostuvo al posible Vallejo, Pedro, y con la derecha buscó la ficha siguiente: Vallejo Hoz, Sebastián, *Aportes del sánscrito a la lengua castellana*, Madrid, 1920. Abandonó a Vallejo Hoz y sostuvo a Vallejo Heredia, P. Quizá Pablo o Pascual o Patricio, pero también Pedro, que además se llamaba Heredia y el famoso libro no era *La Cátedra* sino *Escritos*. Comenzó a llenar la ficha de pedido y le sorprendió la firmeza de su pulso, en una situación así debería temblar. Sin embargo, escribió 001428 - Vallejo Heredia, P. *Escritos*.

Al poner su nombre y apellido descubrió que ese sería el primer encuentro, hermanados en un papel. Optimista por la reciente amistad, entregó la ficha al conserje. Le preguntaron dónde se sentaba y él señaló un sitio en la mesa. Espere allí, dijo el conserje y se introdujo por entre los anaqueles.

Pensó en el Libro, ¿cómo sería la tapa? Quizá con una ilustración acorde a los gustos de fin de siglo: una pluma junto, o adentro, de un tintero labrado, acaso únicamente la palabra *Escritos*, en letra gótica. En la contratapa solo el Ex-libris y el amarillo sucio de los años. Quizá alguna vez habían encuadernado el volumen y entonces no habría contratapa, tampoco tapa, apenas un lomo marrón que se alargaría hacia ambos lados para continuar y morir en verde. Hilos fuertes y engrudo reseco sostendrían las páginas que serían de papel grueso, con bordes gastados y amarillos. El comienzo de cada capítulo estaría señalado por una letra dibujada en perfecto rococó y encerrada en un rectángulo, para enmarcar el dibujo. El resto de las letras habrían sido obra de un oscuro tipógrafo, no muy preocupado por su oficio, seguramente se encontraría con *s* rotas y *m* partidas, sin duda más de un punto se confundiría con una coma y quizá algún signo de pregunta se abría para no cerrarse jamás. Pero será posible entender el texto porque estará por encima de los errores de imprenta y del descuido del tipógrafo. Y el texto iba a llegar de un momento a otro, de la mano del conserje, que se lo entregaría sin saber, anónimo funcionario, que le entregaba la Explicación. Buscó al conserje por entre los anaqueles y lo vio aparecer, andar lento de pies planos y las manos vacías. Se levantó y fue a su encuentro. El conserje no esperó la pregunta. Está prestado, dijo. Él quiso preguntar a quién, pero no tuvo valor. Apenas balbuceó un gracias y se perdió por las escaleras. Las Ramblas lo volvieron a la realidad, no se animaba a pensar que hubiera alguien detrás del Libro; pero lo pensaba.

Llovía a cántaros, era invierno y domingo. Se entretuvo mirando correr el agua por la terraza desierta. Pensó café con leche y medias lunas calientes, cualquier madrugada, también en domingo y en invierno. El silbido del diario deslizándose por debajo de la puerta lo volvió a las nueve de hoy. Nada de mañanas nostálgicas, dijo. Dio la espalda a la lluvia, levantó el diario del suelo y fue hasta la cocina, a calentar el café de la noche anterior. Buscó en vano la sacarina. Los regímenes comienzan de lunes, dijo para justificar dos cucharadas de azúcar. Bebió un trago y abrió el diario en «Internacional». No había noticias del país, regresó a la primera página: tampoco en España habían sucedido grandes cosas. Amenazaba ser un domingo pasado por agua, quizá más aburrido que otros. Iba a abandonar el diario cuando vio el programa de televisión. No podía aceptar lo que había leído, entonces repitió la lectura.

15.50 Primera Sección *Viaje a la Luna* (1949),
Leslie Manx, con James Murray, Katy Brand y

Neville Walton. Dos brigadieres del ejército del aire de Estados Unidos, conjuntamente con un afamado científico, deciden la construcción de una nave espacial con destino a la Luna, viéndose obligados a superar una serie de inconvenientes burocráticos. Un viejo amigo de los brigadieres, un conocido ingeniero, los ayuda en las investigaciones finales, hasta que por último logran sus propósitos y la nave está dispuesta a partir rumbo al espacio.

Acá no había problemas de traducción, era la misma película, coincidían los títulos, las fechas y el tema. Por un instante pensó que hasta los días: tía Clelia había muerto en invierno, pero no en domingo y tampoco hubo lluvia aquella tarde del pedido. Dios o el Hermano Silvio por fin decidían complacerlo, treinta años después. En última instancia el tiempo es una convención: eligieron una tarde de lluvia y la televisión española. Infinitos son los caminos.

Llegó a lo de Jordi con cualquier excusa y a partir de las tres y media estuvo rondando el televisor. Es que dan algo que me interesa, confesó. A cada loco con su tema, dijeron los otros y dijeron que la tarde y la lluvia se prestaban. Él fue hasta el cuarto del televisor y se quedó solo frente a la pantalla. Intentó gestos de indiferencia, pero le invadía la tensión. Dentro de muy poco, después de Brandy Insuperable y Peter Stuyvesant, el placer de fumar, después de Ford Fiesta y del gusto mágico de Irlanda, una tonada pegadiza y el croquis de una cámara le anunciarían «Primera Sesión». Y a cumplir lo prometido. Pensó que todo era circular y que no había casualidades, aquella vez la dieron en el Dante, ¿existiría aún el cine o sería un depósito?, ¿acaso un garaje? Tendría que preguntarlo en la próxima carta. Una melodía versallesca, ajena por entero a las aventuras interplanetarias, lo hizo volver a

la realidad. Le desconcertó el nombre de Romy Schneider sobre la pantalla y el volumen del vals que crecía. Leyó: *El destino de Sissi* y no quiso creerlo, pero el vals había llegado a su cota más alta y ahora le brindaban un plano general de los salones, con muchísimos invitados danzando señorialmente. Dejó a Sissi con sus invitados y apagó el televisor. No le sorprendió el cambio, íntimamente sabía que esa vez tampoco.

Pero, tía Águeda, las puertas del Templo no se abrieron. Desde aquella tarde hasta hoy han pasado muchos años y muchas cosas, pero las puertas del Templo no se abrieron y ya no creo que se abran. Por otra parte, ¿quién se aguanta el ridículo de pegar saltitos junto a niños que ya no son? Incluso junto a muertos. Muertos casi todos los que estaban del otro lado de la verja y muertos muchos de los que desde este lado éramos los niños del saltito.

Se acabó la obra, tía Águeda, y nada cambió, ni la Fuente ni el Gran Templo. Y sin embargo hubiese sido lindo creer en algo, tener confianza en algo, y aunque en el fondo fuese falso, una soberbia mentira, por un rato vivir la inquebrantable fe del carbonero y saberse feliz, estar seguro de que después te esperan otras cosas. Qué pena el no tener un Dios para creer, el Dios de los judíos y de los cristianos, el iracundo Zeus de los antiguos, el Dios Sol, el Dios Luna, el Dios Trueno o el Dios anónimo y humilde que esté con vos cuando te cierran los ojos para siempre.

Nada cambió, tía Águeda, y las puertas del Templo no se abren. Habrá que aceptar el campo solitario y negro, con el cuchillo clavado, no hundido, clavado, y pensar que ya no está la mano de mamá para el rescate.

Cosme murió porque nosotros lo descuidamos, le diría el tío José muchos años después de la tarde aquella que lo vio llegar a una hora imprevista y con un gesto diferente. El médico se lo había dicho, dijo el tío José, pero él siempre tan cabeza dura, ¿viste? La madre dijo que sí y lloró, repitiendo Cosme una y otra vez. Cosme. El tío José también dijo Cosme y dijo que hay que ser fuertes y lloró. Él quiso saber por qué. Tío Cosme ha muerto, le dijo su madre, y dijo que se lave la cara y que se ponga otra ropa, que en cuanto llegue tu padre iremos para allá.

La casa era un revuelo. Su hermana ayudaba en los preparativos y el primo Bartolomé y las primas Teresa y Noemí lloraban sin alivio. La tía Águeda preguntó por qué han traído al chico y la madre dijo que no había dónde dejarlo y que ya es bastante grandecito. Andá con Bartolomé, dijo y lo empujó hacia su primo. Pensó que debía llorar, pero no tenía ganas. El primo Bartolomé, moqueando, le preguntó si lo había visto. A quién, pensó él, pero contestó que no. El primo Bartolomé

lo tomó de un brazo y dijo vení, vamos a verlo. Sabía muy bien a quién y se dejó conducir, curioso.

En el dormitorio no quedaba sitio para la mentira. Eso que estaba allí no dejaba mentir. Era el tío Cosme, tieso sobre la cama, en pantalón y camisa, el botón del cuello desprendido. Para respirar cómodo, pensó y de pronto tuvo conciencia de que nunca más respirar, ni hablar, ni comer, ni nada. Era el momento de las últimas veces: la última vez sobre la cama, la última vez en esa pieza, la última vez con ese pantalón y esa camisa. Pero el pantalón y la camisa aún servían, quien ya no servía era el tío Cosme, tan tieso ahí, en silencio y con los labios secos. Por primera vez lo miró sin miedo y súbitamente sintió todo el miedo de la tierra y esa molesta opresión en el cuello, un nudo en la garganta y unas terribles ganas de llorar, sin comprender por qué, precisamente con el tío Cosme. No sabía por qué pero lloró —pobre idiota— tan luego él, que se había contenido cuando tía Clelia y cuando el abuelo. Claro que a la tía Clelia y al abuelo los había visto en el cajón y no así, como ahora entre lágrimas veía al tío Cosme, confianzudamente muerto, despeinado y con la camisa abierta, sin importarle nada que su sobrino llorase como un estúpido, sin entender y sin consuelo.

Isabel preguntó qué hacen aquí y no esperó respuesta: los empujó hacia afuera. Dijo que más tarde, que aún debían prepararlo y les cerró la puerta en las espaldas. Él sintió los ojos hinchados y los imaginó enrojecidos: la gente sabría de su llanto. Pensó cerrarlos y caminar así. ¿Qué te pasa?, abrí los ojos, dijo la madre. Él dijo que nada y los abrió. Andá a tomar la leche, le ordenó la madre, llorando. Pensó en mate cocido con leche y le vino asco. Isabel se ocupó de sentarlos junto a la mesa de la cocina, colocó cuatro tazones, pan y manteca. Por el color parecía café, arriesgó un sorbo y disimuló una sonrisa: era café con leche. Las primas Teresa y Noemí y el primo

Bartolomé comían en silencio, que en la mesa no se habla. Parecía una merienda cualquiera en la casa del tío Cosme, pero el tío Cosme había muerto. Pobre tío, dijo sin pensarlo y miró a sus primos. Isabel dijo bueno, bueno, calma, calma, y que ya podían salir. En el patio tropezó con cinco hombres de guardapolvo gris guiados por otro de traje oscuro. La sorpresa duró poco: el señor de traje oscuro ordenaba colocar ese ornamento aquí y aquel sujetacoronas allí. Hacía gestos mudos y ceremoniosos, como una meticulosa modista o un exigente decorador, vigilando el último detalle: el tarjetero de visitas algo más allá, el Cristo un poco hacia ese costado. Trabajaban rápido, ya habían colocado todos los ornamentos y acomodado las primeras coronas. Llegó el ataúd, lo traían dos hombres de guardapolvo, el señor de traje oscuro los guio hasta el dormitorio. Detrás de esa puerta estaba el tío Cosme, ¿quién lo pondrá en el cajón? Sintió otra vez el nudo en la garganta y comenzó a llorar en silencio. No había buscado el llanto, llegó solito y no sabía cómo pararlo.

Dejó de llorar al ver al cura. No entendía, cualquier cosa menos un cura en casa del tío Cosme. Cuervos, les había llamado. Sin embargo, allí estaba. Alguien dijo extrema unción y él vio cómo su padre hablaba con el cura y negaba una y otra vez, moviendo la cabeza. No permitió que el cura avanzara: suavemente lo fue llevando hasta la salida, lo saludó cortés y cerró la puerta. Nadie dijo palabra. Su padre regresó al centro del patio. Lloraba, pero no parecía importarle. No empezó a enfriarse, dijo con lágrimas y con rabia, y ya lo están traicionando. Nunca había visto llorar a su padre, sintió admiración de verlo así: tozudo y prepotente. El viejo vaquero en el ruidoso *saloon* recorriéndolos con la mirada, haciéndoles bajar los ojos, uno a uno, hasta detenerse frente a él. Andá a ver al tío, ordenó. Él caminó despacio hacia la cámara mortuoria.

No le produjo impresión. Finalmente lo habían vestido de muerto, ahora le cubría la mortaja. Las manos ya no estaban al costado del cuerpo: descansaban oficialmente, una encima de la otra, sobre el pecho y para siempre. La cara parecía más tranquila, como más resignada. No tenía ganas de llorar, que por fin viesen que él era capaz de quedarse junto al ataúd, serio, circunspecto, sin el menor asomo de llanto. Observó a los que llegaban y en ese instante tuvo una sensación extraña: finalmente conocería al Hermano Silvio. Quizá ya estaba en la casa. Descubrió que la sensación extraña era miedo. No tenía qué temer, pero comenzó a buscarlo con miedo. Tropezó con su madre. Andá a comer algo con tus primos, le dijo, el tío Eduardo los llevará. Tuvo ganas de decir que no, que estaba buscando al Hermano Silvio, pero se calló. La madre lo puso en fila junto a los primos Jorge y Bartolomé y a las primas Teresa y Noemí. El tío Eduardo cerraba la marcha, le preguntó por la prima Susy. Se ha quedado en lo de la abuela, con tía Herminia. Él daría testimonio: podría describírselo a la prima Susy.

Fueron al bar de la esquina. Pensó que en ese momento el Hermano Silvio llegaba a la casa del tío Cosme. Todos se harían a un costado, apartándose con respeto y él no podría verlo, simplemente por estar allí, comiendo un sándwich de jamón y queso y escuchando las idioteces que ahora decía el primo Jorge. Por fortuna, el tío Eduardo ya había pedido la cuenta y no quedaban razones para quedarse. Quizá el Hermano Silvio aún no había llegado.

Buscó en el patio. Iba hacia la cámara mortuoria cuando lo llamó Isabel. Vení que te enseñe dónde vas a dormir, y lo llevó a una pieza de atrás. Desde allí difícilmente podría ver al Hermano Silvio. No tengo ganas de acostarme, dijo, y su hermana dijo que no se hiciera el chiquilín, que esto no es ninguna fiesta. Claro que no, aunque desde afuera se escuchasen

murmullos idénticos a los de fin de año, cuando después de los pitos los chicos debían irse a la cama. A las fiestas de fin de año no venía el Hermano Silvio y aquí podría llegar de un momento a otro, y él como un estúpido en la cama. Se levantó casi sin pensarlo y corrió hasta la puerta: estaba con llave. Odió a la hermana y golpeó fuerte, con rabia. Tía Águeda preguntó qué pasa, a que vienen esos golpes. Supo disimular la rabia y muy bajo dijo que nada, que tenía ganas de hacer pis. Camino al baño distinguió algunas caras nuevas, ninguna digna del Hermano Silvio. Regresó a la pieza, había agotado la excusa del baño y tenía sueño. Pensó que mañana seguramente lo vería, claro que sí, porque aunque estuviese ahora, también estará mañana y mañana seguramente lo verá, y se lo podrá contar a la prima Susy y le dirá cómo es, cómo habla y cómo se mueve, le dirá cómo se ríe y cómo está serio, le dirá, y se quedó dormido.

Su hermana dijo vamos, arriba, que ya se llevan al tío. Era una mañana de sol, pero las flores no tenían el brillo del día anterior, tampoco la gente. Las flores y la gente despedían un olor pesado, incómodo. Entre los que quedaban buscó al Hermano Silvio. Absurdamente, le preguntó al primo Jorge. ¿Quién, hermano quién?, dijo el primo y sin esperar respuesta le señaló a un hombre de guardapolvo gris. Es el que cierra los cajones, dijo, qué trabajo, ¿no? Otros hombres de guardapolvo quitaban las coronas, con la misma parsimonia y frialdad con que ayer las habían puesto. El ataúd estaba cerrado. Su padre, el tío José, el tío Eduardo y otros hombres que él no conocía, agarraron las manijas, lo alzaron y comenzaron a andar. Miró la cara de cada uno de los hombres que él no conocía y se convenció de que allí tampoco iba el Hermano Silvio. Vamos, dijo su madre y recién en ese momento tuvo conciencia de que irían al cementerio. Se imaginó sentado en el coche fúnebre, rostro dolorido y serio, viendo cómo coches

y camiones y colectivos se detenían para dar paso a la negra caravana. A los chicos que se mueren los llevan en coches blancos, le había explicado su madre, porque se mueren angelitos. Pensó que él ya nunca coche blanco: iría como ahora iba el tío Cosme. Descubrió que llegaban al cementerio. Era la primera vez que entraba. Le asombraron el silencio y el orden. El resto era tal como lo había imaginado, por eso caminó igual que antiguo visitante, indiferente, serio, la cabeza gacha, sin preguntar para qué es esto o para qué aquello. Hizo una sola pregunta: ¿dónde lo enterrarán? La respuesta de su hermana fue desconcertante: no lo entierran, dijo y siguió caminando, como si tal cosa. Lo pondrán en un nicho, agregó después, indiferente. No fue necesario preguntar, habían llegado a un largo corredor repleto de puertas que parecían cajas fuertes. Ahí no había grandeza, todo era frío, impersonal, como una caja fuerte. Apoyaron el ataúd sobre la rampa y lo hicieron entrar de un solo empujón, después cerraron la puerta. En una chapa el nombre, debajo los años de nacimiento y muerte, al costado una argolla para sostener flores, eso era todo. Otra vez sintió el nudo en la garganta y aguantó el llanto. Realmente, el tío Cosme merecía algo mejor.

En la casa ya habían quitado los ornamentos, la cámara mortuoria era otra vez dormitorio. Había mucho desorden y aún se percibía el olor de las flores y ese clima incierto de toda casa al día siguiente de una fiesta. Los hombres se miraban en silencio, alguien preguntó cómo se lo dirían a la abuela. Ya se verá, ya se verá, dijeron. El tío José, la tía Violeta y el primo Jorge se habían ido, que el chico está casi sin dormir, había dicho la tía Violeta señalando a un primo Jorge con auténtica cara de sueño. También dormían las primas Teresa y Noemí y el primo Bartolomé. La tía Águeda, sentada junto a la mesa, parecía sollozar. Su padre dijo hago unos mates y la tía Águeda, que sí sollozaba, señaló la puerta de la cocina

y dijo que en una lata había galletitas y sáquense el saco y la corbata, por favor, con el calor que hace. Efectivamente, era una tarde calurosa. Su madre y la tía Águeda llevaban batones y los hombres parecían más cómodos sin saco y sin corbata. Lamentó no tener ni saco ni corbata para quitarse, pero igual sentía orgullo: sus primos acostados y él allí. Le dieron un mate, quizá por la confusión del momento. Era su primer mate con los mayores, lo saboreó lento y nervioso, como si estuviese haciendo una travesura. Se lo devolvió a la tía Águeda, que ya no sollozaba pero tenía los ojos irritados. Viste, Cosme se ha ido, dijo, tartamudeando. Era una tía Águeda desprotegida y frágil. Él asintió con la cabeza, pensó que para siempre y aventuró la pregunta.

Dos veces se lo preguntará. Aquella tarde y años después, cuando buscó datos para la historia. No me lo nombrés, fue la respuesta en los dos casos. Aquella tarde lo dijo llorando; años después lo dirá resignada.

—Porque de tanto en tanto lo visitaba. También iba Cadione, iba Martí e iba el enano Sánchez. Ya no se hacían las reuniones en el Paulista y entonces íbamos a su casa. Se había quedado solo. La esposa quizá nunca vivió con él, pero ahora también la hija se había ido. Quién sabe, a lo mejor íbamos más para hacerle compañía que para continuar con la Doctrina.

—¿Por qué no se pudo continuar?

—Ya les dije: las respuestas estaban en el Libro y Antonio no lo tenía, había desaparecido. Ya nadie hablaba del Círculo.

—¿Y el tío Cosme?

—Se dejó estar y se dejó estar: habían sido muchos años y muchas ilusiones. El fin del Círculo fue su fin. Murió porque nosotros lo descuidamos.

—¿Quién? ¿El tío Cosme o el Círculo?

—Cosme. Nunca llegamos a comprender cuánto le había afectado, sobre todo aquellas historias infames, contadas por hombres que se habían llamado hermanos.

—¿Qué historias?

—Maldades. Somos todos hermanos hasta que comienzan las peleas. Entonces cada gesto es reinterpretado y cada palabra es analizada y condenada. No hubo piedad.

—¿Qué decían esas historias?

—¿Quién se acuerda? Porquerías. Era el principio de la vejez, las cosas se gastan de viejas, ¿vieron?, siempre pasa.

—Y entonces prefirieron el silencio.

—Es comprensible, querían olvidar.

—¿También mi padre? No, por alguna otra razón habrán enterrado todo. Como hicieron con Isabel.

—Queríamos olvidar...

—Y después las mudanzas.

—Lógico, para olvidar. Es lo que vos deberías hacer.

Primero será tía Águeda, que una casa tan grande para qué, ¿no?, pronto los chicos irán al secundario, y mirará a los chicos como culpándolos por esa circunstancia. Cosme ya no está y la casa trae recuerdos. No hablará de Isabel, pero seguro Isabel con ellos. ¿Por el barrio? Tía Águeda dirá que no, que el barrio también trae recuerdos. Hay otros barrios, dirá y se mudará muy lejos.

Después será tío José, que es una casa que también me sirve de estudio, con luz natural casi todo el día. Una de esas antiguas mansiones, para restaurarlas, ¿viste? No queda cerca, pero tampoco hay obligación de quedarse aquí. El tío José jamás restauró la casa, utilizó el estudio apenas un par de meses y se mudó otra vez, también lejos del barrio; porque hay cosas que mejor olvidar.

La tía Herminia y el tío Eduardo, en principio, no tuvieron problemas con el barrio: la prima Susy siguió viviendo en la misma casa y a él, por el momento, era lo único que le preocupaba. Tantas mudanzas masivas le habían hecho temer

que un día su padre llegase —como efectivamente llegó— para anunciar —como efectivamente anunció— que Eduardo y Herminia también se mudan, y la prima Susy con ellos. Otra vez soberano indestructible y solo, encerrado en las tres piezas de la casa, pero ya sin tiempo de inventar amigos y enemigos, sin posibilidades de volver a jugar con su propia sombra. Había dejado de ser el chico al que le prohibían bajar y juntarse con los atorrantes del patio.

Se habían terminado los domingos con la visita del tío Cosme, cuando saboreaba lentamente la copa de anís y preguntaba cómo se ha portado el nene. Había quedado atrás el tiempo de mirar sonriendo, con cara de nene travieso, porque ni era nene ni era travieso. Su madre ya no podía informar ha bajado, Cosme, se ha escapado a jugar con los atorrantes del patio, porque no estaba Cosme para escucharla y tampoco estaba para decirle a él: vos y yo tenemos que hablar, ya no podría quedarse a solas con el tío Cosme, sometido al gesto de enojo, a la mirada seria y al no está bien lo que le hacés a tu madre, aguardando en vano la cachetada. Jamás hubo golpes, pero las palabras y los gestos dolieron como trompadas. Nunca más el nene travieso, ni tío Cosme, ni anís, ni cómo se ha portado. Lo dejaban solo otra vez, ¿por qué?, justo ahora que las cosas comenzaban a funcionar.

La prima Susy dijo que porque se trata de una casa más nueva, entendés, pero tampoco a ella le convencía el argumento. Lo real era que en pocos meses se habían ido todos, como si de pronto hubiesen comprendido que había que irse y dejar un montón de cosas en la partida. Él no sabía qué cosas, pero entendía que al quedarse comenzaba a ser parte de esas cosas, parte de un pasado que todos querían olvidar, y olvidarlo con ese pasado. Le preguntó a su madre por qué ellos no. Papá está buscando casa, dijo su madre y él pensó que lo decía para conformarlo. Últimamente estaba cargado de tristeza y no

LIBRO 2º. RECURSOS:
ÚNICO PACTO ELEMENTAL

...convulsión de Humanidad y determine iniciar su Era de Paz: esta será más convulsa y espantosa por lo que el Regente Universal extenderá la Luz de Cien Siglos ya que sus primeros y últimos blasones son y deben ser para los menesterosos del pan del alma.

sabía cómo explicarlo, quizá porque intuía que se quedaba sin familia. La abuela había sabido aceptar resignada la muerte de su hijo Cosme, pero murió poco después de hacer creer que lo aceptaba con resignación. No habría más reuniones en casa de la abuela. Muchas veces vendría la prima Susy a jugar con él; muchas veces iría él a la nueva casa de la prima Susy, pero ya no era como antes, se notaba el protocolo, todo muy formal y con límites: primo viene a jugar con prima y juegan, corren y se divierten, llega la hora de irse, primo y prima se verán la próxima semana o la otra. Primo vuelve a casa y por el camino intenta recordar los juegos, para divertirse con el recuerdo. Dejó de ir a lo de la prima Susy para no vivir la pesadumbre del regreso y decidió que sus padres jamás buscarían otra casa: ellos para siempre ahí, como parte de un recuerdo que los otros comenzaban a olvidar.

Finalmente su padre dijo que sí, justo al lado de Herminia y Eduardo. Es el mismo dueño, sabés, ellos viven arriba y nosotros nos mudaremos abajo. Hasta la llegada del camión de mudanza pensó que todo era una mentira más, después no tuvo tiempo para pensar: fue un revuelo de hombres y gritos y canastos de mimbre, para acomodar las cosas. Las piezas comenzaron a quedar vacías y tristes, como mujeres viejas y solas, conscientes de su muerte. La desordenada desnudez del

comedor le hizo comprender que de allí también lo echaban, pero se iba contento. Muchos años después volverá para buscar datos que hagan más cierta la historia que tantas veces intentó escribir. Alguna vez iniciará un cuento describiendo la casa y a más de un amigo le explicará que ahí nació yo, y mostrará ese barrio típico y ese conventillo del que ocupábamos tres piezas, ves aquellas de arriba, que fueron quedando vacías del todo, algunas hojas de diario en el suelo, trozos de piolín, un escobillón y una escoba vieja y otro montón de cosas que no servían, que se quedaban allí para siempre, junto a esa muesca que hiciera en la pared, cuando se le dio por pensar que era petiso y ya no crecería y en secreto, semana a semana, controló su crecimiento, o esa imborrable mancha de su sangre en un rincón del piso cuando aquel golpe en la frente contra la pata del ropero, o ese *Patoruzito* viejo que no sabía por qué había guardado y que quedaba junto a un trompo roto y el álbum de figuritas que nunca pudo completar, algunos cuadernos de primero inferior y el libro con el que aprendió a leer.

Comenzó a bajar los cuarenta y dos escalones que nunca más subiría y aunque se iba a otro barrio, justo al lado de la prima Susy, sintió algo de tristeza. Duró poco, se la borró el asombro de viajar en la cabina de un camión de mudanzas y las preguntas que le hizo el chofer: que cómo se llamaba y si le gustaba el colegio, que en qué grado estaba y de qué cuadro era hinch, mirá que somos rivales, yo de River, y de que si vas seguido a la cancha, y le habló y le habló y finalmente el camión se detuvo junto a la nueva casa. En la puerta estaba la prima Susy, esperándolo. Gritaron de alegría y comenzaron a recorrer lo que sería su flamante reino. En el *hall* se encontró con un bolso y dos valijas. En la cocina se encontró con su hermana y las palabras de su madre: Isabel vivirá con nosotros, ¿no te ponés contento? Pensó que debía alegrarse, pero

no se puso contento. Era una sorpresa que te teníamos guardada, dijo su madre y él dijo que sí, que se ponía contento. Mirá los patios que tenés para jugar, dijo su madre. Él miró los patios y finalmente entendió que habría más de un juego que nunca más jugaría, que también se había quedado allá, perdido entre las tres piezas del conventillo.

Pasó, pues, el hallarla de esta manera:

Estando un día por las calles de la Universidad, andando sin rumbo fijo por Diputación, desde Balmes hasta Aribau, aficionado como era por todo lo vinculado con los libros y entre ellos *La Cátedra*, llevado por esa natural inclinación, se detuvo frente a los quioscos de libros usados. Eran construcciones cilíndricas, todas iguales y todas terminadas en punta. Recordaban pequeñas torres abandonadas de sus castillos y distribuidas a lo largo de la vereda, entorpeciendo silenciosamente el paso del caminante. Una parte del cilindro estaba abierta, para exhibir libros y revistas; el resto se podía observar a través de un vidrio grueso. Enrejados de hierro protegían la torre. En su interior, un hombre o una mujer se interesaban por la venta. Se detuvo en el primero de los quioscos, con la secreta esperanza de encontrar, por fin, el texto definitivo. Sería fácil hallarlo ahí, donde sin ton ni son se mezclaban libros, cartapacios y papeles viejos. Quizá tropezaba con un solo inconveniente: por lo avanzado de la hora, algunas torres habían cerrado sus ventanas. En más de un caso tendría que

conformarse con figonear a través del vidrio y de las rejas, pero quedaban muchas abiertas y, como siempre, él estaba convencido de que hoy sí.

Caminó hasta la torre más cercana. Debía mostrarse indiferente, buscar como quien no busca, confundir al vigilante de los libros entreteniéndose en volúmenes sin importancia, mirando títulos efímeros, para de soslayo descubrir el verdadero libro de Vallejo. Compuso rostro de individuo sin prisas, que para acortar la hora del encuentro hojea estos volúmenes o aquellas revistas y de pronto, indiferente, tropieza con una obra escrita por un tal Vallejo. Por fin iban a estar frente a frente, con tantas cosas para decirse. Comprendió que en ese quiosco no y pasó al otro. Estuvo un rato largo, mirando con lentitud. ¿Busca algo en particular?, preguntó el hombre del quiosco. Él negó con la cabeza y caminó al de al lado, confiando encontrar un vendedor menos curioso o menos consciente de su oficio. Así fue, pero después de una paciente mirada comprendió que ahí tampoco. En el siguiente destacaban libros deportivos, había volúmenes que explicaban cómo adelgazar y recetarios con dietas a base de hierbas. Buscó en vano y convencido de que tampoco ahí, se apartó de tanta sanidad.

La torre siguiente estaba cerrada. Pasó frente a la cortina metálica, sin curiosidad. Pero de golpe se detuvo, ¿por qué no?, y regresó al quiosco vedado. Estuvo largo rato frente a la cortina metálica, como preguntándole. Comprendió que debía bordearlo, lo hizo nervioso y lentamente: temía otro fracaso y habían sido muchas derrotas. Pese a la poca luz de la calle, intentó adivinar títulos entre las rejas y el vidrio. Los libros le daban la espalda, mirando hacia la cortina metálica. Era inútil buscarlo así, pero prolongó la búsqueda. En el costado izquierdo, arriba, pudo distinguir un sol amarillo con un triángulo en el centro. No podía creerlo, se restregó los ojos, consciente de que el gesto era casi un lugar común. Pero

el Sol seguía allí, y lo miraba. Sintió miedo, puso las manos sobre el enrejado y clavó la cara. Casi no se veía, aunque no quedaban dudas: era un Sol idéntico al del libro del Hermano Silvio. Miró largo tiempo y finalmente distinguió unas palabras bordeando al Sol. No alcanzaba a leerlas. Encontró una caja de fósforos, acercó la llama a las letras y pudo leer: AMOR - PAU I CARITAT — LLUM — VIDA I INTELIGÈNCIA. Cuando leyó estas palabras quedó atónito y suspenso, porque luego se le presentó que aquel Libro contenía la verdadera historia. Con esa imaginación encendió un nuevo fósforo y leyó otra vez, volviendo de improviso el catalán en castellano. Mucha discreción fue menester para disimular el contento que recibió cuando llegaron a sus oídos las palabras de la contratapa. No sería dificultoso hallar intérprete, pondría el Libro en manos de Jordi y le rogaría que volviese aquellas páginas, todas las que tratasen del Circulo, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada y Jordi prometería traducirlas bien y fielmente y con mucha brevedad. Miró la contratapa y de golpe tuvo conciencia que solo era eso: la espalda de algo, la parte de atrás del libro que imaginara; no el Libro. Eran el mismo Sol y las mismas palabras, pero soles y palabras podían confundirse. Comprendió que debía conocerle la cara y fue en busca de la tapa. No había modo, otros volúmenes dificultaban los costados, la cortina metálica impedía el frente. Imaginó un complicado sistema de espejos que finalmente multiplicasen la tapa imposible. Encendió un nuevo fósforo y tuvo la certeza de que esa noche debería conformarse con la espalda. Fue hasta el otro quiosco y con más indiferencia de la que había ensayado, preguntó a qué hora abría y señaló con un movimiento de cabeza. Como todos, cerca de las diez, dijo el vendedor, entendiéndolo. Él dijo que gracias y volvió hacia el Sol de la contratapa, para asegurarse de que aún estaba.

El círculo se iba cerrando. A las diez de la mañana tendría el texto definitivo. Atrás quedaban los engaños, era tiempo de descifrar la verdadera historia. Intentó una sonrisa imposible y repitió la frase: Tiempo de descifrar la verdadera historia. Se esforzó por alegrarse, debía alegrarse. Cerró los puños y agitó las manos en un hurra de silencio. No había público, para qué mentir. No era noche de alegría, le dominaba una angustia pesada y molesta, la horrible sensación de y ahora qué, acaso las rayas del tigre, la escritura definitiva, la vejez y la muerte. Era una tristeza grande y antigua: no quería aceptar que mañana a las diez un texto devoraría a otro y él tan tranquilo, colaborando con el almuerzo.

Escribe en un libro lo que ves, le habían dicho y él vio los Carnavales y el disfraz de Sandokán, vio el árbol de Navidad que se caía sin remedio, vio sus peleas con los atorrantes del patio y sintió el gusto inaguantable del acíbar, vio las comidas en casa de la abuela, vio a Nicolás pidiendo a Veneranda, coqueteó con la historia no contada de su hermana, sintió los cachetazos por culpa de la uña y sufrió la violación de su garganta, vio las muertes del tío Cosme y de la tía Clelia, vio su nacimiento y vio que de nada serviría porque la escritura estaba en otro sitio, propuesta en catalán, con un Sol de Amor - Pau i Caritat a sus espaldas. El que tiene oído que oiga lo que él dice, pero está dicho en catalán: Llum - Vida i Inteligencia, agazapado en un rincón del quiosco, con el único propósito de mandar al carajo su escritura. Iba a ser toda la verdad, la más grande historia jamás contada, y cuando los siete truenos hubieron hablado sus voces, yo iba a escribir, y oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que los siete truenos han hablado, y no las escribas. Y entonces para qué tanto molestar parientes, recopilar antiguos textos o inventar recuerdos, si los siete truenos impiden la escritura. Mañana a las diez se sabrá toda la verdad, el fin de los engaños. Y fui al

ángel, diciéndole que me diese el librito, y él me dijo: toma, y trágalo; y él te hará amargar tu vientre, pero en tu boca será dulce como la miel.

Nada de eso, jamás encontrará al ángel. Desde hacía mucho tiempo había elegido su mundo imperfecto y torpe, había decidido quedarse con lo hecho, con sus defectos, sus grandes mentiras y sus aciertos. Era tarde para retomar lo andado. Pensó que jamás comprarían ese libro del que solo conocía la espalda, pensó que lo compraban y no entendían palabra, se sobresaltó pensando que lo entendían y de inmediato pensó que jamás estuvo el libro, que todo había sido fruto de la noche, de los nervios, de los fósforos quemándole los dedos. Pensó que ya no volvería a esa calle y a ese quiosco, pensó que era tiempo de regresar y que no era necesario buscar *La Cátedra*, porque nunca había existido.

Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y fueron Nicolás y Veneranda y fue el orgullo grave de la célula y fue el acíbar y la historia no contada de Isabel y fue el pacto de uña, los juegos, la operación y las comidas imposibles, y fueron las clases de Moral, Heidi, las muertes, Moisés y Navidad, y fue el primer placer, la traición de Sandokán y las mudanzas. Estaba en el final de las cosas.

Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas.

Buenos Aires, 1973 / Barcelona, 1981

El libro de todos los engaños

Se imprimió en el mes de noviembre de 2022
en los talleres de la Editorial Arte
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 2.000 ejemplares

• Colección CONTINENTES •

La frenética búsqueda de un libro (*La Cátedra*) que contiene todas las verdades lleva al descendiente de una familia porteña otrora sometida a la todopoderosa voluntad del Hermano Silvio, un líder carismático autoproclamado Regenerador Universal y Director del Círculo de Amor, Paz y Caridad, desde su nativa Buenos Aires a la lejana Barcelona. Un espeso muro de silencio cubre la investigación, tratando de ocultar los detalles de una dolorosa historia —narrada por múltiples voces— que todos parecen querer olvidar. ¿Una metáfora de la actual sociedad argentina?

VICENTE BATTISTA (Buenos Aires, 1940), narrador, ha escrito las novelas: *El libro de todos los engaños*, *Siroco*, *Sucesos argentinos*, *Gutiérrez a secas* (publicado por esta editorial en 2...), *Cuaderno del ausente* y *Ojos que no ven*; los libros de cuentos: *Los muertos*, *Esta noche reunión en casa*, *Como tanta gente que anda por ahí*, *El final de la calle*, *El mundo de los otros* y *La huella del crimen*; así como tres libros de notas y ensayos: *Antología personal*, *Enlaces y cabos sueltos* y *Walsh 1957*, *Acercas de Operación Masacre*. También ha escrito teatro: *Dos almas que en el mundo*. Entre sus reconocimientos figuran el Premio Casa de las Américas, Fondo Nacional de las Artes. Premio Municipal de Literatura y el premio Planeta de Argentina.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA


MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

 Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura


[2022 - 2030]